Andrés Blanco y García

Año

1902

Franceses Huertanos y

Novela

REGIONAL

MURCIANA

MURCIA

Imp. de El Correo de Levante

1902

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA
BIBLIOTECA PÚBLICA
MURCIA

L 588307

BIBLIOTECA REGIONAL
1487784

Huertanos y Franceses

DMU
4835

tit. 39296

Obras del mismo autor

EN PROSA

INFORTUNIO. Novela, (edición agotada)

ESCENAS MURCIANAS. Segunda edición (casi agotada) precio 1'50 pesetas.

ESTUDIOS Y PASATIEMPOS. Precio 2 pesetas.

EN VERSO

NOTAS DISCORDANTES. Precio 1 peseta.

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA. (Edición agotada.)

Andrés Blanco y García

HUERTANOS

Y

FRANCESES

Novela regional murciana

MURCIA

Tip. de El Correo de Levante

1902

ES PROPIEDAD

Á los Sres. D. Andrés Baquero Almansa, D. Pedro Diaz Cassou, D. Ricardo Sanchez Madrigal, D. José Pio Tejera, D. José Martinez Tornel, D. Javier Fuentes y Ponte y D. José Frutos Baeza.

Siendo ustedes los escritores que con más constancia, asiduidad é inteligencia se han ocupado de los asuntos de Murcia, créome en la obligación de dedicarles la presente obra, debida á los ejemplos con que ustedes han mantenido viva mi afición, para no desmayar en esta clase de trabajos.

Como es la primera novela de carácter regional murciano que ve la luz pública, ignoro cuál será su resultado ni su alcance, mayormente cuando sé lo poco que vale mi pluma y lo exigentes que son, en asuntos literarios de esta índole, los tiempos de la actualidad.

Pero sé también que, si carece de mérito cuanto contiene este libro, los nombres de ustedes avalorarán bastante los pobres materiales de mi trama y la escasez de ingenio con que los harmonizo; y siquiera por el natural deseo que me aguijonea de parecer bien ante las personas cultas, ruégoles que acepten esta muestra de mis buenos propósitos, en los que van retratados el afecto y simpatías que inspiran á su amigo y humilde compañero,

ANDRES BLANCO Y GARCIA

CAPITULO I

La Garbera

El paisaje era hermoso y sorprendente.

Amplio, como la línea de proyección que podia trazar la mirada en distintas direcciones, presentaba de un solo golpe de vista todos los encantos de la maravillosa vegetación de aquella huerta sin rival, y el cielo, claro y sereno, en una difusión inimitable de nieve, rosa y azul, se perdía allá á lo lejos como un dosel infinito de nácar transparente, coronando la soberbia magestad del panorama.

Mediaba la tarde de un hermoso dia del mes de Junio del año de gracia de 1811, y aquel sol de fuego que derramaba torrentes de luz sobre la frondosa vega, difundía un calor pesado, á la vez que quebraba sus rayos de oro en el espeso follaje de la arboleda, ora atravesando los claros del ramaje en hebras irisadas, ora produciendo luminosos círculos sobre las aguas de las acequias, ora, en fin, esmaltando las arrogantes y matizadas flores que parecian sentirse orgullosas al recibir los efluvios abrasadores del astro, como si para ellas solas se hubiera encendido la antorcha del firmamento.

Por aquí y por allá se veian multitud de casitas y barracas de aguda y espartada techumbre, rodeadas de naranjos y rosales ó medio ocultas entre los espesos emparrados que las sombreaban; y donde quiera que los ojos se detenian un momento, presentábase un cuadro encantador en el que se harmonizaban los tonos del colorido, desde el más fuerte hasta el más suave, cual si la naturaleza, al desplegar la esplendidez de su lujo, hubiera derramado sobre la campiña todas las galas de su rica vestidura.

¡Cuánta belleza en aquella profusión de robustas moreras y encendidos granados al lado de pomposas higueras y gallardos melocotoneros, ó junto á los cercados donde los manzanos y los perales, los limoneros y las palmeras elevaban sus ramas ligeras y flexibles, convidando al descanso con su sombra y su frescura! ¡Cuánta embriaguez y cuántos atractivos en las oleadas de perfumes en que se exhalaba la esencia de cien y cien grupos de jazminez y claveles, entre bosquecillos de geránios, azucenas y malva-rosas!

En algunos puntos descubríanse anchos cuadrones de tierra, cuajados de hortalizas, á la manera de chales amarillentos salpicados de grandes esmeraldas, y en otros se amontonaban haces de reseca mies sobre un suelo endurecido, que muy en breve habia de esponjarse al penetrar en sus entrañas el cortante hierro del arado, para recibir en su seno fecundo nuevas y fructíferas semillas.

Pero el trozo del paisaje que cautivaba la atención con mayores atractivos, era el que se extiende en la margen izquierda del Segura.

Verdes y espesos cañaverales, donde el viento silba con blando ruido y en cuyas hojas mil avecillas lanzan trinos harmoniosos, envolvian los flancos de los caseríos ó los taludes de las acequias que deslizan sus aguas benéficas en las caprichosas curvas del terreno. Grupos de frutales, que parecian sonreir á los esplendentes rayos del sol que los acariciaba, extendíanse como en desorden gracioso y casual, dejando entrever en los ribazos de los cuadrones algunos tallos de romero que mezclaban su aroma con el de las flores de los contornos.

Un poco más allá rodaba tranquilo el rio, como ancha cinta de brillante acero ó como festón de plata que adorna la hermosa vestidura del paisaje, rizando á trechos sus transparentes aguas al soplo de la brisa juguetona; y destacábanse en la márgen opuesta otros árboles y otras casitas en profusa variedad de tonos y matices. Surgian á su espalda amplias alamedas de color obscuro, cuyas gigantescas frondas aumentaban la harmonia del conjunto; y como fondo del cuadro elevábase la azul montaña, recortando sus peladas crestas en una extensa zona desde poniente á levante, ó sea desde la mole anchurosa de Carrascoy hasta las ásperas estribaciones de Miravete.

Lejos del bullicio de la ciudad, parece que aquel trozo de la vega pertenece á otro mundo diferente, como si allí no llegaran los ecos de las humanas desventuras, y creeríase que el alma, recreándose constantemente en tan incomparable belleza, dulcifica sus sentimientos y se fortalece contra las adversidades de la vida.

Con efecto, allí habitaban no pocas familias de honradas y sencillas costumbres, sobresaliendo entre ellas, como en una especie de patriarcado, la del tio Roque Penalva, propietario de un trozo de casi cien tahullas, y tanto por la posición desahogada del jefe cuanto por las bondades de todos los indivíduos que formaban su hogar, y hasta si se quiere por la incomparable belleza de su hija Mariquita, era mirada con tanto cariño como respeto.

El tio Roque, á pesar de sus cincuenta y seis años y de sus no pequeños recursos, daba el primer ejemplo de actividad en el trabajo, y á todo atendia con una inteligencia y una actividad asombrosas. Lo mismo que sus obligaciones de buen labrador, llenaba las de hombre moral y religioso; y como la época así lo requeria, porque todavia no se vislumbraban para la nación española los tiempos nefastos de un politiquismo vil y miserable que habia de sumirla en un mar de desventuras, no perdia su misa ni su sermón en los dias de precepto, bien acompañado de su hijo Ambrosio, apuesto mozo de veinte años, bien guiando á su familia que se prestaba gozosa á las suaves y paternales exigencias del tio Roque.

Item más: el buen labrador socorria muchas necesidades, especialmente las ocultas; cultivaba la amistad de los Padres carmelitas: era entusiasta de la Generala, como llamaba en su acendrado patriotismo á la Virgen de la Fuensanta desde que vió ceñir al cuerpo de la sagrada imagen la faja del general Ezeta; y por añadidura contaba leyendas y relataba historias á sus vecinos, los cuales le escuchaban embobados, como pudieran escuchar la palabra del más famoso predicador.

¿Cómo no ser estimado en aquellos sitios y por aquellas gentes que no tenian otras aspiraciones que las que lleva consigo el trabajo y la virtud?

En la tarde á que venimos refiriéndonos, habia hacinado el tio Roque, frente á la puerta de su casa, seis carros bien colmados de haces de trigo, y contemplaba, desde el egido de su morada que sombreaba un frondoso emparrado á manera de verde dosel, aquel montón de doradas mieses que simbolizaba el fruto de un trabajo de largos dias, recreándose á la vez en el contínuo traginar de su hijo Ambrosio y en el de varios mozos de labranza que formaban la grandiosa garbera, la cual levantaba ya su copa á mayor altura que las moreras del contorno.

—Aprisa, muchachos, aprisa,—decia el tio Roque, con un tonillo entre severo y alegre.

Y luego de dar un fuerte chupetón á la negra pipa que sostenia con su mano izquierda y de arrojar por su boca y nariz numerosas espirales de azulado humo, añadió con ese lenguaje tosco, pero pintoresco y agradable, propio de los hijos de la murciana huerta:

—Es mester que tó esté arrematao pa cuando vengan los Padres: ya sabeis que prometieron venir hoy pa probar el chocolate que ayer truje de Murcia, y no puen fartar, si bien se mira, á su palabra. Dimpués merendareis, y anque los tiempos no están pa gromas, echareis lluego una pasá de canto, por supuesto, dista las nueve ná más, pa que os siente bien la fritá que está haciendo la tia Rosario y que echa olor á gloria, como que lo siento dinde aquí y paece que me va á abrir las tragaeras.

—Pierda osté cudiao,—respondió Ambrosio, desde lo alto

de la garbera, mientras colocaba dos haces de espigas para formar la barraqueta de la copa:—pierda osté cudiao, que tó se arrematará bien, como aquel que dice, en menos que se presina un cura loco.

—Y diga osté, tio Roque:—exclamó un mocetón robusto y moreno que balanceaba los haces desde el carro á la garbera: —abora que ha mentao osté á los Padres ¿será verdá lo que he oido dicir en el ventorrillo del Nene?

—¿Y qué has oido dicir, Coscorrones?

—Pos, juné, casí ná, una friolera: que el Prior de los carmelitas piensa arrejuntar á tós los güertanos del partío de San Benito, y á angunos de estos parajes, pa defender el Barrio si el francés güelve á Murcia.

—Pos mira,—contestó el tio Roque:—si eso es verdá, no está mal pensao, porque así se harían dos cosas güenas: una tener gente pa que nos defienda de esos herejotes, en caso de nesecidá, y otra dalles de comer á munchos hombres que, con esto de la guerra y lo malo que toavía traerá consigo, dentro de poco no tendrán ánde ganarse dos cuartos.

—Por supuesto,—dijo Ambrosio, sin dejar de arreglar los haces,—que si lo hacen tan bien como en Abril del año pasao, mejor sería que tó el mundo se estuviera quietecico en su casa.

—En eso dices tanta verdá como el Avangelio,—añadió el tio Roque. Entavía me paece que estoy viendo tó lo que pasó en aquellos dias que no olvidaré mientras viva. Como la ciudá no tenía sordaos ni ná, se fueron zullíos de miedo munchos hombres por el mal ejemplo que les dieron el Sr. Obispo, el Conde de Campo-Hermoso y el Marqués de Villafranca con los Alcaldes mayores D. Pablo Jover y D. Antonio Roca. Pero vamos, si abora los frailes la toman de su cuenta, ya será otra cosa: por lo menos no se reirán de nusotros ni se la llevarán de balde los franchutes.

—¿Pero osté lo vido tó?—preguntó Coscorrones.

—Hombre: unas cosas las vide por mis mesmos ojos, y otras las sintí contar á presonas que las sabían de güena tinta.

—¿Y qué fué lo que pasó? Porque á mí me lo han contao de munchas maneras, y no sé cuála es la verdá.

—Pos mira, te lo diré pa que lo sepas y pa que no premitas que nengún tonto ú embustero lo cuente de otra moa.

Y al decir esto, el tio Roque entró en la casa, volviendo con una ancha silla de asiento de sogas entrecruzadas donde dejó caer su humanidad. Después atacó de nuevo su pipa, prendiéndole fuego con la yesca que encendió á fuerza de golpes del eslabón sobre el pedernal, y á continuación de echar dos ó tres bocanadas de humo y de toser y escupir, como para limpiar su garganta, dijo:

—Cuando en el año nueve se corrió la voz de que iba á venir á Murcia el francés, se hicieron en la ciudá angunas fortificaciones y dista se derribó en la Puerta de Castilla la ermita de mi santo que estorbaba, sigún dician unos inginieros. Munchos, de esos que por toas partes quieren sacar la panza porque no le han visto las orejas al lobo, estaban que no cogian (cavian) en el pellejo, de hinchaos y valentones, creyendo que se iban á comer dista al Preste Juan de las Indias, y tó porque un general inglés que se llama On Dole (Lord Doyle) y el mesmo general Palafox que se había hecho tan nombrao en Zaragoza, habían dicho que si tal, que si cual, y que éramos tós muy hombres. En fin, que yo mesmo estaba pa coger un fusil, de güena gana, porque me entró una esa que dista á bocaos me hubiera tragao media Francia.

—Vamos, juné,—interrumpió Coscorrones,—qué paece que la cosa iba de veras.

—Pos nó, aspérate. Al año siguiente llegó la trastá gorda. Yo no sé si porque la tropa era poca y tuvo miedo ú porque era verdá que la habían llamao á otra parte, lo cierto es que cuando el francés entró, no había más autoriá que el Regíor decano D. Joaquín Elgueta que fué el que vino á pagar los vidros rotos.

—Dicen que fué un traidor.

—¡Eso es mentira!—contestó el tio Roque con una energía más propia de los veinte años que de su edad.—Esa es una infamia que le acumunan las malas lenguas. D. Joaquin el dia veinte y tres de Abril, se vido forzao á acompañar á los acomisionados del francés que pidía dinero ú saqueo, y pa que no

llegara este último caso, que al cabo llegó, el probe D. Joaquìn Elgueta tuvo que ir en ca tós los comerciantes y pudo recoger treinta y cinco mil riales que entregó al enemigo por mano de D. Juan Antonio Grech, pa jugar limpio, y yo los vide llorar de rabia, porque Murcia se habia quedao sin defensa.

—¡Pos miste! ¡Y dicían que él se habia pasao á los otros!

—¡Pasao! ¡Qué bien se ven los toros dinde la barrera! Pero dejemos á un lao los malos pensamientos de los que devisan las cosas como Dios quiere. El francés se puso dao á lós demonios... ¡Ave Maria Purísima!... con aquel dinero que le paeció una miseria; y en cuanto dieron las Ánimas en la Catredal, unas patuleas de gabachos, muy feos y á bayoneta calá, se esparramaron por angunas calles, y como no se veian los deos de la mano, fueron matando á toas las presonas que encontraban, que pasaron de treinta, á punchazo limpio, y dimpués se metieron en munchas casas prencipales y en angunas tiendas de comercio, atropellando hombres y mujeres, rompiendo puertas y robando los dineros y halajas que encontraron.

—¿Y los de la ciudá se estuvieron quietos?

—¡Hombre! hubo de tó; pero como á la gente le pilló desprevenía y los otros iban armaos, pos sucedió que no se pudo escabechar por las calles más que á tres ù cuatro franchutes y como á media ocena dentro de las casas.

—Argo es argo, tio Roque: más vale pocos que nenguno, porque ¿sabe osté lo que le digo? que si de los nuestros caen munchos, ¡no importa! porque al regolver de una esquina, como aquel que dice, viene el repuesto; pero si de ellos hoy cae uno y mañana otro y no se para la hebra enviando siempre gabachos á Perico Botero, alcabo de angún tiempo ¡Dios que te crió! no quea nenguno ni pa simiente de rábanos. Pero... siga osté con lo de D. Joaquín.

Coscorrones, sin querer, acababa de retratar de un solo rasgo la fisonomía especial de aquella guerra feroz. Disminuir en lo posible el número de los enemigos, era siempre conseguir ventajas positivas. ¿Para qué fijar la atención en los muertos propios, cuando eran sustituidos inmediatamente por voluntarios entusiastas que sacrificaban gustosos su vida en aras del

sentimiento nacional? Un francés menos era un hueco de difícil y á veces de imposible reposición, y por consiguiente disminuían los obstáculos, para aproximarse cada vez más al triunfo definitivo de los españoles.

El tio Roque volvió á dar nuevos chupetones á su pipa, y continuó con su relato.

—Pos mira,—dijo:—al dia siguiente se marchó el francés, y aún no haria una hora que salió de la ciudá, cuando pasó el puente un balamío de güertanos con picazas, legones, estacas y angunas escopetas. En el Arenal se les reunieron otros tantos de Murcia, y encomenzaron con unos berríos que daban miedo. A mí me cogió en la esquina de la Inquisición, porque habia ido á la plaza á llevar una carga de hortaliza, y en aquella tremolina *me se* fué la burra que lluego arrecogió mi compadre el tabernero de la calle de la Palmera. Pos bien: yo me arrimé á los de la güerta, figurándome que seria otra cosa; pero al llegar al Ayuntamiento vide que aquello estaba muy tiznao. Una patulea de más de cien se metió escaleras arriba, y á siguia otra patulea y lluego otra, dista que no cogian más. A mí me subieron en andas y me encontré en lo alto de la escalera sin haber puesto los pies en el suelo.

—¡Cudiao! Pos sería aquello la fin del mundo. ¡Juné!

—Eso me paeció, porque aún no habian llegao los primeros, cuando un tio, que dicen que es carpintero y que vive por la Puerta de Castilla, sin dicir oste ni moste, le sortó á D. Joaquín un tabanazo, que si le dá, lo deja en el sitio; pero como no pudo balancear bien el garrote, dió en la paer y le hizo un esjince de más de cuatro deos. Quiso hablar el Regior, pero la chilleriza le tapaba la boca, y entoces, sin saber de ánde fué, salió un tiro, y el probe D. Joaquin cayó sobre los brazos de otros Regiores, con el pecho atravesao.

—¡Probetico! Bien dicen lluego, que angunas veces pagan los justos por los pecaores.

—Aquello fue una infamia, Coscorrones, una infamia que quisiera olvidar; pero mayor fué lo que hicieron á siguia. Un desalmao, sin respeto á la muerte, lo cogió del faldón de la casaca, y otro más malo toavia le echó una soga al cuello. Dim-

pues se lo llevaron y lo arrastraron por angunas calles, anque eso yo no lo vide, porque me vine á mi casa con más ganas de llorar que de otra cosa. Al dia siguiente supe que ciertos sayones habían matao á un francés de paz que vivia en Murcia y que era enemigo de Napoleón. Se llamaba musiú Igner, y estaba huío, porque era güen cristiano y aborrecia las barbaridaes de su tierra.

Al llegar aquí el tio Roque, guardó silencio, como si hubiera agotado sus fuerzas en aquella narración. y un suspiro que pareció salirle de lo más hondo de su pecho, se escapó de su boca entre una tragantada de humo de su negra pipa.

Mientras tanto, los mancebos habían terminado la operación. La hermosa garbera se alzaba allí, con su forma de barraca, como un monumento de espigas que llenaba de alegría el corazón de los trabajadores, y cuya vista mitigó un tanto la honda pena que había sentido el tio Roque al recordar los tristes hechos que había relatado.

La luz del sol había perdido gran parte de su intensidad, comenzando á alargarse las sombras de las arboledas, y un vientecillo sutil y refrescante, subiendo del cauce del rio, esparcía sus agradables ondas que arrebataban á su paso el aroma de los encendidos dompedros que comenzaban en aquella hora á abrir sus cálices, y se enredaban en la hojarasca de la garbera, produciendo cierta sonata, más agradable á los oidos de los huertanos que las harmonías cadenciosas de la mejor orquesta.

Oianse á lo lejos cantares de otros mozos de labranza entretenidos en sus faenas: cruzaban los tardos bueyes por el cercano camino haciendo rechinar los ejes de las pesadas carretas, y numerosos penachos de humo comenzaban á elevarse por aquí y por allá, indicando las meriendas que se confeccionaban para calmar el apetito de los hijos del trabajo, así que hubiera llegado el momento de descansar.

Coscorrones, Ambrosio y los otros mozos del tio Roque se habían anticipado á sus vecinos. La próxima visita que se esperaba y que solía repetirse con frecuencia á la caida de la tarde, era motivo muy poderoso para aligerar sus movimientos y ex-

citar sus deseos de complacer al honrado labrador que así lo habia ordenado.

Con efecto, cuando llegaron los Padres carmelitas, que no se hicieron esperar mucho tiempo, todo había quedado en su lugar, limpios los rastros de la paja caida de los carros, y preparados los trillos para las operaciones que habían de hacerse al dia siguiente.

CAPITULO II

Una visita

Las comunidades religiosas eran, en la época á que nos referimos, uno de los elementos más importantes de la nación.

Desamparada ésta, en un principio, por sus autoridades; puesta frente á frente de un ejército numeroso y aguerrido que había paseado por toda Europa las águilas triunfantes del imperio más temible, es indudable que sucumbiera ante la superioridad militar de los franceses, si la voz de los conventos no hubiera sonado de un extremo á otro de la península, manteniendo vivas las energías y la fé de un pueblo que con ellas había escrito, desde la rota de Jerez, hasta la toma de Granada, las páginas más brillantes y asombrosas que se registran en la historia de las naciones.

Por esta razón los fráiles eran mirados con una veneración tan grande, que nada se oponía á su voluntad, y ellos mismos daban ejemplo, gastando sumas de consideración, poniendo su actividad al servicio de la patria, y sacrificando gustosos en muchas ocasiones su propia vida para mantener enhiesta la bandera roja y gualda, símbolo de nuestra nacionalidad.

¿Qué de particular tenía, pues, que el tio Roque, patriota de los más entusiastas, recibiera al P. Melchor y al P. Anicetó, de la Orden de los carmelitas, con todo el respeto y agasajo de que eran merecedores?

Por eso, cuando los vió asomar por el recodo de la senda que terminaba en el emparrado, se apresuró á llamar á su mujer y á su hija, las cuales salieron al momento, mientras una criada trajo dos sillas iguales á la que servia de asiento al tio Roque, y que en aquellos tiempos, desconocedores del lujo y de la vanidad, podían considerarse como dos cómodas butacas de gran estimación.

Era la tia Rosario una mujer de muy regulares prendas y de edad mediana; pero Mariquita podia calificarse como un prodigio de hermosura, con todo el encanto y toda la gracia de una exuberante juventud, razón por la cual tenía embobados á sus padres, y locos á los mancebos del partido que bebian los vientos por alcanzar una mirada de sus negrísimos ojos ó una sonrisa de aquella boca que semejaba la flor del granado.

—Bien venios sean sus mercés,—dijo el tio Roque adelantándose á besar las manos de los reverendos, mientras levantaba su montera y dejaba ver entre un anudado pañuelo de colores el espeso bosque de sus cabellos entrecanos.

La tia Rosario y Mariquita llevaron á sus lábios las correas de los hábitos de los reverendos, y los dos carmelitas dejaron caer su humanidad sobre los amplios asientos.

El tio Roque sin dar lugar apenas á que los Padres dijeran algunas palabras, les habló del calor inmenso que habia hecho en los dos primeros tercios de la tarde, de la hermosura del panorama y de otra porción de cosas, hasta que hizo recaer la conversación en el chocolate que les habia prometido, como una especialidad que sólo reservaba él para personas de tanta importancia como sus visitantes.

Agradecieron mucho los reverendos tal distinción, y cuando hubieron enjugado los sudores que les produjo su largo paseo, apareció de nuevo la criada con un velador de caoba que colocó entre los dos padres. Luego, acompañada de Mariquita, volvió con dos hermosos cangilones de chocolate hu-

meante y oloroso en bandejitas de cobre muy brillantes y limpias, adornadas con varias tirillas de pan de trigo fritas en aceite y cubiertas con una capa de azúcar como la nieve de blanca.

Aquello era el regalo más delicado y sobresaliente que podian hacer unos rústicos labradores, dadas las escasas exigencias de las costumbres de la época, y el P. Melchor, luego de saborear la primera sopa, comenzó á celebrar la excelencia del chocolate que probaba claramente el buen gusto del tio Roque, lo desahogado de su posición para permitirse tales extraordinarios, y las muchas simpatías que ellos le inspiraban para haber merecido la distinción de tan exquisito obsequio.

—Apuesto algo á que lo ha trasteado Mariquita,—exclamó el P. Aniceto que, como más joven que su compañero, se creia en mejores condiciones para fijar en la hermosa muchacha su mirada picaresca.

Encendiéronse las mejillas de Mariquita, y bajó los ojos sin atreverse á decir nada; pero la tia Rosario, viendo la turbación de su hija, contestó:

—Pos se iquivoca su mercé, y perdone que se lo diga; pero el chocolate, anque no ha salío á mi gusto del tó, lo han hecho estas manos, y bien sabe Dios que he puesto tanto cudiao como si los mesmos ángeles hubieran de comello.

—*Equivocatio non est erratio*,—dijo á su compañero el Padre Melchor, mirándole con cierta malicia:—*sed nunc erravisti*.

Y volviéndose hácia la tia Rosario, que estaba muy satisfecha de la alabanza que habia merecido su obra culinaria, añadió:

—Le digo en latín al P. Aniceto el principio de un capítulo de un célebre doctor, en el cual pondera las virtudes del chocolate como uno de los digestivos más estomacales y convenientes. Pero, vamos, creo que con lo dicho basta y sobra para dar por terminado lo que al excelente comestible pueda referirse, y hay que aprovechar el tiempo para tratar de otro asunto.

Metió entonces en su boca una gruesa y bien empapada tiri-

lla, y dirigiéndose á Ambrosio y Coscorrones que con los mozos de labranza estaban algo retirados, prosiguió:

—Aproximáos, muchachos: hay novedades y quiero que todos las oigan.

Los mancebos que esperaban impacientes un momento oportuno para entremezclarse en la conversación, no se hicieron repetir la orden del reverendo, y dando algunos pasos hácia adelante, sentáronse en el suelo con esa postura especial que recuerda los tipos y costumbres musulmanas, formando un ancho semicírculo y completando así el corro interesante de los tertnlianos.

El P. Aniceto, á pesar de su *erratio* seguia lanzando á Mariquita, á hurtadillas y á la vez que engullia enormes sopas de chocolate, miradas que la muchacha no podia comprender, porque nunca se figuraba que su belleza se igualaria con el apetito que despertaban en el buen fráile las golosinas de paladar. Así es que, á pesar de tener para ella algo de música celestial lo que allí se hablaba, prestaba más atención al P. Melchor y aun á la arrogante figura de Coscorrones, que á aquel lenguaje de los ojos más incomprensible para la moza que el idioma de los chinos.

—Hay grandes novedades, muchachos,—exclamó el P. Melchor, dando un pequeño sorbo á la jícara que se habia quedado medio vacía por la absorción de las azucaradas tirillas.—Se sabe que tratan de aproximarse los franceses por la parte de Andalucía, y por despachos sorprendidos á los correos, se tiene la seguridad de que, si llegan á reunir un buen golpe de gente, que es lo que nuestros generales tratan de impedir, harán un amago sobre Cartagena.

—¡Cartagena!...—interrumpió el tio Roque, en su impaciencia por decir algo:—á Cartagena no hay quien la tome: ni el mesmo emperaor en presona. Digo ¡y que no soltaria bufíos el Talayo (fuerte de la Atalaya) y tó aquello de Galeras y los Moros!

—Eso digo yo,—cantinuó el padre Melchor;—pero tanto ejército pudiera venir y de tal manera podrian sitiar la plaza;

que no es fácil asegnrar de antemano ningún éxito. Las cosas de la guerra son más enrevesadas que lo que parecen.

—Güeno, alante, y desimule su mercé que lo haiga interrumpio.

—Lo cierto es que á los franccses les conviene mucho la posesión de Murcia, por su abundancia de recursos y por ser punto extratégico de alguna importancia para contener á Andalucía y Alicante. Pero Murcia necesita para esto el apoyo de Cartagena que es la plaza más fuerte de España, y por esa razón el año pasado sólo pudieron estar aquí los franceses poco más de un dia, y casi lo mismo sucederia ahora si volvieran y no contaran con un fundamento militar de gran consideración.

—Vamos: entendío.

—Pues bien: como yo presumo que sería muy difícil poner á Cartagena un sitio en regla y que por consiguiente los franceses se quedarían sin llenar sus deseos, tendrán que caer sobre Murcia, aunque sólo sea de paso.

—Eso no podrá ser: Murcia tiene hoy güenas defensas, y con un poco que aprieten los de adentro, se queará el francés con un palmo de narices.

—Eso es lo que pretendemos, si puede ser,—continuó el Padre Melchor;—y para ello reclutamos gente que esté dispuesta á acudir á dónde y cuándo se le llame.

Coscorrones que oyó entusiasmado estas palabras, y que estaba algo prevenido por lo que le habían dicho en el ventorrillo del Nene, púsose en pié de un salto. Miró á Ambrosio, en cuyos ojos leyó la misma contestación que él iba á dar, y exclamó:

—Ya saben sus mercés que lo mesmo sirvo pa manejar la azá que el fusil: tó eso que dice su paternidá está en su punto, y quisiá tener cien brazos y cien vidas que fuera mester pa ponellas á despusición de la riligión y de la pátria. Cuente su mercé conmigo, que Paco Sanchez, entendío por Coscorrones, irá dista ande vaya el más hombre de tós.

—Y yo lo mesmo,—añadió Ambrosio imitando á Coscorrones en el salto y cuadrándose como si fuera un militar avezado

á la ordenanza:—el hijo del tio Roque Penalva no se quea de zaga de nengún hombre que haiga hablao antes que él.

—Muy bien, hijos, muy bien.—dijo el P. Aniceto, dando el último sorbo á su jícara y lanzando por los intersticios de los dedos su vigésima mirada á la encantadora Mariquita:—asi, así me gusta, lo mismo que este chocolate que me ha sabido á gloria y que deja excitado mi apetito para nueva ocasión. Ea, tia Rosario, puede usted hacer que retiren esta bandeja, y tú, Mariquita, tráeme, en vez de un vaso para beber agua, ese fresco botijón que de la parra está colgando, pues ahora debe de dar gozo el líquido de la vasija de barro y á cañete.

Hizo la muchacha lo que le mandaba el Padre, y allí fué de ver cómo el reverendo sació sus ojos en la contemplación de las pronunciadas curvas de aquel busto escultural, mientras Mariquita, alzando el brazo derecho, descolgaba el cantarito, que convidaba á beber por su limpieza y frescura.

—Entonces la tia Rosario apartó el velador con las bandejas vacías, y ambos Padres, el uno tras el otro, se *arrimaron* un *latigazo* á cañete, quedándose muy satisfechos.

Luego sacó el P. Melchor su caja de rapé, y ofreciendo un polvo al P. Aniceto y otro al tio Roque, sorbió por los dos cañones de la nariz un puñado de aquel tabaco oloroso, y dijo con cierta gravedad propia de las circunstancias:

—Me alegro, muchachos, de oir las manifestaciones que acabais de hacer, y cuando el tio Roque nada dice en contrario, es porque piensa lo mismo que su hijo, pues como dice el consabido refrán, el que calla, otorga.

Yo no digo ná,—contestó el tio Roque,—porque anque voy siendo viejo, toavia pa argo sirvo, por más que los años, quiás que nó, pesan. Pero, vamos: pué ser que cuando llegue el caso, coja mi escopeta y sepa meter una bala ande yo me sé y me callo, porque no me gusta echalla de valiente.

—Ya sabemos que usted vale por ese concepto y por otros, y si la cosa viniera á propósito, no le echariamos en olvido para lo que fuere nenesario.

—¡Lástima fuera que me olvidaran sus mercés!

Y siguieron charlando sobre el mismo tema, y exaltábanse

las acaloradas imaginaciones de los circunstantes con la fervorosa palabra del P. Melchor, que pintaba las amarguras de la patria y á la vez infundia esperanzas bellísimas, á fin de no desmayar en la prosecución de aquella epopeya, digna de ser grabada en mármoles y bronces, para avergonzar á las caducas generaciones de la actualidad.

El P. Aniceto, sin dejar de echar de vez en cuando su astilla para mantener vivo el fuego del entusiasmo, seguía lanzando furtivas miradas á la bella hija del tio Roque, por aquello de que lo cortés no quita lo valiente, y al fin y al cabo, la muchacha merecia los honores de ser mirada y hasta admirada, como excelente obra de mérito indiscutible.

Pero comenzó á velarse rápidamente la luz del dia, al desaparecer el sol del horizonte, y entonces el P. Melchor creyó oportuno cortar el interesante diálogo, diciendo:

—Vaya, vaya: la conversación es buena, y estoy satisfecho, más todavía que por el buen chocolate, por las muestras de patriotismo que aquí veo; pero la hora es avanzada y vamos á retirarnos, porque aún nos queda algo que hacer y el convento está distante.

Y tras algunas palahras de despedida, levantáronse los reverendos, dando á besar sus manos á todos los presentes, y salieron de aquella bóveda de verde follaje, para buscar la senda que conducía al camino que se extiende al pié del Malecón. Acompañáronles Ambrosio y Coscorrones, como guardia de honor, hasta la encrucijada de las dos vías; y desde allí besando nuevamente con mucho respeto sus manos, regresaron á su punto de partida, aun más satisfechos y alegres que habían salido.

Mientras tanto, la tia Rosario y Mariquita, secundadas por la doméstica habían colocado la olorosa y excitante fritada de la merienda sobre una mesita cubierta por un blanco mantel de lino, hilado por las manos de aquellas mujeres; y cuando ya todos los trabajadores se encontraron juntos, sentáronse al rededor del apetitoso comestible.

—En el nombre del Padre, del Hijo y Espíritu Santo:—dijo el tio Roque trazando una cruz sobre la mesa.

—Amen.—respondieron á coro los hombres y las mujeres.

Entonces éstas comenzaron á partir gruesas rebanadas de pan de trigo, comestible que sólo podian ofrecer á los trabajadores, en aquella época, muy pocos amos de labranza, y entre ellos el tio Roque, por lo desahogado de su posición.

Arremetiendo todos, con buen apetito, á la fuente de la fritada, pinchaban los mozos la carne con la punta de sus agudas navajas á manera de tenedor, y sopaban las mujeres, incluso la doméstica, hundiendo en la fuente el pedacito de pan con sus dedos, mientras levantaban el meñique, y luego introducian en su boca la carne prendida, chupándose el pulgar, como si hicieran sus labios el papel de servilletas. También circulaba con frecuencia el porrón del vino, cayendo su encarnado chorro sobre las abiertas bocas para remojar las fáuces, secas á menudo por la enormidad de los bocados que engullian.

Masticaban y tragaban despaciosamente, como personas que bien se podian permitir el refinamiento de paladear el rico comestible, en pago de un trabajo rudo y fuerte que prestaban con gusto, por tratarse del tio Roque que pagaba muy bien y que siempre estaba dispuesto á socorrer necesidades.

Los dichos alegres se cruzaban sin cesar entre los mozos, en esas expansiones tan propias de la juventud, y hasta el tio Roque se permitia chanzas de buen género que todos celebraban; pero el más ocurrente y agudo era Coscorrones, con apariencias de una gravedad que estaba muy lejos de tener, por lo que sus compañeros reían contínuamente á carcajadas. La misma Mariquita, recatada y pulcra, con aquella rígida educación que prohibia ciertas expansiones á las mujeres solteras, no ocultaba los encantos de su linda boca, al retozar en sus frescos labios el gusto que le producían las felices ocurrencias de Coscorrones.

Cuando terminó la merienda, ya habia llegado la noche, haciéndose su sombra más densa bajo el tupido emparrado. La tia Rosario entró en la casa y volvió al momento con un enorme candil encendido que colgó de una estaquilla incrustada en la pared, y cuya luz se difundió instantáneamente en aquella esplanada, permitiendo á Mariquita levantar los man-

te!es y á la criada recoger la mesa con la fuente vacía y algunos trozos de pan que habian sobrado.

En esto, Ambrosio puso en las manos de Coscorrones una hermosa guitarra adornada de lazos, porque el mozo tenia fama de gran tocador y excelente cantador; y luego de templar el elegido el harmonioso instrumento, comenzó á cantar coplas de malagueña y después trovos con la música del paño, causando las delicias de sus oyentes.

Eran los trovos historias de amores, impregnadas de aquel romanticismo legendario que da fisonomía y carácter propio á esa clase de cantos, y Mariquita sentia, al escuchar tales historias, algo que se despertaba en el fondo de su alma y le hacia latir con fuerza las fibras de su corazón, pero sin darse cuenta de lo que significaban aquellas emociones desconocidas.

También cantaban coplas los mozos, pero ninguno igualaba á Coscorrones, con su voz vibrante y bien timbrada de tenor fuerte y su estilo saliente que seducía como si riera ó llorara en ocasiones, según el sentido de la letra, todo lo cual le daba una superioridad notabilísima sobre los circunstantes.

Aquellos cantos no tardaron en atraer algunos oyentes de los contornos. Varios vecinos fueron acercándose, y después de saludar con el consabido «Dios guarde», sentábanse formando ancho corro, por lo que la velada se hizo más agradable todavia, durando hasta que sonó el toque de Ánimas que lanzó la colosal campana de la Catedral, rogando una oración por los difuntos. Era aquel toque casi siempre la señal de la queda para los huertanos, enemigos de trasnochar, á fin de levantarse temprano al dia siguiente y dedicar al trabajo las horas de luz, como parece ordenar la naturaleza en sus leyes sapientísimas.

No pudo quebrantar esta plausible costumbre el atractivo que ofrecia el canto de Coscorrones: así es que, cuando se hubo rezado en coro la piadosa oración por las pobres almas del Purgatorio, comenzó un desfile lento, y á poco sólo quedaron en la esplanada la familia del tio Roque y los mozos del trabajo.

Entonces dió el dueño sus últimas disposiciones y entróse á

descansar, acompañando á las tres mujeres, mientras los mozos tomaron el camino de la pajera para pasar allí la noche.

Coscorrones y Ambrosio fueron designados para dormir al pié de la garbera, como centinelas de mayor confianza; y cuando los demás hubieron desaparecido, dirigiéronse allá provistos de sus correspondientes mantas, para envolverse con ellas, y preservarse de la humedad de la noche, luego que tomaran la horizontal sobre el lecho de haces que formarian á su llegada.

Al poner el pié en el borde de la era, vieron que se alejaba una sombra como de mujer y que se desvanecía poco á poco entre la obscuridad.

Conoció Ambrosio á aquella persona, y murmuró con voz entrecortada por el miedo:

—¡La tia Patanga!

—¡La bruja!—añadió Coscorrones, imitando á su amigo en el tono y en el acento.

—¿Qué hará por aquí á estas horas? ¿Vendrá de hacer anguna de las suyas, ú es que abora sale pa volar como los morciguillos y chupar la sangre de angún infeliz?

Estremecióse Coscorrones ante aquella pregunta, y quedó como petrificado. Pero haciendo la señal de la cruz, sólo se atrevió á contestar con debilitado acento:

—¡Que Dios nos libre!

CAPITULO III

La trilla

Con el alegre despertar del dia, abrieron los ojos los mancebos que dormian junto á la garbera, y Ambrosio, después de desperezarse y bostezar sobre el montón de paja que bajo su cuerpo se extendía, arrojó la manta con presteza, y de un salto púsose de pié con actitud resuelta de dar comienzo al trabajo.

Siguióle Coscorrones, aparentando igual diligencia, porque no era perezoso, pero en realidad protestando interiormente, por haber visto cortado de pronto el hilo de un sueño tan original y tan dulce, que parecía como si un anhelo desconocido hasta entonces llenara por primera vez las ansiedades de su corazón, bañándole en inefables delicias, y haciéndole murmurar con el pensamiento:

—¡Bárbaro de mí! ¡Y yo que he estao tanto tiempo mirándola, no hábia visto con los ojos lo que abora me ha hecho ver el sueño en un dicir Jesús!

Levantábanse del lado del río brisas frescas y rumorosas que se extendían blandamente por los bancales, balanceando alegremente las encendidas flores de los granados y recogiendo el

aroma de los rosales y de los dompedros, abiertos todavía como donceles enamorados de la noche, en pos de la cual habian de terminar su vida, rindiendo holocáusto á su oculto sentimiento.

Lentamente el sol desenvolvía la dorada madeja de sus cabellos, y bañaba en luz las cumbres de los lejanos montes, tornasolando el camarín de los cielos que se mostraba entre pabellones de púrpura y encajes de nácar, desde el cual la aurora dejaba caer sobre la tierra las perlas de su corona entre los besos amorosos de su corazón.

Habian acudido los otros mozos de labranza, y esponjábanse con aquel fresco amanecer que alegraba á la naturaleza toda, y hacía cantar á los vencejos y verderones entre las hojas de los verdes limoneros. Ceñían los trabajadores con sus brazos los haces que sacaban de la empinada garbera, llevándolos á la era donde los iban esparciendo á modo de espesa alfombra, y Ambrosio preparaba el trillo, después de repasar los apretados pedernales de su tabla inferior que habian de cortar los tallos y las espigas, para hacer hundirse el grano desprendido y suelto, último anhelo de las faenas que entonces comenzaban.

Por último, enganchárónse dos poderosas y robustas yeguas á los tirantes del pesado trillo, y Coscorrones empuñó las riendas desde lo alto de la tablazón, haciendo crugir su látigo y empezando á trazar la interminable série de círculos, al trote lento de los cuadrúpedos que regía.

El tío Roque no habia sido menos diligente que los mancebos. A pesar de sus años, manteníase fuerte y robusto, porque profesaba la máxima de que la pereza acorta más la vida que el trabajo; y luego que dejó el cómodo lecho al despuntar los primeros rayos de la aurora, despertó á la tia Rosario y á Mariquita, y se dirigió á los bancales para regar una tabla de naciente panizo, porque aquella hora era la de la tanda y había que aprovechar todos los momentos.

Arremangados los blancos zaragüelles y llevando al hombro su legón (azadón) cruzaba lentamente los senderos, mirando alternativamente á derecha é izquierda para recrearse en la garbera del trigo que ya habia sido despojada de su copa, ó para alegrarse con el verdor esmeraldino de aquel maiz que parecía

crecer á pasos agigantados, como para completar la série de cosechas, que eran para él como un dón del cielo que traía envuelta la felicidad de toda su familia.

Llegado al sitio de su dirección, procuró no perder un solo instante, y al efecto, caló el tablacho de la próxima acequia, para que el agua, detenida en su curso y regolfando por la acumulación, pudiera fácilmente ser desviada por las regaderas, á fin de llevar á los bancales el rico manjar de que se alimentan las plantas.

Luego comenzó á abrir, con ligereza suma, varios portillos con su legón en diferentes puntos de las regaderas; y cuando el regolfo se hizo bastante crecido hasta llegar á los bordes del tablacho, dos ó tres golpes dados en la parte superior del cáuce bastaron para que por allí se precipitara el agua, y en un momento todas las vias se convirtieron en una red de brillantes cintas, y los tablares de tierra se inundaran, apagando la sed de aquella inmensa esponja que sepultaba en sus cavidades el enturbiado líquido hasta llenarlas por completo.

Desde allí oía con claridad los alegres cantares de sus mozos y veía la hercúlea figura de Coscorrones, erguida sobre el trillo rodador, empuñando con firmeza los ramales de las yeguas trotadoras que seguian formando círculos sobre la alfombra de miés. Semejaba el mozo en aquel instante la estatua de Neptuno sobre su carroza que arrastraban los tritones entre las olas del mar.

—¡Eh, tío Roque!—gritaba Coscorrones, al pasar por la parte más cercana al bancal en que se encontraba el regador:—á madrugar ¡junema! á madrugar, que al que madruga Dios le ayuda, y anque abora hace fresco, dentro de poco emprencipiará á quemar el sol.

Y siguió dando la vuelta, grave, estirado, magestuoso, y luego entonó un cantar lánguido de melodía oriental, exhalado en notas dilatadas y agudas y propio de la operación que estaba verificando.

El tio Roque le oyó con mucho gusto, pero no le contestó, porque su atención estaba fija en el riego.

Mientras tanto, Ambrosio y los mozos, siguiendo el trote de

las yeguas, iban detrás ó á los lados de Coscorrones, arreglando y emparejando con horquetas de almez las mieses que se desparramaban en unos puntos y se amontonaban en otros, según los movimientos ó empujes del trillo; y crujía bajo sus piés la reseca paja, como una sonata contínua, cuyo ritmo parecía marcarse por el ruido de los cascos de los cuadrúpedos y por los chasquidos del látigo que empuñaba á manera de tridente al arrogante Coscorrones.

Como se vé, allí no se perdía el tiempo. Todos trabajaban, llenando esa santa obligación que hace feliz á las familias, y únicamente por la cual el progreso avanza y se consolida, dejando siempre á la cola de la civilización á los haraganes que consumen sin fruto la inapreciable riqueza de las horas.

Lo mismo que en la era y en el panizal, se trabajaba en la casa al propio tiempo. Mariquita desmenuzaba un inmenso pan para hacer la sartenada de migas, almuerzo substancioso y fuerte con que habia de obsequiar en primer término á los trilladores, y la tía Rosario colocaba bajo el emparrado el torno y los demás artefactos de hilandería, porque el capillo (capullo de seda) ahogado y seco desde algunas semanas atrás, se encontraba en disposición de ser hilado, y era ya preciso formar los conchales, para lo cual la eaposa del tío Roque no tenía superior en toda la huerta.

En aquella época, nuestros hermanos de raza, nuestros vecinos transpirenáicos, propagadores en ocasiones de nuestros defectos, despreciadores más de una vez de nuestras virtudes, é inventores, cuando les ha convenido, de embustes y patrañas que nos han rebajado ante los ojos de la culta Europa, no habían pensado todavía en absorber nuestra industria sedera, que, aunque no tan floreciente como en los tiempos de la dominación árabe, bastaba para sostener en Murcia una riqueza de gran consideración, alimentando tornos, tintorerías y fábricas de tejidos, sostén de centenares de familias y de un crédito comercial muy importante que por desgracia ya no existe.

La primera mano de obra se hacía en la huerta, y bastaba ella sola para cubrir la renta que el colono entregaba al dueño de las tierras, quedando á favor de los labradores el producto

de los bancales y del arbolado, con lo cual podía decirse que en la huerta de Murcia no había pobres, porque con las cosechas de frutas, cereales, agrios y hortalizas, á pesar de su escasa exportación, había más que suficiente para vivir con ciertas comodidades, pagar el diezmo y toda clase de alcabalas, y ahorrar algunas monedas de oro en el fondo del viejo arcón que conservaban con esmero las mujeres.

La tia Rosario sentóse en una silla bajita y ancha, y sin cuidarse de otra cosa, porque descansaba en la confianza de su hija que sabia desempeñar á su satisfacción todos los cargos domésticos, se santiguó como buena cristiana, y dió principio á su faena, gozando en aquel trabajo que muy en breve había de ver convertido en piezas hermosas de cuatro duros, para unirlas á un puñado de áureas monedas que guardaba en una media, muy escondidita y exenta de las codicias humanas.

Anhelaba Coscorrones que llegara la hora del almuerzo, no precisamente por llenar su estómago, y eso que ya le iba dando tironcitos en su interior, sino por ver á Mariquita, indiferente para él poco antes, pero interesante en demasía desde el hermoso sueño de que tan bruscamente se había despertado para trabajar. Queria recrear sus ojos, aunque fuese momentáneamente, en aquella maravillosa belleza que hasta entonces no había sabido apreciar, sin saber por qué, como si no fuera la misma que ahora le arrebataba y encendia su sangre, haciéndole adivinar otro mundo superior entre las dulzuras del nuevo sentimiento que experimentaba.

Por esta razón, cuando oyó las palmadas y gritos con que la hermosa muchacha llamaba á los trabajadores, dió gozoso un salto, soltó las amarras del trillo, llevó las yeguas á la sombra de unos gigantescos higuerales, y mientras Ambrosio y los otros mancebos emparejaban la alfombra de miés, colocóse en unas cuantas zancadas bajo el emparrado, donde, en el centro de un círculo de sillas, aguardaba una gran sartén de migas humeantes y olorosas, ostentando clavadas allí mismo cucharas de madera para llevar á la boca el típico comestible de los trabajadores.

¡Qué hermosa le pareció entonces la hija del labrador!

Allí estaba ella, de pié, con los brazos en jarra, desnudos hasta el codo, torneados y blancos como los jazmines que se balanceaban á corta distancia. Su cuello alabastrino sostenia una cabeza escultural de facciones dulces y suaves, con su cabellera negra trenzada en ancho moño de forma de lazo que caía hácia la espalda en artística negligencia, llevando prendida una rosa encarnada entre hojitas verdes. Un pañuelo pequeño de varé cruzaba su mórbido pecho, sujetando sus puntas en el ajustador de su amplio delantal, y por el borde de su ondulante refajo de grana, asomaban, como juguetes de marfil, dos piececitos calzados con la blanca alpargata entre adornos de cintas negras.

—¡Buenos dias, muchacha!—dijo el mancebo, parándose de pronto ante Mariquita y clavando en ella sus ojazos negros y soñadores.

—Que Dios te los dé muy güenos, Paco.

Y como la moza contestara sonriendo á su saludo, mostrando entre sus labios, con una gracia encantadora, una doble fila de perlas, Coscorrones interpretó aquello como buena señal y comenzó á lanzar requiebros en tono festivo, como si fuera tanteando el terreno para asegurarse bien por donde quería luego andar.

Ante aquella granizada de palabras dulces y halagadoras, las primeras que tal vez escuchaba en tanta profusión, Mariquita bajó la cabeza, encendida su cara de rubor; y dando media vuelta, como corza fugitiva que huye de los cazadores, corrió hácia la casa y desapareció en un momento.

Siguieron pareciéndole bien á Coscorrones aquellas muestras, hijas del pudor y de la llaneza de las costumbres, y sentóse satisfecho frente á la sartén que seguia despidiendo olores excitantes. A poco, llegaron sus compañeros y luego el tío Roque, y todos juntos ya, dieron principio á la faena interesante del almuerzo, masticando con lentitud, según uso y costumbre, y mezclando palabras que se referian á mil cosas distintas, á veces sin enlace alguno, pero que reflejaban el contento que sentían en sus corazones.

Salió Mariquita, llevando en su diestra un porrón de vino que puso junto á la sartén, y lanzó, como al descuido, una mirada

tan abrasadora á Coscorrones, que éste, que acababa de llenar su boca con una enorme cucharada de migas, sintió de pronto tal atragantamiento y cosquilleo en la garganta, que fué acometido de un golpe de tos, y apenas tuvo tiempo para volver la cabeza á un lado y despedir el contenido de su boca, á la manera de un escopetazo seco y fuerte, haciendo lanzar á todos una carcajada, incluso á Mariquita y á la tía Rosario que se hallaban algo próximas.

—¡Eh! Coscorrones, que te atragantas. Muncho cudiao con las migas,—dijo uno de los trabajadores.

—Tóma y quítale la mosca,—añadió el tío Roque,—á ver si se suaviza ese tragaero, que con el porvo de la era lo tendrás como yo me sé.

Y alargó á Coscorrones la botella, tomándola éste sin hacerse repetir la orden, y dejando caer sobre su boca un chorrito delgado del encarnado líquido.

—Es que me habia parecío ver,—dijo al terminar,—una visión asina como un piazo de cielo que *me se* venía encima.

Mariquita comprendió perfectamente la alusión, por lo que volvió á lanzarle otra mirada llena de dulzura, y corrió de nuevo hácia la casa, llena de tanta alegría como rubor. Pero Ambrosio, desorientado por completo, creyó que lo de la visión celestial se refería al porrón del vino, y exclamó al momento:

—De verdá que á cuasiquiera le quita la vista de los ojos esa reoma que tan á punto ha traido mi hermana. Poco bebeor soy; pero con el porvo de la era y con lo que las migas llaman por aquí dentro, me paece que hay razón pa que yo tamién me empine ese pitorro y me remoje el tragaero pa que no *me se* atraganten los bocaos.

El tío Roque, tomando pié de aquello, murmuró:

—Cuando se bebe con moderación, nunca está demás una gotiquia, porque eso sirve pa dar fuerzas al que trebaja. Lo malo es cuando se pierde el sintio. Y abora en estos tiempos hay que tenello siempre muy despejao, porque si güelven esos herejes, es mester que á tós nos coja en despusición de ser unos hombres de verdá.

—Platica osté lo mesmo que un santo,—dijo otro de los tra-

bajadores: — yo, por mí si el caso llega, haré por estar en mis cinco sentíos cabales y completos, como Dios manda.

—Como que la serenidá vale muncho:—insistió el tío Roque—Yo, por mi parte, lo que sé dicir es que un hombre con güen pulso y con el alma tranquila va á toas partes; y lo digo por esperencia, que angunos años llevo ya encima de las costillas, y he visto bastantes cosas dista pa poder escrebir más de un libro con ellas, y pa poder dar consejos á la joventú.

—No hay que pensar en eso, tío Roque,—contestó Coscorrones, que sentía que se distrajera su imaginación de aquello que con tanto gusto se la llenaba en aquel momento:—pa tó dará Dios lugar, y no porque haigamos de meternos en un fregao mañana ú el otro, como aquel que dice, hemos de emprencipiar dinde abora á pensar si nos hemos de echar una gotiquia más ú menos de vino en el cuerpo. Pos no fartaba otra cosa ¡juné! Yo le digo á osté que, si allega el caso, estaré sereno y bien sereno, y sabré hacer lo que haga cuasiquier otro hombre que valga dos cuartos.

Y metió en su boca otra enorme cucharada de migas, no sin hacer con disimulo ciertos movimientos, por si atisvaba á la preciosa Mariquita por algún rincón de la entrada.

Ambrosio, ageno por completo, lo mismo que el tío Roque, de la cáusa que á Coscorrones le hacia eludir una conversación que era la obligada á todas horas y en todas partes, comenzó á dar noticias de la guerra, según se venian refiriendo y comentando en el ventorrillo del Nene; y su padre, enardecido como si tuviera la misma edad que su hijo, aprobaba sus palabras y daba rienda suelta á la fantasía, engolfándose en la hermosa leyenda del valor nacional, palanca poderosa que parecía trastornar los ejes del planeta y marcarle un nuevo derrotero en su marcha por lo infinito.

—Pos lo que es abora, si vienen,—decía el jóven,—no será como la otra vez. Es verdá que entoces no hubo tiempo pa ná, porque ni estábamos bien prevenios ni ellos estuvieron más que un día; pero me da el corazón que algo va á haber que sea sonao, y sinó, tiempo al tiempo que no me dejará mentir.

Coscorrones no quería oir hablar de la guerra. Como si sus

dientes hubieran adquirido de pronto una rapidez inmensa de movimientos, masticaba y masticaba engullendo cucharadas de migas; y cuando se sintió satisfecho, antes que concluyeran sus acompañantes, dejó caer sobre su boca otro chorro largo de vino, limpiándose los labios con un pañuelo de hierbas que sacó de su faja. Luego se escabulló puertas adentro, y se abalanzó á la fresca jarra de barro que goteaba colgada en una leja del enorme y limpísimo tinajero.

Desde allí y mientras bebía el agua clara y bienhechora, veía á Mariquita que iba y venía en sus faenas, y con las miradas significativas que una y otro se dirigieron, quedó como hecho un contrato de amor, cual si fuese expresado con palabras bien claras y bien terminantes.

Aquel minuto de conversación visual, sin testigos y sin excitar sospechas de ningún individuo de la familia, dió tales alientos á Coscorrones, que sintió dentro de sí como una doble humanidad, y consideróse en tal momento como el más feliz de los mortales y con fuerzas suficientes para hacer él solo la trilla y aun para sustituir al tío Roque en la siega del alfalfar, que iba á ser la segunda parte de las operaciones del labrador.

—¡Ea! ¡á la trilla!—gritó, lanzándose á la esplanada del emparrado:—es mester arrematar la parva esta mañana pa que aventemos á la tarde, y ver si en cuatro ú cinco dias acabamos con la garbera, por si le diera la idea al francés de venir á quitarnos lo que es nuestro.

Y volviéndose hácia la tía Rosario que en aquel instante unía dos hebras finísimas de capillos anteados, añadió:

—Y osté ¡junema! hala, hala, á dalle al torno, que corre prisa tó eso que lleva entre manos, pa vendello pronto y meter unas cuantas onzas ande osté sabe, por si fuá mester hacer uso de ellas cuando uno menos se lo pensara.

No llamó la atención lo que Coscorrones acababa de decir, porque en toda la huerta tenía fama de diligente y trabajador; pero es lo cierto, que, á pesar de ser celebradas con risas aquellas palabras, como si ellas encerraran en su fondo un resorte mágico que impulsara las voluntades, la tía Rosario comenzó á mover sus dedos con mayor ligereza, y que Ambrosio y su pa-

dre con los demás trabajadores se apresuraron á terminar el almuerzo, devorando, casi sin masticar, los restos del contenido de la sartén.

Coscorrones parecía como que tenía empeño en aturdirse con la alegría que le retozaba en todo su sér, y quería aislarse, verse solo allá en medio de la era sobre el trillo que le distanciaba hasta de sus más próximos compañeros, para no pensar en otra cosa que en aquella pasión naciente que sentía palpitar en el fondo de su virgen corazón.

¿Por qué nó recrearse mentalmente en la hermosa y arrebatadora figura de Mariquita, y en las miradas de sus ojos de fuego y en la sonrisa de sus labios de coral? ¿Por qué nó deleitarse en aquel perfume de amor que le penetraba hasta lo más hondo de su espíritu y que le envolvía como una atmósfera suave y pura, más fragante y embriagadora que las emanaciones de los rosales y jazmineros que festoneaban los lindes de la morada del tío Roque?

Él no podia explicarse nada de lo que le sucedía, y ni siquiera intentaba buscar una razón de los súbitos fenómenos que bullian en todo su sér. Encontrábase otro; pero se sentía feliz y esto le bastaba. Paralizar sus pensamientos ó distraerlos en otra clase de conversaciones, era robar un tiempo precioso á la satisfacción de su alma soñadora, henchida de esperanzas; y nó, el amor tiene sus egoismos y sus intransigencias, sus anhelos y sus aspiraciones, y hay que darle completa libertad dentro del amplio círculo de sus derechos indiscutibles.

Unos cuantos minutos después, el tío Roque, armado de su corbilla (hoz) encaminóse á un bancal algo distante, para comenzar la siega de la alfalfa. Ambrosio, Coscorrones y los demás mozos marcharon á la era para continuar la suspendida operación de la trilla.

CAPITULO IV

Moros en la costa

El ventorrillo del Nene era como el obligado casino de los huertanos de aquellos contornos.

A orillas del camino que costea el extenso paseo del Malecón, parecía el sitio más á propósito para pasar un rato á ciertas horas del día ó de la noche, y desde allí se atisvaba al que discurría por la carretera ó por las sendas vecinales, y se veía una buena parte de la población con algo de los molinos de San Francisco y de los Álamos, descubriéndose además un amplio horizonte y un hermoso panorama.

No eran entonces los escasos ventorrillos que existían asilos de perdidos y borrachos, como vinieron á ser, andando el tiempo, cuando las costumbres se malearon al influjo de la política vil de tontos y vividores y cuando se perdió la sencillez que entonces caracterizaba á los hijos de la huerta.

Esto no quiere decir que en la época á que nos referimos no existieran bribones y que no buscaran en el fondo de las tabernas un momentáneo albergue para sus truhanerías; pero comparados unos tiempos con otros, la sociedad de entonces supe-

raba á la de ahora en buena fé y en pureza de costumbres, y por eso el patriotismo salvó á la nación, bastando sólo el pueblo para realizar las más grandes empresas del siglo XIX, al contrario de lo que aconteció ochenta y tantos años después, cuando con un ejército aguerrido de doscientos cincuenta mil hombres no se pudo, ni se supo, ni se quiso defender la isla de Cuba contra quince mil reclutas sacados de las tabernas y lupanares de Nueva York.

El ventorillo del Nene era más bien un punto de expansión, cuando los labradores habían llenado las obligaciones del día. Solía jugarse un truque, una malilla ó un burro, á ochavo, en la trastienda, para no dar mal ejemplo, y se bebía en la entrada alguna copa de aguardiente ó de vino, entre dicharachos festivos ó entre la relación de las noticias de la guerra.

También se reunian allí los cantores de la Aurora que entonaban la preciosa Salve en la puerta de las casas de los cofrades durante las primeras horas de la noche de los sábados, ó el domingo en la iglesia de San Francisco, al terminar la misa del alba, alegrando los corazones con el inmejorable contrapunto de esa tonadilla heredada del siglo XV, y que se ha conservado como un inapreciable tesoro de harmonía y de buen gusto entre la gente del pueblo murciano.

Acababan de cruzar el espacio los sonidos del segundo conjuro de la tarde que durante el verano tocan las campanas de la lejana Catedral, y á pesar de que todavía el calor se dejaba sentir intensamente, varios huertanos encaminábanse por los senderos hácia la puerta del ventorrillo, y luego de detenerse un momento, á su llegada, y de abalanzarse al botijón de agua que pendía de una estaquilla clavada en la pared, entrábanse en la casa, parándose unos ante el mostrador para sorberse una copa de aguardiente, siguiendo otros á las habitaciones interiores para jugar una partidilla, y sentándose los más en las anchas sillas de soga, dispuestos á darle á la lengua para comunicarse impresiones y noticias.

La novedad de la tarde no era nada del *francés*, ni siquiera de On Milintón (Lord Wellingthon) como pronunciaban los huertanos en su lenguaje rudo, sino otra cosa grave que había

llamado la atención desde días atrás y que iba tomando incremento como las olas alteradas de los mares.

Decíase que dentro de Murcia se habían dado algunos casos de una enfermedad desconocida, de curso rápido y de desenlace funesto, presentando los atacados una amarillez tan pronunciada, como si en un momento embadurnaran sus facciones con tintura de azafrán.

Tenia aquella noticia preocupados á algunos de los de más edad; pero la gente joven se reia y no daba importancia á los relatos, diciendo que aquello era miedo puro, y que todo lo más sería acaso el resultado natural que en los tímidos producían las voces que habían corrido sobre la aproximación de los franceses que venían dispuestos á saquear la población.

Disputábase sobre ello, defendiendo cada cual la opinión que tenía formada, cuando acertó á entrar Coscorrones, acompañado de Ambrosio, y como el jóven propusiera un truque allí en la misma puerta para huir del calor, cesaron las conversaciones, y lo de la terrible enfermedad quedó olvidado por un momento.

Con alguna resistencia por parte del Nene, que se oponía á sentar precedentes para permitir en la puerta cualquier juego de náipes, pero cediendo al último para complacer á sus parroquianos, un mozo trajo una mesita de pino blanco que cubrió con un trozo de manta morellana, y puso luego encima una baraja algo mugrienta y un jarro de vino, que es, como si dejéramos, el obligado de ese juego.

Acercaron algunos curiosos sus sillas, y Coscorrones púsose á barajar los náipes, en tanto que Ambrosio se entretenía en picar tabaco para fumar un cigarillo de papel, en la seguridad de que el tío Roque no había de verlo por su ausencia.

Seguia acudiendo gente al ventorillo con alegría del dueño que entreveía una regular ganancia, y todos en paz y en gracia de Dios se dispusieron á pasar la tarde de la mejor manera posible.

Media hora habrìa pasado en aquel entretenimiento, y ya el jarro había dado algunas vueltas entre los jugadores, remojando el gaznate de los que habían sacado *flor*, cuando apareció

en escena un nuevo personaje que trascendía á fastuosidad desde una legua de distancia.

Era huertano, como sus compañeros, pero no vestía el traje típico del país, sino el de calzón corto como el que usaban los ricachones de pueblo. Aparentaba veinte y cuatro años de edad y era arrogante de cuerpo y agradable de facciones, aunque de líneas algo duras. Llamábase Juan, conocido por el *Lanero*, mote de familia, debido al gran tráfico de ganado lanar que manejaba su padre en Espinardo, calculándose en más de tres mil arrobas el peso de los vellones que vendía anualmente á los fabricantes de Murcia.

Apeóse de la yegua que montaba, adornada de caireles y ensillada con rica manta espinardera, y sonando fuertemente los empinados tacones de sus zapatos, encaminóse al mostrador, después de saludar cortésmente con el obligado «Dios guarde» que fué contestado por los tertulianos y jugadores.

Desde que llegó Juan, pareció querer intimar con Ambrosio, al que demostró grandes simpatias, y después de obsequiarle con un bizcocho y una copita de aguardiente, sentóse al lado suyo, cerca de la mesita del truque, aparentando distraerse con el juego, pero en realidad tanteando asuntos en diferentes conversaciones que sostenía hábilmente con su interlocutor.

No era la primera vez que la tal persona entraba en el ventorrillo. Había hecho algunas asomadas en el espacio de cuatro ó cinco meses, dando primero que sospechar si sería afrancesado; pero luego la gente comenzó á opinar de otra manera, casi afirmando que lo que por allí al Lanero le traía era la belleza de Mariquita, confirmándose las opiniones ahora que le veían tan inclinado á Ambrosio, como si ante todo quisiera captarse las simpatías del hermano de la muchacha.

Nada de eso sospechó Coscorrones, y seguía arrojando náipes sobre el tapete, pero algo malhumorado porque la suerte no le favorecía.

—Vamos, hijo, pacencia,—decía un compañero más afortunado:—anguna cosa güena por otro lao te habrá favorecío, pa que algo nos quede á nusotros por éste.

—Y que dice el refrán,—añadió uno de los mirones,—que el que es desgraciao en el juego es afortunao en amores.

—¿Has oido, Coscorrones?—preguntó otro más lejano.—¿Será verdá lo que ese hombre dice? ¿Habrá por ahí anguna nena que se despepite por tus piazos?

Coscorrones sintió allá en sus adentros cierta satisfacción que le enorgullecía; pero aparentó que nada escuchaba: y como le tocara arrojar el náipe sobre la mesa, dijo, dando un golpe fuerte con los nudillos en la manta:

—Arrastro.

—Fallo,—dijo el compañero de la derecha.

Todos los circunstantes soltaron una carcajada al ver el mohín de disgusto que hizo Coscorrones, no precisamente porque veía perdida otra partida más, sino porque en su ofuscamiento no había previsto que á su contrario le quedaba un triunfo de reserva.

—Ná, lo dicho,—exclamó otro de los mirones:—dos suertes no pué haber en el mundo; esta tarde no te han llamao á jugar y vas á tener que pagar lo menos dos ú tres jarros de vino.

—Pos ni que fuera una tenaja me apura á mí, á Pacho Sanchez. ¡Bonico soy yo, juné! Me pusieron los muchachos Coscorrones, porque daba veinte golpes con la cabeza en la paer sin hacerme daño ¿y voy á sintir dos ú tres jarros de vino? Toavía me quean cinco riales y tres cuartos en la faja, y si farta, el tío Nene me fiará, que tengo cinco deos en cá mano pa saber ganar pesetas, y á mi padre le sobran angunos duros en el arca dimpués de pagar el rento al amo.

Y paseó su mirada con arrogancia, como hombre que sentía cierta superioridad sobre muchos de los que le contemplaban.

Mientras tanto el Lanero, después de dar mil vueltas á su imaginación, había encontrado el punto de conversación que deseaba. Habló de las pocas distracciones que ofrecía pasar una tarde como aquélla, y refiriendo la animación de Espinardo, durante los dias festivos, donde las horas se deslizaban de una manera agradable, propuso á Ambrosio un bailazo para el domingo siguiente, idea que éste aceptó, por su parte, con suma complacencia.

—Verás lo que nos devertirémos.—decía.—Se bailarán malagueñas y parrandas, y yo regalaré un pañuelo de sea, de los güenos, que se rifará entre las mujeres. Verás, verás.

—Por supuesto,—replicó Ambrosio,—que, anque tós nos alegraríamos, por lo bien que nos vendría pasar una tarde de distraiciones, yo no sé si mi padre querrá que el báile sea en la puerta de mi casa.

Quedóse Juan como suspenso un breve rato, por la extrañeza que le causó la respuesta de Ambrosio, y dijo entonces con acento de convicción profunda:

—¿Pos ánde mejor que en aquella puerta que tan fresca es y que tié una esplaná tan á propósito?

—Atento de eso, ya sé que no hay otra; pero la custión, te digo, es mi padre. Como abora le ha dao por no platicar de otra cosa que del francés y dice que los tiempos no están pa gromas, pué que se crea que un báile como el que tú quieres sea algo así como bullanga y le ponga reparos.

—¡Bah! Los báiles son cosas de la joventú y ná tien que ver con las de la guerra. Yo he oido dicir á un primo mio que estuvo en el sitio de Gerona, que toas las noches, concluido de hacer fuego, se ponían á bailar los paisanos y los sordaos con las muchachas que se pirraban por dar sartos lo mesmo que un titiritero.

—Yo tamién creo que lo uno no tié que ver ná con lo otro; pero lo digo al tanto, por si el prencipal dice que nones.

—Pos sería una lástima,—exclamó el Lanero algo contrariado,—sí, una lástima. Pero confío en que tú te la arreglarás bien, y el jueves me darás la contestación en el mercao. Me da el corazón, que tu padre será un hombre razonable, y se hará cargo de lo que son estas cosas, por las que él tamién habrá pasao en sus tiempos.

Las conversaciones se habían generalizado en todo el ventorrillo, y en algún corro se repetía lo de las alarmantes noticias de Murcia que un recién llegado confirmó, haciendo que más de cuatro se santiguaran.

—Si eso fuera verdá, decía uno,—sería peor que la guerra.

—¡Vaya si sería peor! Como que la guerra es diferente:—

contestaba otro: —en la guerra, bien ú mal, se defiende cuasiquiera, anque sea á bocaos; y lluego que tanto me das como te doy, que tó es custión de hígados y de pillar la vez; pero cuando se trata de una calamidá de esas que no se sabe de ánde vienen ni pa ánde van, y que no se ve dista que está encima, es muy triste que á una presona güena y sana le éntre de pronto ese busano ú demonio ¡Ave María Purísima! ú lo que sea, y se quee más espampanao que una higuera seca, en un dicir Jesús.

Coscorrones acentuaba cada vez su mal humor. Llevaba perdido el segundo jarro, y por más que le repetían lo de «desgraciado en juego, afortunado en amores», íbase sintiendo menos halagado por el refrán.

Es verdad que entonces se acordaba de Mariquita, y aquella idea refrescaba un tanto su acolarada imaginación, la cual tampoco era turbada por la sospecha de que en tal momento había moros en la costa; pero la pérdida iba siendo ya considerable, pues dos jarros suponían dos reales justos, sin contar los ochavos y maravedises de mesa y baraja, y dos reales en aquellos tiempos tenían tanta significación como dos duros en los de la actualidad.

Y no eran sólo los dos jarros de vino: era el amor propio comprimido, punzado á veces por epígramas, gestos y palabras, no exentas de ironía, y todo aquello se le removía allá en las entrañas como un rescoldo que le encendía la sangre, y pugnaba por contenerse, sacando de no se sabe dónde prudencia que dominaba y contenía todo el ímpetu de su coraje.

Es verdad que no le convenia dejar traslucir su disgusto. Necesitaba que todos sus actos llevaran marcado el sello de la magnanimidad, y que su conducta fuera irreprensible, para presentar á los ojos de Mariquita el modelo de un amante digno de su gran hermosura y de la honradez que adornaba á la joven como joya de gran estimación.

Pero el crepúsculo comenzaba entonces á tender sobre el horizonte su velo de sombras, y la ausencia del sol fué para todos una buena señal, porque de aquella manera se daba un sesgo muy favorable al mal humor de Coscorrones.

Algún jugador aparentaba cansancio: varios mirones hablaron de las distancias que tenían que recorrer para regresar á sus hogares, y con este motivo, Coscorrones echó la última mano, que, acaso por ser la postrera ó porque la mudable suerte se predisponia á mostrarle su risueña faz, fué para él favorable, y esta sola muestra del favor de la diosa bastó para devolverle su alegría y serenidad, como basta con un rayo de sol para alegrar una campiña, fundiendo en oro y rosa las aplomadas nubes que obscurecían la extensión del firmamento.

Desocupada la mesa del truque y despejado el local por el mozo del Nene, Coscorrones se llegó al sitio en que Ambrosio se encontraba, al mismo tiempo que el espinardero, dando un brinco sobre su enjaezada yegua, se despedía afectuosamente del hijo del tío Roque, repitiéndole sus deseos y recordándole el lugar donde había de saber la contestación.

Antes de retirarse á su casa, quiso Coscorrones acompañar á Ambrosio, á pesar de que la morada de éste estaba poco distante, lo cual pareció muy natural, dada la amistad que les unía; pero en realidad aquello no era más que un pretexto para acercarse de nuevo á Mariquita, en el ánsia inmensa que le aguijoneaba, y acechar una ocasión favorable para ver si podía echar un parrafillo con la muchacha.

¿Qué menos podía pedírsele al enamorado mozo, dado el misterio en que por entonces habían de envolverse sus relaciones?

Es verdad que Mariquita merecía toda clase de sacrificios, por costosos y difíciles que fueran, y á eso encontrábase dispuesto el amante, siquiera porque no corriera peligro su propia situación, si bien protestaba interiormente de aquella especie de ligadura de hierro con que tenía que sujetar la pasión que le dominaba.

La obscuridad avanzaba lentamente: algunas estrellas aparecían por el lado de Levante; pero bastaba la ténue faja de luz que flotaba por encima de la sierra de Espuña, para distinguir bien los senderos y hasta el ventorrillo donde habían quedado algunos tertulianos y jugadores.

De pronto y al volver el recodo de un cañaveral, la sombra

de la tía Patanga se deslizó muda y silenciosa en dirección al Poniente, y esta visión hizo dar un salto á Coscorrones, que se había vuelto supersticioso desde la noche en que fué á dormir á la era con Ambrosio.

Sin que su amigo lo viera, extendió el brazo derecho, y con los dedos índice y pulgar formó una cruz que mantuvo firme, hasta que la sombra de la tía Patanga se desvaneció á lo lejos en el fondo del follaje. Nada dijo; pero alteróse en su interior y hasta le castañetearon los dientes, y eso que el mozo no tenía nada de cobarde ante los hombres. Pero ¿qué podía hacer él ante la superioridad moral de una bruja, que tenía pacto con los espíritus infernales, y que sería capaz de reducirlo á cenizas con una palabra ó con un gesto?

Preguntábase á sí mismo lo que tramaría la tía Patanga, recorriendo la huerta, protegida por las sombras, y si podía relacionarse su aparición con la alarma que comenzaba á cundir por las noticias que se tenían de la ciudad; y no sabemos hasta donde le hubiera conducido el vuelo de su imaginación, de haber sido más larga la distancia que recorría.

Pero de pronto olvidó sus malas impresiones, pues al llegar á la casa del tío Roque, la presencia de Mariquita llenó todo su sér, y no pensó en otra cosa que en recrear sus ojos en la superior belleza de su amada.

CAPITULO V

El mercado

Los mercados de Murcia fueron, hasta el año 1862, unas ferias semanales de grandísima importancia.

Comenzaron á decaer á medida que se multiplicaban las vías de comunicación ó crecía por grados la odiosa contribución de consumos, en ese afán inmenso de todos los gobiernos de España por agotar las fuerzas vitales del país. Después, las facilidades del comercio de exportación vinieron á hacer innecesarias las aglomeraciones de productos dentro de la ciudad.

Los mercados más fuertes eran los de las épocas de la seda y del pimiento.

La seda murciana era tan apetecida de todos los fabricantes nacionales y extrangeros y se producía en abundancia tal, que aquello era una bendición, y desde que se presentaban al mercado los primeros mazos de hijuela (hilo de pescar) hasta que se terminaba en las fábricas de torcedura la compra de los conchales y medio conchales que hilaban las manos de las hábiles huertanas, corría en abundancia el oro, y los mercados semanales venian á ser como el reflejo de aquel movimiento agríco-

la, fabril y comercial que tenía gran resonancia por todas partes.

Llenaba entonces el mercado las dos plazas contíguas del Esparto y Santo Domingo y parte de las calles adyacentes como la de la Merced, Trapería, Zambrana, Balboa y Jabonerías, siendo tal la abundancia de vendedores, compradores y paseantes, que había ocasiones en que se necesitaba un gran espacio de tiempo para atravesar algunos metros de distancia.

Aquí y allá, montones muy bien arreglados de hortalizas y de toda clase de productos vegetales, según la estación, veíanse protegidos por sombrajes de estera ó lona, ó amparados de los porches para resguardarse del sol ó de la lluvia. Mezclábanse con esos puestos infinidad de tambanillos de puntillas, encajes, adornos y telas para ropas interiores, ondeando las caladas tirillas como gallardetes de deslumbrante blancura.

Pregonaban por todas partes los lienzos de Beniaján, las tejiduras de sayas y refajos de Totana, las enaguas de dos azules, las madejas de lino y estopa de la huerta, los mazos de lana hilada de Alcantarilla, las mantas de Espinardo y los deslumbrantes cobertores de Murcia.

Veíanse colgados de tirantes cuerdas los preciosos armadores y delantales de lentejuela, las gorras para los niños, los chalecos bordados con su gran botonadura colgante de plata, y los pañuelos de seda de colores fuertes, tejidos en las fábricas de la capital.

Más allá zapaterías y alpargaterías, filas enteras de objetos de cristal y de barro valenciano para toda clase de líquidos, puestos de comestibles al por mayor y al menudeo, saladuras, azafrán de Albacete, pimiento molido murciano y oriolano, queso blanco y de la Mancha y centenares de macetas con flores de caprichosos matices y de aroma embriagador.

Gritábase la venta de la cuajada, del agua de limón y del buen aguardiente, y se escuchaba el monótono relato en verso macarrónico de algún expendedor de relaciones, ó los cantares de los ciegos, con vidas de santos, sucesos extraordinarios, coplas y tonadillas que embobaban á los sencillos labradores.

Por último, veíase la recoba donde se exhibían por miles los

pares de gallinas y de pollos, las cestas de huevos conservados en paja, los grupos de conejos del campo y de la huerta y los jaulones de palomas, todo entre un griterío inmenso que aturdía pero que á la vez alegraba el espíritu, porque aquel movimiento extraordinario era el alma, era la vida de la población.

La tía Rosario y Mariquita, acompañadas de Ambrosio y de la sirviente, no fueron las más tardías en acudir al mercado.

Levantáronse con el alba, y luego de llenar sus primeras obligaciones, vistiéronse con esmero. Mariquita entrelazó, con las flores que adornaban su moño, una ancha péina de plata. Púsose el armador de lentejuela, las mangas de encaje sujetas en el antebrazo, el refajo azul con bordados de blancas palmitas y flores encarnadas, el delantal blanco con hilillo de oro, y calzó la calada y transparente media con zapato descotado de tabinete, que le hacía mover su talle con una gracia encantadora.

—Que no dejeis de hacer una vesita á la Generala y de oille una misa en la Catredal,—había encargado el tío Roque.

Y con efecto, luego que dejaron la huerta y las primeras vías de la capital, entráronse en el grandioso templo, y allí, arrodillados los cuatro á los piés de la sagrada imagen, oyeron con devoción el santo sacrificio de la misa y rezaron una salve á la Virgen de la Fuensanta.

En la calle de la Trapería llamó poderosamente la atención la muchacha, y eso que al mismo tiempo cruzaban por aquel sitio lindas mujeres, tanto de la huerta como de la ciudad, y cuando llegó á las Puertas del Mercado, produjose un murmullo de admiración entre los aficionados al galanteo.

Allí se encontraba Juan el Lanero, apoyado en su cayado de almez, y se alegró á la vista de Mariquita, saludando á Ambrosio desde cierta distancia y dando á entender que muy en breve se haría el encontradizo con ellos.

Era precisamente la hora de mayor aglomeración en el mercado. Andaba la gente en todas direcciones, comprando mercancias, ajustándolas á gritos, ó regateando el ochavo. Pasaban cestos repletos de comestibles, bultos con telas ó con objetos para los usos de la casa, codeábanse las huertanas y las señoritas que habían salido á comprar y á pasear á la vez, oíanse re-

quiebros amorosos, dicharachos festivos, alguna queja producida por un inevitable pisotón ó por un choque de cuerpos en el oleaje inmenso de personas, y caía por todas partes un sol de plomo, que abrasaba y cegaba á la vez con los encendidos rayos de su seno.

Muchas mujeres de la huerta, cargadas con jarras pendientes de ambas manos, á la vez que sujetaban otras entre los brazos y el pecho, rompian las vasijas en el laberinto en que se veían envueltas, y no faltaban moños que se deshacían, pañuelos que se desgarraban y cayados que venían al suelo sin poder ser recogidos, arrancando risas de los unos y frases de disgusto de los otros, según á quien le tocaba ser espectador ó actor de los sucesos.

La tía Rosario sudaba á mares y no le iba en zaga Mariquita que no podía hacer uso del abanico, por habérsele roto el varillaje á poco de entrar en el mercado.

Juan vió en aquel ligero incidente un motivo favorecedor de sus planes. Se aproximó á Ambrosio, como por casualidad, y saludó á las mujeres con cortesía, pero aparentando indiferencia; y como la marcha tenía que ser con forzosa lentitud, lugar tuvo de oir lamentarse acerca de la rotura del abanico y del enorme calor que se desarrollaba.

Entonces, aprovechando uno de esos movimientos de la gente que con frecuencia les hacía separarse, se dejó apartar un buen espacio, y se abrió paso poco á poco hasta llegar á un puesto donde se vendían abanicos. Sin regatear, compró el que mejor parecióle, examinándolo sólo á la ligera para abreviar cuanto le fuera posible.

Palpitaba el corazón del mozo por la acción atrevida que iba á cometer, por si era contraproducente el efecto que esperaba; pero teniendo presente aquel adagio de que la fortuna ayuda á los audaces, allá se fué hácia Mariquita con la prenda recién comprada, y pidiendo permiso con timidez á la tía Rosario, presentó la mercancía, poniendo el calor por pretexto y haciendo resaltar el gusto que el obsequio motivaba.

Como la tía Rosario no sospechaba de las intenciones del Lanero, aceptó enseguida; pero resistíase la moza, porque en su

perspicacia algo adivinó, si bien al mismo tiempo sentíase halagada, por aquello de la vanidad femenil hasta en las personas más recatadas y honestas.

—¡Oh! ¿Qué diria Paco Sanchez, el ínclito Coscorrones, si llegara á saberlo?—murmuraba en su interior con cierta pena, porque en realidad su corazón no se encontraba completamente libre para excoger afecciones.

Pero reflexionó, y agitó el menudo varillaje con ligereza, respirando con satisfacción el fresco que producía el abanico en su rostro encendido por el calor de afuera y por el que le subia desde el fondo de la sangre.

Mas aunque lo supiera Coscorrones, no podía verla en aquel instante. Se había quedado allá, trabajando en la trilla de su propia casa. que comenzó al terminar la del tío Roque, pues éste no disponía de yeguas sino de vacas, no aprovechando para la operación sino las primeras, ó mulas en su defecto, aconteciendo lo contrario con el padre de Coscorrones. Como vecinos y amigos que eran ambos ladradores, prestábanse mútuamente los medios de labranza, más escasos entonces que nunca respecto de los animales, por las exigencias de la guerra que apuraba toda suerte de ganados para los comestibles y operaciones de la campaña.

Presintió el Lanero dificultades; pero quedó satisfecho de su acción, porque vió que aquello no era sembrar en arena, sino en tierra tal vez fértil y digna de laboreo, que no excluía la posibilidad de llenar sus ambiciones si sabía aprovecharse de una ocasión oportuna.

Como no carecía de talento, contentábase con el primer paso que tan bien le había salido, limitándose entonces á cultivar simpatías hasta ver si podía hacer un hueco en el corazón de aquella mujer y llenarlo con su amistad, en espera de mejor cosa, y habló de mil asuntos distintos, del calor, de lo concurrido del mercado, de lo buena que había sido la cosecha y hasta de los miles de arrobas de lana que había vendido en los porches de Santo Domingo á los fabricantes Caballero, Raigal, Pelluz y Solano, que eran los principales y que surtían á más de cien comunidades religiosas y á la población y á la huerta

con sus bayetas, estameñas y paños sin rival en muchas leguas á la redonda.

Desorientada un tanto Mariquita por la habilidad del conversador, soltó poco á poco las trabas de su lengua, especialmente cuando la tía Rosario ajustaba mercancías; y de asunto en asunto, vínose á parar en el que el Lanero deseaba, en el báile que había de darse en la tarde del domingo allá bajo el fresco emparrado que sombreaba la puerta de la casa del tío Roque.

Como era costumbre tutearse entre los solteros de la huerta, el Lanero usaba de esa confianza con Mariquita.

—Verás,—le decía, sin ocultar su entusiasmo:—será sonao en toa la güerta. Yo llevaré angunas muchachas y mozos de mi pueblo: vendrá uno que sabe más relaciones que aleluyas tié un misal, y nos devertiremos en grande, en paz y en gracia de Dios. Y puesto que dice Ambrosio que el tío Roque no tié inconviniente...

—Nenguno:—interrumpió el hermano de Mariquita:—en cuanto se lo propuse, contestó que él está por dar gusto á la gente moza, siempre que en ná se farte á la riligión, al revés de otros padres que en tó ven ardiles del demonio.

—¡Ave María Purísima!

—Sí, ardiles del enemigo malo pa hacer pecar á los que bastante tién con sus dibilidaes de hombre.

—Lo mesmo dice el pae Aniceto,—añadió la encantadora Mariquita,—que está porque cá edá tenga lo suyo.

Esta opinión de Mariquita, reforzada por la autoridad de una persona que gozaba de gran consideración entre aquella familia, pareció de perlas á Juan, el cual, cada vez más contento por el buen éxito que preveía y por lo que ayudaba á sus propósitos, se felicitaba interiormente.

Entonces volvióse hácia Ambrosio y le interrogó de esta manera:

—¿Y tú no inventas ná pa dalle al báile tó lo suyo? Tú conocerás por tus parajes algo que yo no tenga por los mios.

—Me paece que no estarán de más angunos juegos.

—No está mal pensao,—exclamó Mariquita.

Pero enseguida se acordó de Coscorrones, que era el jue-

guista de más gracia de toda la huerta, y se arrepintió de su aprobación, en la duda de si pudiera haber cometido una imprudencia.

—Pos entoces que haiga juegos tamién,—prosiguió el Lanero con creciente animación y aprovechándose de la oportunidad que se le presentaba:—así estará tó completo.

—Ya verás la esa que tié Coscorrones,—continuó Ambrosio: —no hay otro que se le ponga elante pa buenas ocurrencias.

—¿Sí? Pos mejor que mejor.

—Como que cuando él ha puesto juegos, ande quiera que haiga ido, se ha despoblao media güerta pa pasar el rato más devertío del mundo.

—De modo, que si hay dos ú tres guitarristas y cantaores güenos, que eso nunca farta, las mozas harán lo demás con las postizas (castañuelas) y con sus güeltas y sartos, que son los que llevan la verdaera gracia de la reunión.

El programa del báile quedaba hecho con aquella conversación, y ya sólo quedaba realizarlo, con alegría de Ambrosio que veía una buena ocasión de divertirse, y con un gozo inmenso por parte de Juan, quien miraba en la fiesta un pretexto magnífico y una oportunidad sin igual para entrar con buen pié en la casa del tío Roque.

En esto habían dado por completo la vuelta á la plaza de Santo Domingo, llevando la doméstica de la tía Rosario lleno de comestibles el enorme cesto, y su ama dos jarras blancas de barro, cuya compra era el objeto principal que los había traido desde tan larga distancia.

Parecióle á Ambrosio que debiera él corresponder al obsequio del abanico, y al pasar frente á uno de los horchateros ambulantes que vendian bebidas heladas, hizo alto y ordenó que cada uno se bebiera un vasito, lo que se aceptó con mucho gusto, porque todos tenían necesidad de aplacar el excesivo calor que venian sintiendo.

No habían acabado de saborear aquella horchata, cuando se escuchó el vibrante sonido de la campana mayor de la Catedral que anunciaba el acto de alzar á Dios en el santo sacrificio de la misa.

Entonces tuvo lugar un hecho que retrataba la bondad de las costumbres de la época, y que la importancia del *progreso* que hoy se disfruta ha tenido á bien abolir para acentuar la *cultura* moderna y las grandes ventajas que trae consigo el indiferentismo social que nos conduce á la *gloria* de los fracasos.

Cruzaron el espacio las tres campanadas lentas, sonoras y llenas de magestad, y como si ellas llevaran consigo el imperio de una gran soberanía á todas las voluntades, súbitamente se produjo el silencio hasta en los últimos rincones del mercado y no quedó sobre las cabezas ninguna montera ni sombrero, á pesar de los abrasadores rayos del sol. Cada cual rezaba mentalmente ó con solo el movimiento de los labios el símbolo de los Apóstoles, y luego se santiguaron todos y volvió á comenzar el griterío, que parecía más fuerte por el contraste que se produjo después de aquellos breves instantes de completo mutismo.

Aproximábase el momento de abandonar el mercado, con harto sentimiento de Juan á quien le parecían las horas minutos, por el gusto que experimentaba al lado de aquella garrida moza, cuya hermosura veía más grande á medida que la miraba más. Sólo quedaba la compra de algunas puntillas y encajes para Mariquita, y esto se hizo en breve y casi sin regateo, cosa rara entre la gente de la huerta, porque el tiempo apremiaba, y el sol seguía enviando torrentes de fuego, caldeando por completo la atmósfera semejante á la de un horno.

Sin embargo, Juan no quería abandonar muy pronto la agradable compañía de las huertanas. Sentíase tan bien, que no percibia la molestia de la temperatura, cada vez más alta; y como hombre de imaginación fecunda, dióse traza para tocar asuntos que hacia amenos y hasta interesantes, con lo cual logró entretener el tiempo casi media hora más, y cruzaron las Cuatro Esquinas y la Platería hasta la plaza de San Bartolomé y calle del Correo, desde cuyo punto el acompañante se despidió, á fin de no causar pesadez ó despertar sospechas en la tía Rosario, para la cual tuvo dos ó tres frases corteses al llegar el momento de la separación.

Enderezó sus pasos el espinardero hácia la Puerta de Castilla

donde esperábale un criado con su tartana para conducirlo al inmediato pueblo, y la familia del tío Roque se encaminó á la del Puente, para tomar por la bajada del Plano de San Francisco hácia la costera del Malecón.

La tía Rosario iba muy contenta. Parecióle todo un personaje el nuevo amigo de su hijo, y le encantaban sus modales que distaban mucho de la rudeza que usaban los huertanos, á pesar de vivir más cerca de la capital. Acaso allá en el fondo de su imaginación cruzó rápidamente una idea que hubiera hecho temblar á Coscorrones á haberla podido penetrar; pero fué tan fugitiva, que no dejó en su espíritu ni siquiera el rastro que la alondra deja al batir sus álas en el áire.

Mariquita marchaba pensativa.

Ambrosio se recreaba de antemano en lo mucho que había de divertirse el domingo.

Por su parte el Lanero frotábase de gusto las manos. Su primera entrevista con Mariquita no había podido dar resultados mejores, y la base para las relaciones que pretendía quedaba puesta, quizá con alguna solidez, esperando que el báile, aquella fiesta íntima, tan propicia á las expansiones del espíritu, fuera principio de la futura edificación que pensaba levantar con los matériales que su propia pasión le fuera proporcionando.

Como se ve, cada cual tenía el pensamiento lleno de ideas, en consonancia con su modo particular de ver las cosas de la vida.

CAPITULO VI

El báile

Desde aquella tarde, comenzó Ambrosio á buscar elementos para el báile y á combinarlos.

Eran tan escasas las diversiones que la época y las circunstancias permitian, que rara vez se oía en la huerta el rasgueo de una guitarra ó el repique de unas postizas, pues los tiempos eran de tristeza, y una buena parte de la juventud huertana se batía contra los franceses en las filas del ejército y en los grupos de guerrilla, ó habia sucumbido en los campos del honor defendiendo la bandera de la patria.

A mayor abundamiento, presentíase el desarrollo de otra espantosa calamidad, la de la fiebre amarilla, que, aunque lenta y no definida hasta entonces, había llevado el luto á más de un hogar, dentro de la población, y venía difundiendo cierta alarma y zozobra entre algunos espíritus preocupados.

No obstante estas dificultades, encontró en dos días algunos buenos bailadores, cantadores y tocadores de instrumentos populares, y encomendó á Coscorrones, con mucha eficacia é in-

terés, la composición de un cuadro de jueguistas que dieran gran realce á la fiesta y que entretuvieran á los asistentes, haciendo reir hasta más no poder.

Algo preocupada también andaba Mariquita. Con ese instinto peculiar de las mujeres, comenzaba á comprender ciertas cosas con bastante claridad y á relacionar varios hechos entre sí, al recordar frases, miradas y actitudes de Juan el Lanero en su paseo por el mercado de Murcia.

También había tenido noticia de las visitas que solía hacer el espinardero al ventorrillo del Nene, y de su conducta sospechosa al eludir toda clase de amistad que no fuera la de Ambrosio. Mirando con imparcialidad el fondo de las cosas, tal y conforme se le presentaban, no le disgustaba el mancebo, arrogante, rico y con maneras algo menos toscas que las de los huertanos á quienes ella trataba ó conocia; pero su corazón se había abierto al amor de Coscorrones, y á él había consagrado las tempranas ilusiones de su alma.

¿Qué podría suceder en aquel choque de afectos, en aquel antagonismo que surgiría inevitablemente, si el Lanero se obstinaba, intentando llevar á la realidad lo que entonces eran para ella meras conjeturas?

Y la hermosa huertana intentaba desechar el cúmulo de pensamientos que acudían á su mente, y pedía humildemente á la Virgen, en cuyo patrocinio confiaba, que allanara el camino que ella tenía que recorrer, para que su sencillo corazón no tuviera que sentir algún dia la punzada de las espinas que pudieran brotar ante su paso.

En estas y en otras cosas llegó la tarde del domingo.

Desde que terminó la siesta, la gente, sin miedo al calor que por todas partes se difundía, comenzaba á acudir al emparrado del tío Roque, presentándose un buen golpe de muchachas que parecían un verdadero ramillete de flores hermosísimas. Con sus refajos de colores fuertes, en harmonía con la espléndida vegetación del panorama; con su moños de lazo, adornados de flores y peinas de plata; con sus armadores de lentejuela y sus brazos desnudos, reprimiendo el seno con pañoletas de varé y con su calzado típico de la alpargata con cintas

negras entrelazadas ó zapatos de tabinete sobre la media blanca que dejaba transparentarse la rosada piel de los modelados arranques de la pierna, parecían hadas recién salidas de grutas formadas por arrayanes y jazmines en las orillas del plateado río que serpeaba perezoso entre los sotos floridos que formaban su cáuce.

Brillaba entre ellas Mariquita, con belleza deslumbradora, vistiendo sus mejores galas que reservaba para las grandes ocasiones, y sentíase halagada en sumo grado, porque parecía que todo aquello era para formar su córte, como reina al fin de aquellos hermosísimos parajes.

Bailábanle los ojos á Coscorrones con una alegría sin límites, porque considerábase como el galán más afortunado al sentirse dueño del corazón de la mujer más codiciada de toda la huerta, y pensaba romper el báile con su Mariquita, á quien ya había pedido el primer turno, sentándose á su lado para impedir que fuese otro el que disfrutara de tal suerte.

No tardó en oirse el campanilleo de una tartana que venía á todo escape, y cuando el vehículo se paró á unas cuantas varas de distancia del emparrado, saltó de ella Juan el Lanero con varias mujeres y mozos de Espinardo, y Ambrosio precipitóse inmediatamente para recibir á su amigo y dar la bienvenida á todos sus acompañantes.

Desde aquel momento pudo decirse que comenzaba la fiesta.

Oyóse el temple de una guitarra, una bandurria y un violín, orquesta de lujo para aquella reunión, y escapábase algún carrasclás de las postizas que movían los dedos impacientes de las mozas.

Formóse enseguida un ancho corro con las sillas y tablados de las camas, y antes que un cantador entonara la tercera copla, allá fué Coscorrones, seguido de Mariquita, y se plantó en el centro, apretándose la faja y limpiándose el sudôr con un pañuelo de hierbas, mientras su dama ajustaba en los pulgares los lazos de sus postizas y se ponia en jarras para comenzar el báile.

Era éste la malagueña, el más vistoso y variado, y Mariquita

y Coscorrones se portaron de verdad en los saltos, trenzados y vueltas, como si fuesen maestros consumados de la danza.

Disimulaba el Lanero el disgusto que le ocasionaba la suerte de Coscorrones, pues aunque ignoraba la clase de relaciones que existía entre tal pareja, no podía perdonarse á sí mismo el habérsele escapado la ocasión de hacer él con Mariquita el rompimiento del báile; pero decidido á no representar un papel desairado, ni aun siquiera de segunda clase, se corrió un poco hasta llegar al sitio donde el amante estuvo sentado, y se apoderó de él con ánimo de hablar un poco con la hermosa muchacha.

Terminó el primer báile y Mariquita sentóse en su primitivo sitio, viéndose Coscorrones obligado á buscar otro para él, con harto sentimiento de su corazón; pero como al fin y al cabo había conseguido su objeto principal, consolóse como pudo, tomando parte en las conversaciones de uno de los muchos corrillos que había formados por todas partes.

Siguió el báile con otras parejas de apuestas espinarderas y huertanas, y cuando Mariquita hubo descansado, volvió á presentarse en el centro del corro con el Lanero.

Bailaba Juan de una manera maravillosa, y procuró en tales momentos afinar sus habilidades y primores, demostrando una gran superioridad sobre el mismo Coscorrones, atrayendo la atención de los circunstantes y las simpatías de todas las huertanas. Con la confianza que tenía en sí propio, se permitía alguna frase galante para con su pareja, y luego menudeaba los requiebros que tenían tanto de jaleadores como de intenciones amorosas, y Mariquita, sobresaltada y ruborosa al principio, concluyó por sonreir y encontrar agradables aquellos halagos.

—Te haría reina si estuviera en mi mano,—dijo el Lanero en uno de los trenzados de la copla.

—Tengo pa tí,—añadió á los pocos instantes,—un corazón derretío de verdá, pero que está lleno con la imagen de tu presona.

—Si tú quisieras,—continuó en una de las vueltas,—con una palabra no más, tù y yo seríamos los más felices del mundo.

Pero de pronto, vió Mariquita que Coscorrones la observaba

con enojo, y apagó repentinamente una sonrisa que en sus labios retozaba.

Esta súbita seriedad de Mariquita soliviantó al Lanero, y con una rápida ojeada que trazó en rededor suyo, sorprendió las miradas que se cruzaban de la huertana y Coscorrones, y adivinó lo que antes no podía sospechar siquiera.

¡Cómol ¡Aquel huertano rudo y morenote, aunque buen mozo y de esculturales líneas, con sus anchos zaragüelles, que sólo usaba calcetas en los dias festivos, que jamás había calzado otra cosa que alpargatas ó esparteñas, que al fin y al cabo era un jornalero, puesto que su padre no pasaba de ser un arrendatario, atrevíase á intentar la posesión de la hija del tío Roque Penalva, anticipándose á él, al heredero único de un propietario de numerosos ganados y olivares, que vestía de otra manera, que escribía y leia con alguna soltura, y que llevaba en su faja de seda, no de fllahiz ni siquiera de lana como la que usaba Coscorrones, más de una onza en duros y pesetas, y que tenía abiertas todas las casas de la huerta y de Espinardo para excoger á su gusto la moza que quisiera y llevarla al pié de los Altares!

Vamos, aquello no podía ser de ninguna manera, y él había de despejar el camino para recorrerlo á su placer, cuando lo tuviera por conveniente.

Luego que terminó la tanda de coplas, volvió á sentarse al lado de Mariquita, ufano y tranquilo, y allí prosiguió en sus escarceos amorosos, mientras continuaba la fiesta con la relación de «La Renegada de Valladolid» que recitaba con cierto sonsonete y alterando las páusas de la puntuación el mozo venido de Espinardo y que el Lanero había llevado allí como una especie de Máiquez de la declamación rural.

Prosiguió el báile con unas parrandas de diez parejas, báile esencialmente murciano (que tantas veces ha descrito esta pluma pecadora) y que consiste en colocarse los hombres y las mujeres frente á frente en dos filas, de modo que, tanto por delante como por ambos costados se correspondan las personas de sexos distintos, á fin de que, al volverse á la mitad de cada seguidilla, siempre queden completas las parejas.

Al comenzar todas las coplas, el hombre da la vuelta por la espalda de la mujer y se coloca á su derecha para bailar con mujeres distintas por el frente y el costado, y termina el báile con uua mudanza diferente llamada *el retal*, cuando se han recorrido tantos sitios como parejas hay, hasta encontrarse en el puesto que cada hombre tenía al empezar.

Con estos movimientos, tenía que encontrarse forzosamente Mariquita con el Lanero y Coscorrones, y ¡qué sudores acometieron á la pobre muchacha en aquellos momentos! Sin dejar de sentir por Coscorrones la misma afección, no se le hacía el Lanero repulsivo, y solía preguntarse á sí misma si no le sería fácil encontrar la solución que buscaba y que con tanta ansiedad le había pedido á la Virgen. Y se enmarañaba de nuevo, al pensar en el disgusto que habría de causarle el desechar las proposiciones de Juan si entonces ó después se decidia á declarársele, ó destruir las ilusiones y alegrías de Coscorrones, al decidirse resueltamente por uno de los dos.

Respiró por fín cuando volvió á su silla por tercera vez.

Iban á empezar nuevos báiles para alternar con los juegos, y aquello era uu descanso para su espíritu que le permitía siquiera reflexionar un instante.

Coscorrones había combinado, como director de escena y actor principal, los elementos que pudo reunir, y se entró en la casa del tío Roque con sus acompañantes para dar principio á los disfraces.

Los juegos eran entonces en la huerta lo mismo que en los tiempos actuales, á pesar de que esta costumbre va desapareciendo de un modo rápido. Consistían en la representación al áire libre, en el centro del corro donde el báile se verificaba, de una especie de pasillo cómico, sin argumento, basado todo en un asunto festivo y picaresco, cuyo lenguaje se improvisaba por los actores, dejando que el ingenio de cada cual corriera libremente, sobresaliendo el que mayor agudeza demostraba ó el de mejores dotes naturales para la representación. Eran, en una palabra, una série de disparates que podían calificarse muy bien como el anticipado reflejo de aquella política que en las tres últimas decenas del siglo habían de poner en juego tantos insig-

nificantes pigmeos convertidos en ministros de la Corona, para concluir por empobrecer y deshonrar á la nación

Acaso aquella diversión era la de mayores encantos para la gente de la huerta, como lo fueron ochenta y noventa años después para la mayoría de los españoles las corridas parlamentarias, entretenimiento de ociosos y politicastros y fuente perpétua de todos los males que se desataron sobre España.

Para que el juego comenzara, había de formarse un báile con anterioridad, y á la segunda ó tercera copla, el actor que había de representar la primera escena, empuñando una escoba y dando voces descomunales, salía del fondo de la casa, á todo correr, diciendo:

—¡Afuera el báile! Va de juego, señores... va de juego.

Y la gente se esparcía rápida y agradablemente, y á continuación salían los actores en el orden que les correspondía, y tenía lugar la representación.

Mientras todo aquello se verificaba y Coscorrones se lucía con un buen derroche de gracia natural, reaccionábase el espíritu de Mariquita á favor de su amante, por más que no dejaba de ver en el Lanero todo un buen partido que cualquiera de las muchachas presentes hubiera querido para sí. Ayudábanle á ello algunas alusiones burlescas que Coscorrones hacía siempre que encontraba oportunidad, dentro de sus papeles cómicos. En una de ellas, el actor huertano, dirigiéndose á otro que figuraba ser pretendiente á marido, exclamó:

—Lo mesmo que un fantisioso que yo conozco, que porque tié cuatro cuartos más que yo, se cree un rey Derodes y paece que no tié más que abrir la boca pa que sean suyas toas las mujeres.

Y más adelante, después de examinar las cualidades del candidato amoroso, dándole á entender que no conseguiría su objeto, llevó á las narices el pulgar de su mano, y moviendo los otros dedos en forma de abanico, añadió:

—Pos te quearás de acatus.

Y miró á Juan, á fin de que no tuviera que hacer grandes esfuerzos para conocer la alusión.

Coscorrones se vengaba bien. Como Alejandro, intentaba

cortar de un solo golpe el nudo del templo de Gordio, sin esperar á desatarlo, y se adelantaba instintivamente al curso de los sucesos, encendiendo de coraje el pecho de su antagonista.

Pero el Lanero, en medio de su disgusto, tenía calma y seguridad. ¿Para qué dejar asomar á sus ojos lo que tan encerrado quería tener, cuando todo podía velarse con una sonrisa que retratara suma inocencia? Perfectamente: no se acercaría á Mariquita en el resto de la tarde: bastante le había indicado ya, sin dejar de ver las simpatías y el buen efecto que había causado en el ánimo de ella; pero conociendo su indiscutible superioridad sobre todos los solteros que se hallaban presentes. él hablaría con el tío Roque luego que transcurrieran algunas semanas.

Gozaban en aquella época los padres de una autoridad extraordinaria sobre los hijos, y en la mayoría de los casos solían imponer su voluntad respecto de los matrimonios. ¿Cómo se atrevería el tío Roque á despreciar para su hija el partido tan ventajoso que se le presentaba? Entonces sí que podría él mismo ponerse frente á Coscorrones, y repitiendo la escena del pulgar en las narices, decirle con toda la ironía de su alma:

—De acatus.

Y meciéndose en las ilusiones que despertaba en él tan halagador proyecto, sonreía candorosamente, sin dejar por ello de mirar á Mariquita y aproximándose á la tía Rosario que estaba embobada con las ocurrencias felices de Coscorrones.

Conveníale por entonces intimar hondamente con la madre, como lo había hecho con Ambrosio, y pues la acometida de la plaza no permitía aún un asalto, tenía que seguir el bloque, hacer poco á poco brechas practicables, y andar con lentitud para no resbalar y caerse.

Y los juegos y los báiles seguian, mientras se confeccionaban por dos ó tres jóvenes que sabían escribir las listas para la rifa gratuita del pañuelo de seda que regalara el Lanero, y oleadas de alegría inundaban á los huertanos, sin exceptuar al tío Roque, el cual, con su negra pipa siempre en la boca y golpeando el eslabón contra el pedernal, encendía yesca á cada momento, arrojando espirales de humo, y alentaba á la juventud para que

gozara en grande, y se pasara el tiempo lo más á gusto posible.

—A devertirse, á devertirse,—decía,—que mañana hay que dalle lo suyo al trebajo, y güeno es que se reparta el tiempo lo mesmo pa lo uno que pa lo otro.

—¡Vaya una tarde hermosa!—exclamaba Ambrosio dirigiéndose al Lanero.

¿Nó te lo dicia yo?—replicaba éste.—Yo estoy muy contento y no me despido del tó, siempre que tú quieras que demos otro báile.

—¡Y cudiao que se ha arrejuntao güen mujerío.

—¿Que si se ha arrejuntao? Pos si paecen diosas, y digo, tía Rosario,—añadió dirigiéndose á ésta:—osté debe de estar muy arbullosa con su hija Mariquita, que paece la reina de toas, por lo bien trajeá y por lo guapa.

—Rigular ná más.

—¿Cómo rigular? Pos si miralla á ella es mirar al sol. Dios la bendiga. ¡Qué lástima que no tropezara con anguna presona de güenos pesos duros y que supiera apreciar su presona!

—No se le hace tarde; pero no premita la Santísima Virgen que dé con un hombre que no adore en ella, que aquí se cria á picos de rollo, y tanto su padre como yo nos estamos mirando en su cara como en un espejo.

Juan empezaba el asedio de la plaza que deseaba rendir. Parecióle bien el terreno, y no temió dar algunos pasos más.

—Pos miste,—dijo:—lleve osté muncho cudiao, que las mujeres guapas son como un manjar que apetecen los golosos. Osté mesma ha dicho muy bien que el tiempo no se le pasa; pero si osté no la destina pa monja, pué que no farte anguno que haga con ella güena igualа atento á lo de querella y estimalla en lo que merece y á lo de llevar á la casa angún puñao de onzas pa pasar á gusto la vida.

Oyó la tía Rosario aquellas palabras con mucho gusto y comprendió la alusión del Lanero; pero no queriendo darse por entendida, por el buen parecer de las costumbres, continuó hablando en sentido ambiguo dejando entrever sólo alguna esperanza para el disimulado pretendiente.

La tarde había empezado á declinar, y dióse por terminado el báile, dedicándose los claros vespertinos á la rifa del pañuelo de seda. Este último acto de la fiesta, aunque breve, resultó de un efecto extraordinario; y cuando se vió que la suerte había favorecido á una muchacha pobre pero muy guapa, comenzaron á aclararse los sitios de los espectadores.

Los vecinos de Espinardo que tenían que remontarse por la Arboleja y la Albatalía para tomar la carretera en un rodeo inmenso, preparáronse para marchar así que adjudicó el Lanero el objeto de la rifa.

Dejaba el hijo de Espinardo con gran pesar aquellos sitios, pero llevaba á la vez una gran satisfacción en su alma. Acababa de sembrar, y la tía Rosario debía de ser buena tierra para que en ella arraigara la semilla que había dejado caer así como al descuido.

Después de despedirse cariñosamente de toda aquella familia, se dirigió á su tartana que se hallaba más allá del emparrado. Subió á ella con lentitud, y empuñando las riendas de la caballería para guiar el vehículo, hizo crujir el látigo, y murmuró estas frases, mientras las ruedas se deslizaban por la anchurosa senda que conducía al camino:

—Esto es cosa hecha: le hablaré al padre cuando se presente una ocasión, y creo que no tendrá dificultá nenguna. Es preciso que en tó haiga igualdá, y Coscorrones al lao de Mariquita me paece lo mesmo que si un demonio se comiera á un ángel, clavándole sus dientes de condenao.

CAPITULO VII

Terrores

Como si España no tuviera bastantes amarguras que devorar ni dolores que sufrir con la guerra asoladora que paseaba su encendida tea desde Cádiz á los Pirineos y desde las costas gallegas á las playas valencianas, la Providencia desató uno de sus más terribles azotes sobre la desangrada y empobrecida nación, permitiendo, en sus inexcrutables designios, el desarrollo rápido de la fiebre amarilla, epidemia aterradora que cubrió de luto y bañó de lágrimas todas las provincias de Levante.

Murcia fué una de las poblaciones más castigadas. La humedad de su suelo, debida á los contínuos y abundantes riegos de su feracísima huerta, fué un medio de propagación de los miasma mortíferos, y el monstruo devorador halló, con tan poderoso agente, una ayuda eficacísima para excoger víctimas á su antojo, clavando despiadado sus garras de acero en las entrañas de millares de infelices.

En muy pocas semanas la epidemia se enseñoreó de la población y de la huerta, y aquellos casos aislados de enfermedad

desconocida convirtiéronse en un estado general y alarmante que la ciencia ya podía definir, aunque vacilando en la clase de armas que había de excoger para contrastar la potencia del terrible enemigo.

Estos terrores habían influido poderosamente en el ánimo de toda la familia del tío Roque Penalva, paralizando por completo su actividad, y hasta descuidando el cultivo de aquellos fértiles bancales que parecían reproducir la tristeza de sus dueños.

Por esta razón también, los planes que había forjado Juan acerca de Mariquita tuvieron que suspenderse contra su voluntad, y Coscorrones, que nada observaba que pudiera alarmarle, concluyó por creer que sus pasadas sospechas no habían tenido nunca razón de ser, riéndose de su propia torpeza y de sus celos tan mal fundados como ridículos.

Mas no por eso el Lanero se olvidaba de sus propósitos, y tanto por apartar su imaginación de la epidemia cuanto por buscar alguna distracción á la vez que mantener las relaciones de amistad con la familia del tío Roque, solía visitarla de cuando en cuando, procurando aumentar las simpatías que la tía Rosario le profesaba.

También llevaba allí noticias halagüeñas que producían muy buen efecto y dulcificaba las alarmantes, afectando una despreocupación que no temía; y cuidaba mucho de mantener siempre en el espíritu de Ambrosio una amistad muy calculada que luego había de necesitar para sus fines.

En alguna ocasión y haciéndose superior á sí mismo para manifestar una alegría que estaba muy lejos de sentir, hacía renacer grandes esperanzas en su amigo, y hasta lo llevó al pueblo de Espinardo, obsequiándole con la riquísima leche cuajada, especialidad que todavía buscan los murcianos en ciertos ratos de expansión.

A pesar de la soledad que reinaba por todas partes, el ventorrillo del Nene veíase más concurrido que nunca. El ánsia de enterarse de los sucesos y el poco estímulo que se sentía por el trabajo, llevaba allí á todos los desocupados y miedosos, y se

comunicaban las noticias y se hacían comentarios que mantenían ó desterraban la alarma, según los casos.

Una de aquellas tardes largas y tristes, en que hasta la vegetación parecía llorar la série de calamidades que por todas partes se desataban, semejaba el ventorrillo un hervidero de gente, en diferentes corrillos, según las amistades de cada cual, y hasta grupos de muchachos, diseminados por la esplanada y el camino, se entretenían inocentes, sin cuidarse de lo que á los hombres preocupaba, y dando á sus diversiones toda la amplitud que podían, en una libertad de que jamás habían gozado.

Jugaban unos al *simili-sierra*, otros al *salto de la mula*, los más talluditos al *caliche*, á botones, y muchos referían cuentos de reinas, encantamientos y cosas maravillosas y estupendas que les hacían pasar muy á gusto las horas, mientras el sol calentaba los higuerales y moreras, y las chicharras (cigarras) lanzaban al viento el monótono chirrido de sus alas.

Entre los hombres no faltó quien propusiera una partida de bolos que Coscorrones aceptó al instante, seguro de poder lucir la pujanza de su brazo. Era preciso hacer algo, distraerse, arrojar de la cabeza pensamientos fúnebres, entregándose al amparo de Dios, y nada mejor que aquella partida que hasta servía para mantener la salud con el ejercicio de los brazos y las piernas.

Reunidos cinco ó seis amigos, colocáronse en un momento los palos á lo largo de una senda ancha y recta, y sorteados los compañeros y la persona de salida, formáronse dos bandos que habían de disputarse un vaso de aguardiente, volteando las enormes bolas de madera sobre aquella superficie plana.

Tocó la suerte á Coscorrones con Ambrosio, y allí era de ver cómo los dos forzudos mozos arboleaban las redondas piezas, enviándolas á considerables distancias, y cómo derribaban los palitroques enfilados, al momento de lanzar el «bola va» con voz fuerte y vibrante que demostraba la robustez de sus pulmones.

Al lado de los bolos quedaba el ventorrillo. Se hablaba allí de la inacción de los ejércitos beligerantes, sobre todo del español por su escaso número y sus continuas derrotas; pero se

exaltaban los ánimos oyendo relatos de guerrillas, entonces en su apogeo. ¡Qué grandes hombres Mina, el Empecinado, Manso, el cura Merino, el murciano Palarea y otros muchos, esperanza siempre viva y realidad hermosa de una leyenda de gigantes!

Otros hablaban de cosas baladíes y bromeaban con forzada alegría, como si les impidiera espansionarse un gusanillo roedor en el fondo de su pecho.

Pero á vuelta de conversaciones, más ó menos rebuscadas para distraerse, venían á lo que á todos horrorizaba, á lo que querían saber é ignorar al mismo tiempo, en esa ansiedad que el alma siente cuando se trata de algo que la subyuga y anonada. Y salía á relucir la fiebre amarilla, y se referían horrores, y se lamentaba la eterna separación de amigos y conocidos, víctimas de la traidora enfermedad.

Allí en la huerta no era la epidemia tanto de temer como en Murcia. Nadie quería ir á la población á vender comestibles, y ponía los pelos de punta ver á los muchachos á la entrada de la noche, haciendo procesiones por las calles con los santitos de sus juguetes, y cantando á coro la copla «Apláca, Señor, tu enojo» cuya música estaba compuesta por D. Bruno Molina, Maestro de Capilla de la Catedral, el cual había caido también, presa de los dientes del monstruo.

En fin, se refería que era tanta la mortandad, que hubo necesidad de tapiar la calle de Bodegones, por no haber quedado vivo ninguno de sus moradores, y que lo propio acontecería en breve con otras calles donde el azote hacía muchos extragos.

Como la conversación hacíase cada vez más extensa y las voces más fuertes, hasta el punto de hablarse en ciertos momentos á gritos, algunas palabras llegaron con bastante claridad hasta el juego de los bolos, y ellas solas bastaron para cambiar súbitamente la actitud de los jugadores.

Arboleaba Coscorrones una de las piezas, trazando con ella garabatos en el áire, cuando escapósele de la mano antes de que intentara despedirla, y se quedó con la boca abierta, y todo pálido y descompuesto.

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?—preguntó Ambrosio, asustado por el repentino cambio de su compañero.

Tardó Coscorrones algunos seguudos en contestar, como si su lengua hubiera adquirido la rigidez del hierro; pero haciendo un esfuerzo y dando un paso hácia adelante, dijo:

—¿Pos nó lo has oido, Ambrosio? ¿Nó has oido que ayer, entre la huerta y la ciudá, murieron más de cuarenta y hubo más de cien atacaos?

—¿Y qué? ¿Y por eso te asustas, cuando las cosas vienen así y no hay otro remedio que bajar la cabeza?

—¿Y es que esa mortandá no es pa que cuasiquiera se asuste?

—Pero tú y yo estamos vivos, y tu familia y la mía se encuentran güenas á estas horas y con tanta salú como un roble.

—Eso no tié ná que ver,—saltó otro amigo que se había aterrado también con la noticia:—eso no tié ná que ver pa mirar las cosas con angún miedo, porque tamién munchos de los que se han ido al otro mundo en un dicir Jesús, estaban poco antes güenos y sanos como nusotros.

—Como que eso es lo mesmo que un tiro á traición,—añadió uno de los mirones.—Va un hombre por la calle, y... ¡pum!... en menos que canta un gallo, ya ha hecho boca de títere.

—Lo mesmo digo yo,—continuó un tercero que aparentaba más serenidad;—pero ¿qué se va á hacer? Si uno pudiera irse al moro ú á la China, santo y muy güeno; pero si no hay más remedio que estarse aquí y aguantar el pujo pa lo que Dios quiá mandalle á uno, pos no hay otro camino que ser valiente á la fuerza y poner las costillas por si viene el palo. Vamos á ver, Coscorrones: tós sabemos que tú te pones ande otro hombre se ponga y que ni le tiés miedo á una escopeta montá ni hay quien te gane á tirar las bolas, porque ande tú llegas no llega náide. Pos bien: yo te pregunto: ¿qué harias tú por tu parte si vinieras apuntao?

Aquellas palabras produjeron un efecto favorable en el ánimo de Coscorrones, y convencido de que su amigo tenía razón, por más que seguía su miedo con bastante intensidad, dijo:

—Hombre: tú platicas bien, y si se tratara de dar estacazos ú

de espanchurrar á media ocena de franceses, creo que manos me sobrarían; pero no lo puedo remediar: eso de morirse uno sin podelle tirar á la muerte un par de getás siquiera, mé da más miedo que si me pusieran la cabeza dentro de un cañón de á treinta y seis.

—Por supuesto,—replicó un interlocutor:—á mí no hay quien me quite de la sesera que esta enfermedá ú lo que sea, es una grilla.

—A mí tamién me va paeciendo lo mesmo,—exclamó Ambrosio:—yo creo que si eso no es cosa de los médicos pa chupar cuartos de los probes, debe de ser anguna cosa de brujería.

—¿Has dicho brujería?—preguntó Coscorrones, dando un brinco, erizados los cabellos y con los ojos abiertos desmesuradamente.—Pos mira, pué ser que tengas muncha razón y que haigas puesto el deo en la llaga.

—Como que no tié otra desplicación esto que paece arte de encantamiento.

—¡Cuando digo que has dao en el clavo con eso de la brujería!... Y sinó, díme: ¿te acuerdas de aquella noche en que, dimpués de cantar unos trovos, nos fuimos á la era á dormir, y vimos salir á la tía Patanga de la mesma garbera en cuantico dieron las Animas en la Catredal?

—¡Vaya si me acuerdo!

—Pos á los dos días se dijo que á Pepa la Colorá le había dao una calentura que la puso muy pajiza, y antes de veinte horas se murió.

—Sí, ese rum, rum corrió; pero yo no le eché sal.

—Pos á los cinco ú seis dias, al escurecer, yéndonos de este ventorrillo pa tu casa, vide á la mesma tía Patanga, que me paecía que iba montá en una escoba por el lao del cañar de la veréa, y al dia siguiente hubo otro atún muy cerca, que fué Perete el manco, el único que me ganaba á fuerza en el partío. De moo y manera, que si la tía Patanga es una bruja rematá y no farta quien la haiga visto volar lo mesmo que los morciguillos así que dan las doce de la noche, es que la brujería es quien tié la culpa.

Las imaginaciones de aquellos pobres huertanos exaltábanse á medida que iban avanzando en sus disparatadas conjeturas, concluyendo por creerlas realidades, y llenándose todos de zozobra menos Coscorrones que iba serenándose, porque, demostrada la existencia del hechizo, él sabía el remedio para que todo volviera á su antigua normalidad.

—Bien,—dijo;—la cosa está clara: la tía Patanga anda de por medio. Pos entoces quien lo ha enreao sabra desenreallo. ¿Us paece que debemos hacer algo pa cortalle las uñas á la fiera?

—Y cuanti antes, mejor,—contestaron dos ó tres voces.

—¿Sí? Pos asperarme esta noche en la esquina de mi casa, asina que den las nueve, y vereis cómo mañana al amanecer tó se encuentra más tranquilo que una balsa de aceite.

Y todos se frotaban las manos de alegría, porque el razonamiento de Coscorrones los había convencido hasta la evidencia. ¿Para qué recurrir á los médicos y á las tías que miran y *cortan el aliacán*, si todo eso era una *andulema*, una paparrucha, cuando tenían en la mano la solución del conflicto, y ellos, después de quitar de enmedio un estorbo tan perjudicial, serían llevados en palmas como los salvadores de Murcia y de la huerta?

Y que la cosa podía hacerse aquella misma noche sin dificultad, era también evidente, porque les abonaba la luna, ese faro de los cielos que impide con su luz que las brujas salgan de sus casas y se reunan en los aquelarres, presididas por el macho cabrío, entre duendes, trasgos y fantasmas.

Encontrarían á la tía Patanga en su cueva y la obligarían de grado ó por fuerza á que abandonara sus maleficios. A otro dia, luciría un sol brillante, espléndido, derramando la vida por la inmensa vega, como si la sonrisa de los cielos se mostrara á los hombres para hacerles amar el trabajo que santifica, y sólo se ocuparan de la guerra que era preciso terminar con un gran esfuerzo, aun á costa de la sangre de todos.

Y con estas ideas, formuladas y expresadas de una manera ruda, miraban el peligro de la epidemia como un fantasma vano, como una sombra maldita que se alejaba rápidamente, y volvieron de nuevo á su partida de bolos, no sin haber prome-

tido formal y solemnemente no revelar á nadie el plan que habían de llevar á efecto algunas horas más tarde.

Los parroquianos del Nene nada sospecharon de aquella trama. Ocupados en sus respectivas conversaciones, entregábanse á esperanzas ó desalientos, según su modo de razonar ó de comentar los terribles sucesos que se desarrollaban ante sus ojos, si bien la nota dominante que sonaba allí era la del pesimismo. Muchos, creyendo que las bebidas alcohólicas eran el medio más eficaz para evitar el contagio y el agente mayor para levantar los ánimos decaidos, hacían circular de vez en cuando los vasos de vino y de aguardiente, con gusto del ventorrillero que oía con placer el sonido que los cuartos producían al caer dentro de su cajón.

Y así pasó aquella tarde, una de las muchas tardes de cruel ansiedad, en espera del turno fúnebre y mientras la Parca aterradora, blandiendo su cortante segur, arrancaba vidas por todas partes con la misma indiferencia con que el labrador siega las espigas, maduras ya por el sol de la primavera.

CAPITULO VIII

La Bruja

Catalina Perales era una anciana tan miserable y triste, que producía en quien la miraba una impresión muy honda de compasión y repugnancia á la vez.

Referían los más viejos del partido que Catalina había sido en su juventud hermosa y agraciada, criándose en la abundancia de un hogar desahogado y lleno de honradez, razón por la cual tuvo un buen número de pretendientes á su mano, y después de viuda dos veces, no le faltó un tercer marido que murió, como los anteriores, á poco de contraer matrimonio.

Esta circunstancia produjo contra la pobre Catalina cierta prevención que sostenía y exageraba la ignorancia de la época, y alguien inconscientemente soltó la especie de que hechizaba á sus esposos, lo cual fué como una sentencia de interdicción, viéndose desde entonces la desgraciada viuda aborrecida y despreciada de todos.

Como su último marido llevaba el apodo de Patango, here-

dó ella el mote, y la nueva generación hasta llegó á olvidar el nombre y el apellido de Catalina Perales.

Con el rodar del tiempo, aumentaba la fama de bruja que había caido como una maldición sobre la tía Patanga, y supo-níansele pactos con el demonio y se referían de ellas cosas y sucesos que ponían en los oyentes los cabellos de punta. Y sin embargo, la tía Patanga era un sér inofensivo, una mujer de buenos sentimientos, y ayudaba á los vecinos en sus faenas, recogiendo en pago algunos mendrugos de pan de cebada ó de maiz (porque sólo ciertos labradores podían sostener lo que entonces se consideraba como un lujo, que era comer pan de trigo) y teníanla recogida en el apartado de una barraca que formaba un chirivitil independiente de la morada principal.

A esa mujer temible, á ese monstruo feroz, cáusa importante de la epidemia aterradora, era á quien Coscorrones, acompañado de Ambrosio y de los otros mancebos, iba á ajustar las cuentas y á exigirle que pusiera en juego sus artes diabólicos para deshacer su obra infernal, á fin de que volviera la paz y la salud á todos los hogares.

Para llenar bien el tiempo, Coscorrones cenó temprano con buen apetito y humor, cosa que no le hubiera acontecido de no creer que en su mano estaba el eficaz remedio contra la calamidad reinante, y luego acercóse á la casa del tío Roque para aprovechar las ocasiones que le permitieran cambïar con Mariquita algunas palabras, pues la joven, temiendo una oposición de sus padres, le había prohibido la publicidad de sus relaciones amorosas.

Pero se querían mucho: veíanse á menudo: el Lanero frecuentaba poco la casa por el motivo de la epidemia, y los amantes tenían tiempo suficiente para decirse ternezas, aunque empleando en todo el misterio para estar, en cierto sentido, más libres.

Aquella noche encontró Coscorrones á Mariquita más bella que nunca. Allí, bajo el fresco emparrado de donde colgaban abundantes racimos que comenzaban á madurar, á la media luz que proyecfaba la luna al filtrar sus rayos de plata por entre los verdes pámpanos, creía el feliz huertano que su amada era un

ángel que había bajado á la tierra para ser la eterna fuente de la alegría de su corazón.

Toda la familia se encontraba allí reunida, y Coscorrones, luego que hubo rezado el rosario en comunidad, pidió permiso al tío Roque para cantar algunas coplas y trovos. ¿En qué emplear mejor el tiempo, cuando además el canto era una de las cosas que más agradaban á la hermosa hija del labrador?

El permiso fué concedido inmediatamente, porque, en realidad, lo que sobraba era tristeza, y había necesidad de buscar distracciones agradables.

Sentóse Coscorrones cerca de Mariquita, sin extrañeza de sus padres, y mientras templaba la guitarra, procurando que el afinamiento durara bastante, cambió impresiones con su amada y hasta se permitió algunos requiebros que la jóven oia con mucho gusto, si bien aparentando entonces displicencias. Luego tosió dos ó tres veces, y á continuación comenzó á lanzar coplas de malagueñas, parrandas y hasta jotas, porque entonces el áire aragonés tenía en la huerta una acogida muy favorable, á cáusa de la inmortalidad que había alcanzado en el sitio de Zaragoza.

De pronto el toque de Ánimas, lanzado al viento por la campana mayor de la Catedral, dejóse oir como un eco lejano, y aquella fué la señal de la queda y del silencio. Rezó el tío Roque despaciosamente los tres Padre-Nuestros y las tres Ave-Marias con su correspondiente *requiescant in pace*, y Coscorrones dejó la guitarra para volverla á tocar en otra ocasión.

Despidióse de la familia, deseándole mucha salud para el dia siguiente, y acompañado de Ambrosio que pidió permiso á su padre para continuar un rato con su amigo, salió del emparrado y se internó en la revuelta de sendas y bancales que desde la casa partían.

Aguardaban en el sitio de la cita sus compañeros, armados de sus cayados, lo mismo que Coscorrones y Ambrosio, y luego que convinieron en la forma en que habían de obrar, pusiéronse en camino para buscar á la bruja, cual si se tratara de un tigre de Bengala escondido entre el ramaje de su cubil.

Brillaba la luna como reina del espacio, en un cielo diáfano y

azul semejante á un pabellón inmenso bordado de chispas de diamante, y plateaba el frente de las verdes arboledas, formando á lo léjos, con las obscuras sombras del follaje, fantásticos grupos que se desvanecían entre las frondas de otras arboledas más lejanas todavía, hasta confundirse en una masa cenicienta sin detalles ni contornos.

Cantaban los soterrados grillos con una sonata sin término, coreada por el áspero ronquido de las ranas de los azarbes, y una brisa mansa y tibia movíase á intervalos oreando la frente sudorosa de aquellos improvisados redentores, cada vez más aferrados en llevar á cabo sus ideas salvadoras.

No tardaron los amigos en llegar á la puerta de la miserable choza de la tía Patanga.

—Pa eso, si no la encontramos,—dijo uno de la partida.

—Pos no fartaba otra cosa,—contestó Coscorrones.—¿Tú crees que las brujas salen cuando hay luna? Yo te aseguro que está ahí, y como si la viera, haciendo untos y diciendo palabriquias pa platicar con su amigo y rey el demonio.

—¡Ave María Purísima!

—¡El dulcísimo nombre de Jesús!

—Lo que yo us digo, ni más ni menos. Vaya, Ambrosio; yo llamaré y entraré: tú te quearás en la puerta pa que no se cierre, si la vieja quié hacer anguna de las suyas, y vusotros estareis aquí á tres ú cuatro varas deseparaos, por si hubiera nesecidá de dar avisos ú de pedir socorro.

Como se ve, Coscorrones no las tenía todas consigo; y aunque no dudaba del éxito de su astucia, quería prevenirse por si las fuerzas materiales de todos los mancebos se estrellaban impotentes ante la superioridad de un maleficio, al poner la bruja en juego sus diabólicos artes.

El director de la conjura se acercó á las desvencijadas tablas que formaban la puerta de la choza, y dió un golpe con la contera de su cayado. Al momento una voz débil, la voz de la tía Patanga, preguntó desde el otro lado:

—¿Quién es?

—Abra osté, tía Patanga,—contestó Coscorrones.

—Quien quiera que sea,—repitió la misma voz interior,—que arrempuje un poquico y que éntre.

No se hizo repetir Coscorrones la respuesta, y empujando la puerta, la abrió de par en par.

Bastó un rayo de luna para alumbrar de lleno el fondo de la choza, pues por sus escasas dimensiones y lo poco que contenía, quedó descubierto y alumbrado hasta su último rincón. Un jergón de hojas de panizo, dos ó tres vasijas ennegrecidas, algún andrajo y una silla rota, era todo el menaje de la habitación. Sobre el jergón se hallaba tendida la pobre vieja, y en todo su cuerpo se denotaba el cansancio y la extenuación.

—¡Ah! ¿eres tú, Coscorrones?—dijo:—¿es que hay en tu casa anguna novedá?

—Eso sólo fartaría,—exclamó el mozo entrando en la choza, —pa que yo la destrozara á osté con mis dientes. ¡Juné!

—¿Pos qué pasa?—preguntó alarmada la tía Patanga, haciendo un esfuerzo por incorporarse.

—¿Y me pregunta osté qué es lo que pasa? ¿Y osté no conoce lo que ha salío de sus brujerías, pa que abora se haga la mámia y la mundía y me venga con andróminas de preguntarme qué es lo que pasa?

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamó aterrorizada la vieja.

—Sí, sí, llame osté al Señor, pa no mentar al otro que es el amlgo de osté.

Conoció la tía Patanga que Coscorrones había formado una enérgica resolución acerca de algo que no comprendía, y queriendo saber qué era lo que se pretendía de ella, hizo un esfuerzo y sentóse sobre el jergón.

—Mira,—dijo:—las cosas claras. Pa que yo pueda contestarte, nesecito que me digas aspacio y bien lo que tú llevas metío en el caletre. Conque, emprencipia, y primero el uno y lluego el otro, llegaremos á entendernos.

—Pos, miste, tía Patanga: anque lo que voy á dicille es lo mesmo que si le regalara el oido, encomenzaré pa que quee la fiesta en paz. Vamos á ver ¡junema! ¿Qué malas pulgas le han picao á osté ú cuántas onzas han de dalle, pa que haiga hecho venir de los mesmos infiernos estos males que hacen que tós

los dias metan en el Camposanto lo menos á cincuenta presonas?

—Pero, hijo ¿por qué me preguntas eso? ¿Por qué en lugar de venir á acumunarme cosas que no entiendo ni sé, no te pones bien con tu concencia, por si al Señor se le antojara llamarte mañana ú el otro, como aquel que dice? ¡Ay, Coscorrones! yo á náide le he hecho mal pa que asina me traten unos y otros, y tós me tengan por mujer de mal vivir, y es porque me ven más sola que la una de la noche. Yo soy cristiana y creo en Dios y en la Santísima Virgen, y vivo de lo que me quieren dar las güenas almas, porque soy muy probe y me encuentro vieja y con muy poca salú.

Y al decir esto, la tía Patanga levantó sus ojos al cielo, y dos lágrimas abrasadoras rodaron por sus descarnadas mejil!as.

Coscorrones sintióse ligeramente conmovido, porque no tenía mal corazón. Sus defectos eran hijos de la superstición de la época y de la escasísima instrucción que tenía. Pero pronto se repuso, y volviendo á sus propósitos disparatados, dijo alzando la voz y dando á las frases un acento de amenaza:

—Osté á mí no me camela, tía Patanga: osté es una bruja judía, sin riligión y sin ná.

—Yo soy una probe rematá, con más desgracias que años; y lo que le pido al Señor es que me lleve pronto á su lao, á ver si salgo cuanti antes de tantas penas y amarguras.

—Por mi parte ¡juné! anque rebiente osté por un hijar, me tié sin cudiao.

—Ya lo sé, y por eso vienes á darme más dolores y tormentos.

—Nó, tía Patanga. Yo no he venío á eso, y por lo mesmo que me tien sin cudiao sus dolencias, nenguno tampoco me daría el saber que estaba con güena salú y que meneaba las onzas á patás. Yo á lo que vengo, es á que se levante abora mesmo, á que encienda la lumbre y ponga al fuego sus untos, á que prenuncie las palabriquias del conjuro que osté sabe, y así como osté y otras amigas suyas, de esas que vuelan de noche montás en escobas, han traido esa epidemia tan grande, por el mesmo conduto se la güelvan á llevar ú de lo contrario, aquí

mesmo, sin rechistar, le meto un santigüeñazo con el gayao, y le hago una torta los sesos.

¿Qué contestar á tan decidida como estúpida resolución? La tía Patanga veía á un lado al impasible Coscorrones, al otro á Ambrosio, y más allá á los sayones silenciosos, todos con sus enormes cayados de almez, y leía en las palabras del primero las intenciones perversas de la patuléa, y la pobre temblaba dando diente con diente, como si un frio de muerte soplara sobre sus debilitados miembros.

Veía llegar con espanto el fin de su vida, y aumentábase su dolor al contemplar aquellos corazones endurecidos, no por la perversidad sino por la ignorancia, y gritaba y pedía al Cielo un auxilio que patentizara su inocencia.

Probablemente aquel instante habría sido el último para la desgraciada mujer, si la Providencia divina no hubiera venido en su socorro por un medio tan natural como sencillo.

Como el contagio de la fiebre se había extendido por la huerta casi con tanta intensidad como en Murcia, veíanse, lo mismo de dia que de noche, cruzar por todas partes sacerdotes de las órdenas monásticas, dedicados á auxiliar espiritualmente á los enfermos y á veces á desempeñar actos corporales, en la práctica de la caridad á que se entregaban por razón de su instituto. Algunas horas antes, en cumplimiento de su sagrada misión, el P. Melchor y el P. Aniceto habían acudido al llamamiento de varias personas invadidas de la terrible fiebre; y cuando regresaban á su convento, acompañados de algunos vecinos, oyeron á corta distancia las palabras amenazadoras de Coscorrones y los ayes lastimeros de la vieja.

Creyeron que se trataba de un nuevo caso, y apresuráronse á llevar los socorros que les concernían, quedándose altamente sorprendidos al contemplar la original escena y al ver la terquedad del supersticioso mancebo, el cual acariciaba su grueso cayado, como para poner en práctica la bárbara promesa que acababa de haeer.

—¡Ay, pae Melchor! ¡Ay, pae Niceto!—exclamó la tía Patanga al reconocer á los carmelitas:—¡Por Dios y por la Virgen

Santísima, aplaquen sus mercés á este hombre que es una fiera y me quié matar!

—¿Pero qué sucede?—dijo el P. Melchor, interponiéndose entre Coscorrones y la vieja.—¿Qué ha hecho esta pobre mujer, para que la acometais de esa manera y la trateis como á un perro rabioso?

—Esa es la palabra, pae Melchor, esa es la palabra,—contestó el interpelado:—esa mujer es más que un perro, porque ella tié la curpa de la calamidá. Ella, con sus henchizos y brujerías, ha traido del mesmo infierno toas estas desgracias ¡juné! y he venio pa que las conjure y se las güelva á llevar por ande las ha traido.

Aunque el acto era sumamente sério, el P. Melchor no pudo menos de soltar una carcajada, y el P. Aniceto, acometido de un súbito acceso de risa, comenzó á lanzar golpes de tós seca, teniendo que apretarse los hijares para poder dominarla y no venir al suelo.

¡Demonio de Coscorrones y qué ocurrencias tan originales tenía! Atribuir á una desgraciada mujer, cargada de años, la cáusa de tantos males, cuando bien claro se veía que aquello era un castigo que los hombres habían merecido por sus culpas y que el Cielo enviaba para satisfacer la justicia de Dios! Lo que había que hacer era una vida de virtudes, arrepintiéndose de los pecados, pero sin perder la esperanza, porque el premio de las humanas acciones estaba allá arriba, y la misericordia del Señor es inagotable.

Todos estos razonamientos hacía el P. Melchor en medio del apretado grupo que se formó desde el instante de su llegada, mostrándose Coscorrones tan confundido y avergonzado, que hasta hubiera querido en aquel momento desvanecerse como una sombra.

La tía Patanga miraba al reverendo con una expresión de agradecimiento infinito, y lloraba dulcemente mientras se desahogaba su pecho acongojado, bendiciendo á la Providencia porque le había enviado tan oportunamente aquel socorro.

Cuando el P. Melchor vió el buen efecto que causaron sus palabras, tendió su mano á la vieja para que la besara, y se des-

pidió cerrando el desvencijado tablero que hacía oficio de puerta. Tomó un polvo de rapé y dió la orden de marcha.

Todos juntos, incluso Coscorrones, Ambrosio y sus compañeros, comenzaron á andar por las sendas de los bancales, alumbrados por los claros resplandores de la luna que se hallaba entonces en el cenit, y el P. Melchor continuó con sus morales consideraciones, tanto para demostrar lo perjudicial de la suberstición, cuanto para exhortar á los buenos cristianos á la práctica de la caridad que es la mayor y la más hermosa de las virtudes.

Habló también de la epidemia, de su marcha rápida y aterradora, de los hogares vacíos que había dejado; y luego de trazar un cuadro sombrío y espeluznante que ponía espanto en el corazón de los que escuchaban, tomó un nuevo tono de cariño y de dulzura, se extendió sobre la intercesión poderosa de la Virgen, y dejaba caer de sus labios torrentes de frases consoladoras, semejantes á las gotas de rocío que la aurora vierte sobre el cáliz abrasado de las flores, haciendo derramar lágrimas de ternura á los sencillos huertanos, que recordaban en aquel momento á los primeros prosélitos del cristianismo acompañando á los Apóstoles en su peregrinación y propaganda.

Cuando llegaron al camino que corre al pié del Malecón, dieron los Padres á besar sus manos á los mancebos de la escena de la tía Patanga. y se despidieron de ellos, después de repetirles consejos muy prudentes.

Marcharon los carmelitas á la ciudad, acompañados de los huertanos que los habían conducido desde el convento á las barracas de los invadidos de la fiebre, y desparramáronse los otros en pocos momentos, tomando cada uno la dirección de su casa respectiva.

Coscorrones, al verse solo, murmuró, dando una patada en el suelo, y golpeando el tronco de una morera con su cayado:

—Será verdá tó lo que ha dicho el pae Melchor; pero anque me pedriquen fráiles capuchinos, no hay quien me saque de mis trece de que aquí hay müncho de brujería. No diré que no haiga tamién argo de castigo del Cielo, porque semos malos y

porque no se ven más que improquesías y farsedaes; ¿pero que no tié en ello la tía Patanga anguna cosa metía? Vamos... vamos... eso que se lo cuente á su agüela.

CAPITULO IX

Paréntesis político

Transcurrieron dias y dias en una espantosa consternación.

Con algunas alternativas de benignidad, la epidemia proseguía su curso, y los hombres habían perdido su confianza en los remedios de la ciencia. Volvían la vista al Cielo en demanda de auxilio de la misericordia divina. Ofrecía Murcia un aspecto de tristeza tan grande como los arenales abrasadores del desierto, y aunque el otoño se acercaba, el calor era todavía sofocante, especialmente en el centro del día, por lo que solamente circulaba por las calles la gente que tenía absoluta necesidad de transitar por ellas.

Por las noches la tristeza subía de punto. Desde el obscurecer, llenábanse las iglesias de fieles, practicándose ejercicios espirituales, consuelo único que restaba á los desgraciados que no habían podido abandonar la población por falta de recursos ó por la índole especial de sus ocupaciones. Tampoco escaseaban las novenas piadosas en los numerosos nichos de las calles,

donde se veneraban sagradas imágenes de santos, cuyo culto mantenía la devoción de los vecinos.

Las comunidades religiosas soportaban con resignación plausible la carga más pesada que el azote les imponía. A más de sus particulares sufrimientos y de no ser pocos los atacados de la epidemia ó que ya habían sucumbido, visitaban á todas horas á los enfermos de la ciudad y de la huerta, llevaban socorros materiales á los pobres, y muchas veces veíanse precisados á amortajar con sus propias manos ó á conducir á los carros fúnebres los cadáveres, teniendo apenas lugar para cuidarse de sí mismos ó para entregarse un momento al descanso y al sueño que tanto necesitaban.

A mayor abundamiento, habían tenido que marchar á Cartagena algunos centenares de religiosos, porque allí la epidemia se cebaba con mayor crueldad que en Murcia, y se habían agotado los medios para defenderse de un enemigo tan formidable que á nadie respetaba y ante nada se detenía.

La huerta, si bien ofrecía mayores ventajas por la ventilación y el aislamiento de las viviendas, en cambio tenía la desventaja de ser en ella mayor la humedad y servir de arráigo más fácilmente á los focos infecciosos, por lo cual lo que en un principio se creyó que podía ser un refugio y una defensa, resultó tan perjudicial como la población misma.

Por un fenómeno inexplicable de la naturaleza ó por un privilegio concedido por Dios, la parte de la Arboleja donde moraba la familia del tío Roque Penalva, apenas si tuvo media docena de invasiones epidémicas, habiendo sido dos tan solas las personas que fallecieron, y que eran las que Coscorrones había hecho constar, porque coincidieron con las apariciones de la tía Patanga. (1)

---

(1) Esta casi inmunidad que gozaba aquel trozo de la orilla del río, fué motivo para que el Ayuntamiento se trasladara provisionalmente á tales sitios, celebrándose muchas sesiones de la corporación municipal en el huerto de D. José Costa Sardaña, y alguna también en la Casa de los Tablachos.

Aquellas dos defunciones, en casos tan precisos, y la suerte de que parecía disfrutar toda la parte meridional de la Arboleja, por ser el sitio en que la aborrecida bruja residía, remacharon las opiniones del rudo huertano, y siguió creyendo á pié juntillas que la tía Patanga era una hechicera de todos los demonios y que ella tenía, entre sus manos nudosas y acordonadas de nervios, el hilo de aquella trama infernal en que se enredaban tantos desgraciados.

Pero si bien seguía aferrado á su terquedad, varió en cuanto á su actitud, no tanto por la filípica del P. Melchor y sus edificantes consejos, cuanto por egoismo, pues si la tía Patanga seguía viviendo, sostendría sú benevolencia para con aquel paraje donde la desgracia era menor que en otros puntos, en un noventa por ciento.

Así es que, sin darse á conocer, proporcionó á la bruja algunos recursos que asegurasen su salud y disminuyeran sus amarguras. A él, en último término, le tenía sin cuidado su propia existencia; pero ¿y la de la preciosa Mariquita, luz de sus ojos y encanto de su alma? Por ella rogaba al Cielo; por ella se cuidaba de visitar diariamente la casa del tío Roque y rezar con devoción el rosario al obscurecer; por ella bebía los vientos en busca de noticias; y cuando oía decir que el descenso de la enfermedad se marcaba, allá iba Coscorrones dando gritos desde lejos, dejando ver hasta en sus más insignificantes palabras la alegría de su corazón.

Y llegó un momento en que el descenso se hizo estable y las invasiones fueron disminuyendo de un modo considerable, lo cual hacía respirar al mancebo con un deléite desconocido por él hasta entonces. Y aquel deléite, que tal vez por él había comenzado, fué extendiéndose á la huerta y luego á la ciudad, y parecía como que todos comenzaban á surgir del fondo de un abismo para contemplar la luz del sol y bañarse en sus efluvios celestiales, vida, aliento y esperanza de la humanidad.

Ya se podían entregar los labradores á sus faenas agrícolas que tenían abandonadas por falta de brazos y por sobra de tristezas y padecimientos: ya podían entregarse á algún solaz ho-

nesto, á algún esparcimiento de espíritu que había estado como en prisiones; y comenzaba la circulación en la ciudad, y los huertanos llevaban al mercado diario sus hortalizas y sus averíos, si bien recelosos todavía, porque aún faltaba bastante para que se cantara el *Te-Deum* en la Catedral.

Hasta el ventorrillo del Nene, que llegó á verse casi desierto, á pesar de haber sido en la primera etapa de la epidemia el sitio más concurrido, animábase por grados, y los parroquianos que sobrevivían á la catástrofe acudían á charlar sobre la epidemia y el «francés», y á cultivar los primeros gérmenes de política moderna y de odios futuros que estaban sembrando inconscientemente las renombradas Córtes de Cádiz.

El tío Roque, sobre todo, tenia un hambre inmensa de saber lo que pasaba en el mundo, y contaba hasta las horas que transcurrían, anhelando la llegada del momento feliz en que volvieran á visitarle el P. Melchor y el P. Aniceto, para los cuales reservaba un chocolate magnífico, igual á aquel que tanto gustó á los carmelitas.

Y como todo tiene su término en la tierra, túvolo el del tiempo deseado, y cuando la calamidad había descendido casi en cuatro quintas partes de su intensidad, los priores, abades y guardianes de los conventos permitieron á sus subordinados algunos descansos y expansiones, que necesitaban y tenían merecidos, y aquí tenemos á los dos fráiles dirigiéndose á la casa del labrador, para recordar aquellas visitas que había interrumpido el súbito y formidable desarrollo de la epidemia.

¡Qué alegría de unos y de otros cuando se vieron!

La tía Rosario y Mariquita besaron con lágrimas en los ojos las manos de sus paternidades y la correa de sus hábitos, el tío Roque tiró su montera al áire y se permitió la confianza de darles un abrazo, y Ambrosio y Coscorrones dieron algunos saltos de gozo y se disputaron el honor de ofrecerles sillas, demostrando todos ellos el cariño y respeto que les inspiraban los reverendos carmelitas.

En aquella época todo en la huerta se había transfigurado.

Comenzaban los frutales á desprenderse de sus vestiduras, y aquel verdor alegre en que la vista tanto se recreaba, habíase

tornado en follaje de distintos matices que bordaban festones de resecas y amarillas hojas, mostrándose á trechos erguidas coronas (girasoles) con sus hermosos discos pardos de orla de oro y troncos de esmeralda, y mustiábanse los olorosos dompedros, haciendo adivinar su no lejano fin.

El emparrado de la casa del tío Roque presentaba mayores trozos descubiertos y no pocos pámpanos tostados y retorcidos entre los vástagos nudosos, alternando con hojas todavía verdes y brillantes; y los panizos se habían segado en los bancales, formándose haces amarillentos que parecían pedir á voces manos caritativas que los desperfollaran (deshojaran) para presentar deslumbrante y hermoso el apretado grano de sus panochas (mazorcas.)

El tío Roque se deshacía en preguntas. Primero se lamentó de la epidemia, luego se habló de los franceses, como punto obligado, y por último recayó la conversación en la novedad del dia, en las Córtes de Cádiz, que ya funcionaban casi un año y que preparaban una transformación completa y radical en la política española, con el proyecto de una Constitución que algunos meses después había de promulgarse solemnemente.

Uno de los representantes de Murcia en aquellas famosas Córtes, el canónigo D. Leonardo Hidalgo, había enviado una copia del proyecto á su íntimo amigo el guardián de los carmelitas, y la comunidad de religiosos había tenido ocasión de conocer lo que en el año siguiente sería ley fundamental del Estado.

Daba la casualidad de que el P. Melchor y el P. Aniceto, á pesar del mútuo cariño que se profesaban, eran opuestos en lo que hoy podemos llamar opiniones políticas, y al salir á la colada aquel proyecto de Constitución, salieron también á relucir sus particulares sentimientos, y entablaron una discusión que hizo saber al tío Roque más de lo que él se figuraba.

—Nada, nada,—decía el P. Melchor,—no soy ni puedo ser partidario de ese proyecto: veo en su fondo algo que todavía con claridad no se transparenta ni yo acierto á formular; y como las ideas se sienten antes de ser pensadas, yo siento desde un principio repugnancia y antipatía.

—Pero hay que razonar,—contestó el P. Aniceto:—yo creo

que los pueblos no pueden estancarse, y es preciso mirar hácia el porvenir: el progreso es una necesidad á la vez que una ley fatal de la historia.

—Convenidos. Pero ¿quién puede asegurar que toda innovación es progreso? Yo sé que las naciones, grandes invididuos al fin, tienen que regirse, dentro de su propia naturaleza, por leyes análogas á las del individuo particular, según el desarrollo de su vida, desde su niñez hasta su senectud. Yo sé que el siglo que empieza tiene exigencias distintas de las que tuvo el pasado y que hay que llenarlas para que la historia continúe en su maravillosa evolución.

—*Ergo pro me laboras.*

—De ninguna manera. Una constitución plagiada de la de Pepe Botellas y basada en las inglesas costumbres, no indica una marcha progresiva en el carácter tradicional de los españoles.

—¿Y por qué razón en España sólo ha de regir la voluntad de sus soberanos, y el pueblo, separado en absoluto del poder, no ha de entremezclarse en las leyes que son para él y dentro de las cuales ha de desenvolver sus derechos y los actos de su vida?

—¡Ah, P. Aniceto! ahí está el error precisamente.

—¿Cómo el error? No comprendo.

—Pues fíjese y verá. En la Edad-Media, periodo el más brillante tal vez de nuestra historia, los reyes eran los aliados del pueblo, y la nobleza jamás pudo llegar á la oligarquía como en Alemania é Italia, ni á tener la preponderancia que en Francia é Inglaterra. Entonces los reyes tenían grandes limitaciones en las Córtes nacionales y no se soñaba en Córtes politicas, que es lo que hoy pretenden los ambiciosos. Aquellas Córtes, que sólo representaban intereses de la nación, como la agricultura, la industria y el comercio, y de las clases, como el estado aristocrático, el popular y el de la Iglesia, discutían y aceptaban sólo lo que les convenía para el bien general, sancionando el rey lo que las Córtes aprobaban.

—Pues véase, en cambio, el caso que hicieron los reyes de la casa de Austria, cuyo absolutismo rayaba en la tiranía.

—No tanto ni mucho menos, aunque no le falte razón, si se atiene á ciertos casos particulares que yo también condeno. Sin embargo, hay que tener en cuenta la situación especial de España en aquella época como defensora de la Iglesia ante el protestantismo que se desarrollaba de una manera formidable. Además en muchas situaciones fué glorioso y brillante el reinado de la casa de Austria, borrando con su grandeza los malos efectos que produjo la solución de continuidad en la marcha natural de nuestra historia po!ítica. Hoy se quiere que avancemos *per saltum*, lo cual es peor aún, porque así no hay unidad en el desarrollo de ese progreso que tanto se invoca.

—¡Ay, P. Melchor! Que se le van los piés y va á tropezar en un escollo. ¿Conque nó es un progreso asegurar la intervención del pueblo en sus propias leyes?

—Lo sería, en efecto, si el pueblo tuviera la necesaria instrucción para saber apreciar la línea divisoria de sus derechos y sus deberes, y si además los que han de llamarse sus representantes en Córtes lo representaran de verdad y no fueran secuaces serviles de los gobiernos después de desempeñar una farsa indigna.

—Muy pronto lee su merced en lo futuro.

—Como en un libro, P. Aniceto. Ahora escuche su merced: según los datos á que puedo referirme, hay en el proyecto de esa Constitución un principio protestante muy velado, que hoy por hoy no saldrá á la superficie, pero que será origen, andando los tiempos y desarrollado poco á poco en otros códigos, de un odio grande hácia la religión.

—Vamos, P. Melchor, no rebusque en su fecunda imaginación sutilezas y temores pueriles, para encubrir su poco afecto á la idea sacrosanta de la libertad.

—¿Es que cree su merced que yo aborrezco la libertad? Pues se equivoca. La libertad es un dón del Cielo; pero para que el hombre deba llamarse libre, es preciso que no sea esclavo de las pasiones, porque entonces esa misma libertad, convertida en libertinaje, es una tiranía disfrazada y una mercancía puesta en explotación por los mismos vocingleros que la pregonan.

—Eso sería una verdad, P. Melchor, si las cosas se sacaran

de quicio y no siguieran un orden lógico. ¿Dónde existen los temores de que así suceda? ¿Cree su paternidad que hay un fundamento firme y seguro, para aseverar de una manera concluyente que no ganaremos un mil por ciento cuando sea una realidad hermosa el nuevo régimen que se vá á elaborar por los pensadores más eminentes de España?

—Yo no aseguro por hechos pasados, sino por razones de presente y de futuro, á falta de datos concretos.

Entonces tengo derecho á negar rotundamente sus afirmaciones, pues una presunción ó una opinión particular no puede considerarse como un argumento irrefutable.

—En eso, P. Aniceto, distingo. Cuando no hay precedentes concedo: cuando los hay, niego.

—¿Y cuáles son esos precedentes, si su merced acaba de decir que no tiene datos concretos?

—Existen en la historia de otros paises: ejemplo, Polonia. ¿En qué punto del mapa se encuentra ya esa nación? ¿Por qué ha desaparecido? Yo la he conocido decadente, pero sirviendo todavía de antemural á la barbarie del Norte. Era libre por sus leyes, por leyes análogas á las que quieren darnos; pero á la sombra de ellas se desarrollaban ambiciones inmensas, como se desarrolla un cáncer en el cuerpo humano. La pasión convertía en manadas de esclavos á los hijos de San Estanislao, y las luchas civiles se sucedían sin interrupción, despedazándose continuamente al intentar el triunfo efímero de banderías insensatas.

—Sin embargo, los males causados por su libertad se hubieran curado por la libertad misma, á no jugar en el asunto la gran prostituta coronada, la desenfrenada Catalina de Rusia.

—Se equivoca su merced de medio á medio. Si las divisiones y los odios, hijos legítimos de su legislación política, no hubieran sido tan profundos, Polonia no se habría dejado imponer la voluntad de la emperatriz de Rusia y se hubiera encontrado potente en demasía para derrotar los ejércitos moscovitas y prusianos cuando llegó la hora suprema de su desaparición. Pero al menos sucumbió con honra. Tuvo un Kosciusko que nosotros no tendremos, y aquel *finis Poloniae*. dicho con tanta

amargura por el gran héroe en el último desastre, tal vez no encuentre eco en nuestro suelo, si alguna vez tuviéramos que decir *finis Hispaniae*, cuando las pasiones políticas nos hayan reducido á la nulidad.

—Insisto en que eso es profetizar demasiado.

—Por desgracia tengo la evidencia de que en esto como en lo otro soy buen profeta.

—Lo dudo; pero adelante y vengan otras razones.

—Como el carácter español no es igual al inglés, tanto por educación como por temperamento, el constitucionalismo será aquí siempre exótico y no se avendrá con el modo de ser de nuestro pueblo. ¿Por qué en vez de tomar de la Edad-Media y de la Moderna lo que merezca traerse á nuestros tiempos, adicionándolo con lo que la civilización exige, hemos de buscar en el régimen de paises extraños lo que ya viene viciado con el virus del anticatolicismo? ¿Por qué hemos de comenzar á bajar forzosamente una escalera, cuyo último peldaño está en un abismo espantoso?

—Eso es un pesimismo inadmisible, y yo, por el contrario, presiento que, á pesar de ese ejemplo de Polonia que tan por los cabellos ha traido su merced, con el sistema político que desarrolle la Constitución de ahora y las que den al pueblo en lo sucesivo, España volverá á ser en la historia la primera nación del mundo, y nos sobrarán riquezas, esplendor y felicidad, para dar de todo ello limosnas á las naciones.

—Me causa risa, P. Aniceto, ese cándido optimismo; pero oiga su paternidad mi última profecía, y daremos con ello por terminada esta conversación.

—Con mucho gusto.

—Heridos los sentimientos de los unos y halagados los de los otros, el sistema político que se pretende introducir dará origen á disturbios civiles que harán derramar sangre y dividirán más á los españoles. Yo no veré nada de eso, porque soy viejo y poco es lo que he de vivir; pero aseguro que tras esa Constitución vendrán otras en las que con mayor descaro se cercenarán derechos á la Iglesia, aparentando dárselos al pue-

blo, pero no para que los disfrute, sino para que se entremezcle el libertinaje en nombre de la hermosa libertad.

—Veo que sube de punto su pesimismo.

—Vendrá el despotismo de unos cuantos ambiciosos é hipócritas en vez del templado absolutismo de los reyes, y se formarán las Córtes con manadas de ignorantes y serviles, encadenados á la voluntad de los altos caciques. Se multiplicarán escandalosamente los tributos que se gastarán en despilfarros y no en el fomento de la grandeza nacional, si es que una buena parte no se aprovecha para redondear algunas fortunas de avarientos gobernantes. Y cuando el pueblo haya degenerado, perdiendo por completo sus sentimientos tradicionales y sus virtudes históricas, se desmembrará el imperio colonial de la nación, y concluirémos por perder en absoluto cuanto poseemos, si es que España no llega á ser materia de compensación en el desequilibrio de naciones más poderosas.

Ante aquella terrible profecía, que por desgracia cumplióse casi en su totalidad andando el tiempo, sin que pueda afirmarse si fué por las cáusas que apuntó el P. Melchor ó por otras que desconocía, el P. Aniceto bajó su cabeza, abrumado y confundido, y no se atrevió siquiera á sonreir ni aun á mirar á Mariquita, á quien en el centro de la conversación había dirigido alguna vez furtivas ojeadas.

El tio Roque estaba con la boca abierta, como si oyera la voz de un oráculo que lo amedrentara, olvidando su pipa que sostenía apagada en su mano izquierda. Los otros oyentes comprendían á medias nada más: no penetraban el significado de ciertas frases ni el alcance de otras; pero hervían interiormente de furor cada vez que escuchaban lo de la futura decadencia de la patria.

¡Cómo! Un pueblo que con tanto denuedo luchaba contra el coloso; una nación que excitaba el entusiasmo del mundo entero, ¿había de rodar desde el pináculo de su grandeza, llegando á ser un miserable rebaño de ovejas, sin valor y sin importancia, esclavizada por mandarines indignos y despreciables?

¡Imposible! ¡Imposible!

Pero pronto se borraron de sus pechos aquellas tristes im-

presiones, porque poco á poco fué cambiando la conversación hasta venir á parar en otros asuntos diferentes. Se trató de las próximas operaciones de labranza, y se fijaron los ojos en los resecos montones de maiz en cuya hojarasca la brisa se revolvía juguetona, produciendo cierta sonata muy agradable.

Aquello dió motivo al tío Roque para una proposición que fué acogida con apláusos.

—¿Os paece bien,—dijo,—que en la tarde del dia que canten en la Catedral el *Te-Deum*, hagamos el desperfollo?

—¿Que si nos paece bien, tío Roque,—replicó Coscorrones. —Pos si á osté no se le ocurren más que cosas güenas, y eso que acaba de dicir es como si hubiera bajao de la mesma Gloria.

El P. Aniceto miró ya con tranquilidad á Mariquita, para seguir la costumbre de alabar á Dios en sus obras, y Mariquita miró á Coscorrones para manifestar que ella estaba en absoluto conforme con el parecer del mancebo. El P. Melchor sorbía á puñados polvos de rapé, para desvanecer los lúgubres pensamientos que le habían asaltado al comentar la futura Constitución, y Ambrosio se relamía de gusto, pensando en lo que había de divertirse en la tarde del deseado desperfollo.

En esto la tía Rosario, que se había ausentado cuando terminó la discusión de los reverendos, volvió con dos jícaras de chocolate oloroso puestas en platillos adornados con las consabidas tirillas azucaradas, y las colocó en el velador de caoba que trajo la doméstica. Los carmelitas aceptaron muy gustosos el obsequio, viendo que se reproducía la antigua costumbre con que aquellos sencillos labradores pagaban sus frecuentes visitas, y se permitieron ofrecer á las dos mujeres las primeras tirillas que mojaron en los pocillos, lo cual dió motivo á que la cara de Mariquita se tiñera súbitamente del más vivo carmín y á que el P. Aniceto pusiera los ojos en blanco, cegado por tan deslumbrante hermosura.

Y así, entre sopas bañadas y sorbos lentos, palabras festivas que no obedecían á determinada conversación, miradas disimuladas á Mariquita por parte del P. Aniceto, y movimientos impacientes de Coscorrones que no encontraba una ocasión favo-

rable para entablar con la muchacha alguna plática furtiva, se pasó el resto de la tarde en paz y gracia de Dios.

Los Padres, en resumen, sólo deseaban que se cantara pronto el *Te-Deum*, para dedicarse bien tranquilos á sus asuntos, y Coscorrones que llegara el día del desperfollo para hablar á sus anchas con Mariquita y ver si sorprendía en sus manos la panocha colorada.

Ni siquiera se acordaba del Lanero, y eso que la fiesta había de celebrarse con la asistencia del hijo de Espinardo.

CAPITULO X

El Desperfollo

¡Qué solemnidad tan grande la del *Te-Deum*, y qué mezcla de tristeza y alegría en el corazón de todos los murcianos!

La nave central del templo catedralicio estaba llena de bote en bote, y la gente se prensaba sudorosa cuando el preste alzó su voz conmovida y entonó las primeras palabras del himno de San Agustín. El grandioso órgano de la derecha (1) rebosante de harmonías, y las voces de la Capilla, contestaron, difundiendo sus notas por las amplias bóvedas de la iglesia, como suspiros de gozo que salian de lo más profundo del alma, y es-

(1) Antes del terrible incendio de 1854, existian en la Catedral dos preciosos órganos, en la parte alta del coro, que fueron destruidos por las llamas. El entonces Obispo de Murcia, D. Mariano Barrio Fernandez, posteriormente Cardenal Arzobispo de Valencia, mandó construir en Bruselas el actual, cuyo coste fué de 150.000 francos. Por su grandiosidad, hermosura y multiplicidad de combinaciones y registros, era reputado en aquella época como el primero del mnndo.

tallaban en cadencias que parecían brillar como si en sus vibraciones se condensara la luz de los cielos.

Allí, arrodillado y henchido de fervor, estaba el tio Roque, y con él su familia toda que no había querido encontrarse ausente en aquel acto de gracias, porque considerábanse todos poderosamente obligados, en razón de la inmunidad que habian disfrutado durante la epidemia.

Cuando el acto terminó y la gente esparcióse por la ciudad en busca de sus casas ú ocupaciones, el tio Roque regresó con los suyos á la huerta, y allí encontróse, bajo el emparrado casi por completo desnudo, un enorme montón de panochas que durante su ausencia habia formado Coscorrones, para recordarle que aquella tarde debia cumplirse la palabra de la tan deseada tarea del desperfollo.

¿Y cómo nó dar á la gente moza aquel gustazo, que era tal vez el mayor que podían disfrutar en la hermosa edad de las ilusiones?

El desperfollo era, como si dijéramos, la fiesta del trabajo, la recompensa de todas las fatigas y de todos los disgustos anteriores, la expansión más completa y llena de poesía que podía encontrarse en las costumbres de todos los paises habidos y por haber.

Consistía en formar, como ya estaba hecha, una pirámide de panochas que quedaba luego encerraba en un círculo de jóvenes de ambos sexos. Sentados en el suelo y cantando y hablando á voluntad de cada uno, afanábanse por arrancar hojas y hojas hasta librar por completo de su envoltura el fruto del maiz que depositaban en unos capazos (espuertas) mientras los muchachos retiraban las perfollas.

Cuando se descubría una panocha encarnada, entonces se desbordaba la alegría, porque aquello era la señal de haber llegado al punto culminante de la fiesta, y se otorgaba al agraciado el premio más hermoso y original que ha podido concebir la humana imaginación.

Si era un hombre el que habia encontrado la panocha, recorría los sitios de las mujeres, y de todas ellas tenia derecho á recibir un abrazo. Si era una mujer la agraciada, permanecía

sentada en su sitio y todos los hombres acudian á abrazarla, y á veces se le hacía á ella excoger al hombre que había de recibir la muestra de afecto, con exclusión de los demás; pero como esto era un compromiso que en ocasiones llevaba fatales consecuencias, optábase por la otra forma que no violentaba el amor propio de nadie y que libraba á las mujeres de un inevitable sonrojo.

Habiéndosele enviado un recadito al Lanero para que tomara parte en la fiesta, parece inútil decir que la noticia le causó un placer inmenso y que se apresuró á volar á la casa del tio Roque, luego que acabó de comer, recorriendo la distancia de Espinardo á la orilla del rio á todo el galope de su yegua enjaezada vistosísimamente.

Fué de los primeros en llegar, aunque se le habia adelantado Coscorrones.

Este recibió el saludo del espinardero, sin enojo, como de enemigo á quien ya no hay que temer, y mostróse bullicioso y dicharachero, como era en él natural, gastando bromas con las muchachas que iban tomando posiciones alrededor del montón de panochas.

Cuando hubieron llegado todos los partícipes de la fiesta, formóse un enorme círculo de personas, sentadas en el suelo, frente á la inmensa pirámide, y Mariquita vióse en medio de Coscorrones y del Lanero, sin darse cuenta de que se habia sentado entre los dos rivales.

En un principio, el ruido de la hojarasca, tan áspero como fuerte al arrancar la reseca envoltura del maiz, apagaba las escasas conversaciones que se entablaron entre unos y otros, y que eran como los escarceos del próximo barullo general que en breve había de seguir. Poco á poco las voces tomaban cuerpo, y luego una copla entonada por una moza de las de mejor presencia, hizo que el bullicio se desbordara como un torrente, y se hizo, al fin, esa algarabía que aturde y maréa tan agradablemente á los que toman parte en las operaciones del desperfollo.

Mariquita no ocultaba el contento y á la vez el recelo que sentía, contento por lo muy favorecida que se hallaba, y rece-

lo por si la aproximación de los dos rivales en aquellas circunstancias pudiera traer desagradables consecuencias.

El tío Roque andaba á un lado y otro, á fin de que los muchachos cargaran la hojarasca para despejar el terreno, facilitando así los movimientos, no olvidándose de su negra pipa que atacaba y encendia á menudo, y alentando á los trabajadores para que la faena se terminara pronto.

La tía Rosario, con la doméstica, preparaba dentro de la casa la merienda, haciendo una fritada abundante que había de servir luego á todos los invitados.

Como se vé, la fiesta no podia presentarse mejor.

—¿Has arreparao,—decia Coscorrones al oido de Mariquita,—en lo que tiés á tu derecha?

—Sí, ya lo he visto: pero me paece que por ello no debes pasar nengún cudiao.

—Mira, Mariquita: ese erre que erre me va llegando ya á lo vivo, pos no hay peor cosa pa ser majaero, que tener angunas onzas, porque, sigún he oido dicir, el oro hincha.

—Cálla, tonto,—respondió Mariquita:—¿tú no ves por tus mesmos ojos que sólo en tí yo he puesto los mios, y que si miro á éste de mi derecha y platico con él angunas palabras, es porque no se diga ú pa devitar custiones ú que mis padres caigan en la cuenta de que yo te quiero á tí y se eche tó á perder antes que haiga maurao la fruta?

Y Coscorrones se erguía orgulloso, á la izquierda de la moza, mientras ésta escuchaba por la derecha las palabras del Lanero.

—Ascucha, Mariquita: tú mesma no conoces lo que vales cuando en tan poquico te estimas. Tú has nacío pa muncho, y hoy por hoy ese muncho te viene por otro lao que por el de tu izquierda.

—Pos, mira, Juan, yo te doy las gracias por el consejo, y si eso que dices viene por mi derecha, más agraecía me queo aún; pero ¿qué quieres? las cosas á que tú te refieres son como los melones que, diquia que se parten, no se sabe si son güenos ú malos.

Y Juan, interpretando favorablemente aquella contestación,

creía que el terreno era algo firme y que se podia andar sobre él, si bien caminando lentamente y con precauciones.

Crecía la algazara por momentos, cuando de pronto se apagaron todos los ruidos desqués de una explosión de gritos y carcajadas. Había aparecido una panocha encarnada en las manos de un mancebo que estaba sentado en la parte opuesta á la de nuestros amigos, y aquel mozo, rápido como una exhalación, se puso de pié, ostentando en su diestra el anhelado premio y diciendo á plenos pulmones:

—¡Colorá! ¡colorá!.. ¡Una colorá!

Y luego, cumpliendo la ley que rige en tales casos, hizo valer sus indisputables derechos, dando la vuelta por el corro, arrodillándose al pié de cada moza y recibiendo de ellas, con un gozo indescriptible, el abrazo correspondiente.

¡Qué envidia excitaban aquellos abrazos en los hombres que contemplaban la suerte del mancebo, y con qué coraje secreto palpitaron los corazones de Coscorrones y de Juan, cuando Mariquita se vió obligada á enlazar sus mórbidos y blanquísimos brazos sobre los hombros del favorecido!

—Vamos, que la primera ha sío pa tí: sea enhoragüena,—ahullaba uno de los circunstantes.

—Que vengan munchas colorás, pero pa las mujeres,—añadía otro,—porque asina los hombres que no saquen panocha; no se quearán con los dientes de punta, como abora me está pasando.

—Pos, hijo, á cá uno le da Dios su ese,—contestó una moza que opinaba por lo contrario.

Y seguían las frases y los chistes, y hasta se entremezclaban epigramas agudos, sin sentir nadie fatiga en aquel contínuo arranque de hojas que mostraban sin cesar los rubios granos de las mazorcas descubiertas.

La suerte se habia propuesto complacer á todos en aquella tarde. ¿Por qué razón un hombre solo habia de haber recibido los abrazos de todas las mujeres, y no podia establecerse la compensación para que todos los hombres recibieran el abrazo de una sola mujer? ¿Y por qué esta mujer no habia de ser la

más hermosa, la más codiciada, la de mayor mérito entre todas las que estaban allí reunidas?

Y dicho y hecho. Allí fué el mover la diosa su rueda, quitándose por un solo instante la venda de sus ojos para ver con claridad; y al dar vueltas á su aro, despidió de pronto la segunda panocha colorada que vino á caer intencionadamente en las manos de Mariquita.

—¡Otra colorá! ¡otra colorál—se apresuró á decir la joven cumpliendo con el deber de la ley impuesta.

Pero antes de que hubiese terminado la palabra, los brazos de Coscorrones rodearon aquel busto hermosísimo, y las crónicas refieren que el mozo sufrió una sacudida nerviosa tan violenta al sentir el aliento de la joven y al rozar con su brazo aquel turgente seno y aquella cintura cimbreadora, que huyó la luz de sus ojos y en la ceguedad que momentáneamente le sobrevino, permaneció abrazado doble del tiempo y con mayor fuerza que en esas ocasiones se permite.

Pero ¿quién pone límites á la pasión cuando enciende un corazón fogoso y un cerebro exaltado? Coscorrones se quedó como el que entrevé la gloria, y después de tocarla con su mano, rueda de pronto al fondo de un abismo.

Tocóle el turno al Lanero, el cual de buena gana hubiera imitado á Coscorrones; pero comedido ó calculador, por lo que á sus planes pudiera ayudar, dió á Mariquita sólo un abrazo ligero y como de fórmula, pero sin dejar de decirle á su mismo oido y con suma rapidez:

—Te qu iero más que á mi vida.

Siguieron los otros mancebos, que se relamían los labios de gusto; y cuando ya nadie quedó que abrazara, continuó el desperfollo con los mismos ardores, haciendo en media hora disminuir el montón de panochas tan considerablemente, que ya se percibía el cerco completo desde cualquier parte que se le mirara, quedando en el centro un montículo como de una cuarta parte nada más, comparado con su primitivo volumen.

Entre las coplas que se disparaban á granel; entre las conversaciones y frases aisladas que se cruzaban por todos lados, y entre las palabras más ó menos contínuas que Mariquita se

veía obligada á responder con bastante habilidad á Coscorrones y al Lanero, se pasó el resto de la faena, no sin haber sido ésta amenizada tres ó cuatro veces con otras tantas panochas encarnadas que aparecieron en medio de los apláusos y gritos de todos.

Notaba el Lanero que, á pesar de la ventaja que Coscorrones por entonces le llevaba, como más íntimo en relaciones con Mariquita y más ligado, por consiguiente, á ella, los ojos de la moza no le eran hostiles ni en sus frases revelaba antipatías ó desdenes, todo lo cual hacía que sus esperanzas fueran en aumento. ¿Por qué no interponerse ya en definitiva, para evitar que aquellas relaciones amorosas tomaran cuerpo y arráigo, y no tener que luchar luego con obstáculos más difíciles de vencer?

Puesto que estaba cierto y seguro de que á Mariquita no le desagradaba su persona, tenía una base importante para su obra, y ya veía llegado el tiempo y la ocasión de comenzarla, pues si antes no puso las manos en ella, había sido por las circunstancias tristes que todos atravesaron.

Pero la epidemia estaba ya en su último período, la huerta casi limpia, lo mismo que los pueblos limítrofes, y si el azote era un poco mayor todavía en Cartagena, habiendo sucumbido allí casi todos los religiosos que se enviaron de Murcia, era de esperar que muy pronto desaparecería el mal y con él toda suerte de temores.

Nada, nada: el *alea jaeta est* se formuló á su manera en el imperio de su voluntad, y ya ni se cuidó de Coscorrones ni de Mariquita en el resto de la tarde, porque estaba seguro de su victoria.

Cuando el crepúsculo comenzaba á tender su velo sobre el horizonte, se arrancaron las envolturas de las últimas panochas, y los mozos se levantaron dando saltos para estirar sus miembros entumecidos, y las mozas sacudían sus sayas para arrojar el polvo y disminuir los pliegues que habían tomado á cáusa de su larga y violenta postura.

Faltaba sólo la merienda, ó sea el remate de la obra, obsequio consuetudinario en las operaciones del desperfollo, y la tía

Rosario, que sabía muy bien su obligación, tenía preparadas dos mesitas con sus limpios manteles, junto á una de las cuales se sentaron los hombres, y las mujeres al rededor de la otra por mandato expreso del dueño de la casa, mientras dos enormes fuentes de olorosa fritada se ostentaban en su centro para templar el apetito de los hijos del trabajo.

Como ya se estaba en la plenitud del otoño, el crepúsculo era corto y algo frío. El paso de la luz á la obscuridad no era tan lento ni presentaba tantos atractivos como en las poéticas tardes del verano, con aquellas hermosas posturas de sol entre nubecillas de grana y oro y sobre un cielo de azul subido y brillante, que parecia como una alfombra de raso tendida á los piés del trono del Altísimo.

Ahora aquel raso tenía tonos plomizos, como esfuminados entre los encajes de las nubes, y los rayos del sol eran más débiles cual si tuvieran que luchar con las brisas otoñales que avanzaban en el rodar de los días para engendrar luego las lluvias y los vendabales.

El Lanero se aproximó al tío Roque y á la tía Rosario, para manifestarles su imposibilidad de tomar parte en la merienda, pues hallándose bastante lejos de su casa y no teniendo permiso de su padre para prolongar su ausencia, no quería causarle un disgusto, mayormente cuando los temores epidémicos no habían desaparecido en absoluto.

Con tal sumisión al mandato paterno, el Lanero sólo pretendía demostrar su excelente educación y el respeto que los padres merecen, y esa conducta puesta de manifiesto precisamente cuando la juventud se había reunido allí para gozar honestamente, hizo el efecto calculado en los padres de Mariquita.

—¿Sabes,—decía el tío Roque á su mujer, cuando el Lanero se hubo alejado con su yegua,—que me gusta ese muchacho?

—Y paece que se inclina algo á la zagala,—contestó la tía Rosario,—¡Si Dios quisiera!

—¡Vaya! guapo, bien criao y con onzas... tiés razón, mujer. ¡Si Dios quísiera!

Y se separaron, rumiando cada uno frases que expresaban las halagüeñas ideas que acababan de despertarse en su mente,

producidas por las palabras que entre ambos esposos se habían cruzado.

Entre tanto, la fritada se iba consumiendo por el contínuo sopar de los comensales, entre la algazara y el bullicio, y comentábase la escena de las «colorás», recordando detalles y felicitándose todos por el buen acuerdo del tío Roque que había querido completar la fiesta del *Te-Deum* con el acto aquel tan lleno de encantos y atractivos.

Como las sombras del crepúsculo se habían espesado ya y la noche iba cerrando el horizonte, la tía Rosario encendió, como siempre que había reunión nocturna, dos grandes candiles de hierro; pero esta vez los colocó en el quicio de la puerta para que, proyectando luz en la esplanada, el vientecillo, cada vez más fuerte y sutil, no los pudiese apagar.

Poco á poco y á medida que cada cual terminaba su ración, iban deshaciéndose los cercos de personas que habían formado alrededor de las mesas, separándose unos de otros para hablar de sus particulares asuntos ó para estar en situación de marcharse á sus casas.

Sustituían las conversaciones serias á las alegres: tratábase de operaciones de labranza que habían de comenzar al siguiente día, y sólo los mozalvetes de ambos sexos continuaban con alguna broma que indicaba la alegría que aún reinaba en sus corazones.

Pero estaba escrito que no todo había de ser grato en aquellas pláticas. Sonó también, como final y remate, una nota fúnebre, una consecuencia lógica de la larga y desastrosa guerra y de la epidemia que agonizaba, después de haber sembrado ambas el luto y la desolación.

Decíase que se presentaba el cruel azote del hambre, y que dentro de algunos meses no habría víveres suficientes para sustentar las necesidades de una tercera parte del país.

Aquella noticia inesperada fué como si una ráfaga de hielo, un soplo de muerte cruzara, estremeciendo hasta lo más hondo las entrañas de aquellos pobres huertanos.

CAPITULO XI

Rudo gordiano

Bajo la aparente serenidad de Juan el Lanero, hervía el despecho y el coraje, al soplo de unos celos que procuraba ocultar á los ojos de todo el mundo.

Seguía creyendo inspirar á Mariquita grandes simpatías, y esto le daba alientos para llevar á la práctica la segunda parte de sus planes; pero comenzaba á aborrecer de muerte á Coscorrones porque seguía siendo favorecido con el amor de aquella mujer tan hermosa.

¿Quién era aquel pobre huertano para interponérsele en su camino?

Siempre le quedaban los procedimientos de violencia como recurso último; pero él estaba por los templados y suaves como de mayor eficacia, y el paso que pensaba dar podía ser decisivo, sin tener necesidad de recurrir á lo que estaba fuera de su reflexivo modo de obrar.

Con su constante observación había visto que el tío Roque y la tía Rosario no se penetraban de la existencia de las relacio-

nes amorosas de Coscorrones y Mariquita, pues el respeto que entonces los padres inspiraban, impedía la presunción de que un subordinado dispusiera de su libre voluntad sin el consentimiento expreso de sus superiores.

Fundándose precisamente en ese mismo respeto, pretendía determinar á su padre á que hablase con el de Mariquita, y como un acto tan formal había de producir seguramente un efecto muy favorable para él, no dudaba de que la victoria quedaría asegurada desde el primer momento de presentar el combate.

¿Podría Coscorrones enfurecerse y surgir un conflicto entre los dos rivales? ¡Bah! Coscorrones era un muchacho pacífico y sin malicia, siempre inclinado á la docilidad, y en el último extremo, habría explicaciones, y él probaría de un modo conviccente que no se había apercibido siquiera de unas relaciones tan misteriosas, que tampoco habían sospechado las personas que diariamente se rozaban con los amantes. De otro modo, él habría sabido desde un principio ahogar su naciente pasión, sin permitir que tomara incremento, y hubiera huido de aquellos lugares, á fin de no exponerse á perder para siempre todas las ilusiones de su vida.

¿Y Mariquita? Tampoco la joven era un obstáculo. ¿Nó había demostrado una y mil veces que no sentía por él indiferencia ninguna? ¿Nó podía significar la conducta de la muchacha que no teniendo ella motivo, ni siquiera pretexto, para romper con su amante. no quería aventurarse á traspasar sus relaciones sin la seguridad de una prévia y formal declaración?

Sí, sí, todo se veía claro, sin rodeos ni confusiones, como si el pecho fuera de cristal y se pudiera leer allá en el fondo de los corazones. La entrevista de los padres era el medio más fácil y mejor, y en tales circunstancias se imponía como una necesidad. A Roma, pues, por todo, según dice la sentencia popular, y él marchaba á Roma con tanta decisión como energía.

Con efecto: comunicó á su padre su proyecto: pintó la belleza, honradez y buena crianza de Mariquita, y hasta exageró un poquito la mediana riqueza del tío Roque, á fin de que la

paterna vanidad del espinardero tuviera todos los halagos y no surgiera el obstáculo más pequeño.

Acogió el tío Jeromo (que así se llamaba el buen progenitor) los deseos del hijo, con suma complacencia, y fijóse el domingo próximo, como el día más á propósito para salvar la distancia que media desde Espinardo á la orilla del Segura, y hablar y entenderse los dos padres en aquellas relaciones que habían de hallar remate cumplido, tal vez en breve, tendiendo entre ambos jóvenes los dulces lazos del matrimonio.

La suerte enviaba por todas partes su sonrisa al Lanero, y por si algo faltaba para allanarle á su gusto el camino, presentóse una tarde el P. Melchor con el inseparable P. Aniceto en la casa del tío Roque, y conmoviendo con su elocuencia habitual las fibras patrióticas del labrador, le hizo dueño de un secreto trascendental.

El secreto consistía en que, necesitando dos personas de confianza para llevar unos pliegos al general Blake, no había encontrado ningunas más á propósito que Ambrosio y Coscorrones que sabrían llegar al punto que se deseaba ó morirían antes que descubrir el misterio de aquellos papeles, si por desgracia cayeran en poder de algún destacamento enemigo.

Inútil es decir que el tío Roque consideró como un honor la exigencia del padre carmelita, y hétenos aquí descartado á Coscorrones durante un par de semanas, quedando todo el campo á disposición del Lanero.

Llegó el ansiado domingo, y cuando mediaba la tarde de aquel dia, una tartana lujosa paróse frente á la casa del padre de Mariquita, y un hombre como de cincuenta y tantos años, sano, coloradote, y oliendo á rico desde larga distancia, bajó por los estribos del vehículo, y con esa arrogancia propia del que cree que va á dar tanto ó más de lo que va á recibir, llegóse á la puerta y se dirigió al tío Roque, el cual ya se acercaba á recibirle.

Después de cambiar los saludos de ordenanza y de haber declarado el espinardero quién era, manifestó éste deseos de hablar á solas con el labrador; y el tío Roque, que adivinó el objeto de la visita, aunque no tenía ningún dato precedente,

cogió dos sillas y las colocó en medio de la entrada, tomando los dos inmediatamente asiento en ellas.

Al espinardero parecióle también que no olía á pobreza lo que á sus ojos se presentaba, y lo que era mejor aún, que allí reinaba el orden y el buen gusto, amén de una limpieza que tenía como bruñidos todos los objetos de la habitación.

El amplio tinajero de encarnadas y relucientes vasijas empotradas, con sus lienzos blancos de ancha puntilla bajo los limpios tapadores; las jarras colgantes de las lejas (vasares) entre pirámides de tazas, platos de colores y vasos de cristal de tamaños diferentes; las filas de sillas compactas, como un diván á lo largo de las blanquísimas paredes; los espejitos de cornucopia y las estampas de santos pegadas en uno de los testeros; las cortinas de muselina blanca con adornos de color de rosa, recogidas en florones de latón; el suelo enlosado, en fin, que era una de las más altas distinciones de las casas de la huerta, parecieron confirmar en la mente del tío Jeromo el relato que su hijo le hiciera cuando le decidió á dar aquel paso, y desde luego formó una idea muy ventajosa de las mujeres que allí moraban.

—Osté no sabrá ná de lo que aquí me trae,—dijo tomando asiento y sacando un retorcido de tabaco, tan negro como la aculotada pipa del labrador.

—Pos osté dirá,—contestó el interpelado, lanzando al viento una bocanada de humo:—abra osté la boca pa tó lo que guste, que aquí en esta casa náide se queará sin serville en cuanto mande.

—Munchas gracias, tío Roque, y lo propio por mi parte,—replicó el espinardero, sacando del bolsillo una navajita despuntada y comenzando á picar sobre la palma de la mano izquierda un trozo de tabaco que cortó del retorcido.—Pos miste, como á mí no me gusta andar con requilorios y por algo he venío, pos emprecipiaré diciéndole que en este momento no hago más que las veces de un acomisionao de mi hijo Juan, que es por quien vengo con tó el interés de un padre.

Y guardándose la navajita, restregó el tabaco con el pulpe-

jo de su mano derecha para molerlo, y luego sacó un pliego de papel de fumar, doblado en multitud de plegaduras.

—Y bien venío,—respondió el tío Roque, cruzando las piernas para estar más cómodo.

—Pos allá va,—exclamó el padre del Lanero, cortando un pedacito de papel, muy despacio, cuya punta pegó en el labio inferior, mientras volvía el resto al bolsillo de su chaqueta.

Pero en vez de dar principio á su misiva, continuó la pesada operación de hacer el cigarro, echando el tabaco sobre el papel que despegó de su boca y liándolo con sus dedos robustos como de hombre fuerte y trabajador. Luego colocó el cigarro en sus labios, sacó una bolsita con yesca, eslabón y pedernal, y después de repetidos golpes para producir el fuego, encendió el voluminoso lío de tabaco, comenzando á despedir azuladas espirales de humo por la boca y la nariz, y escondió en el punto de su procedencia la bolsita de los artes.

Como se ve por esta larga operación, en aquellos tiempos se sabía fumar, es decir, se le sacaba al tabaco su verdadero sabor, pues no conociéndose los cigarros hechos ni los fósforos, la costumbre no había degenerado en vicio, y el paladar, más descansado y menos impregnado de nicotina, podía apreciar el aroma de esas plantas tropicales.

—Pos al cabo semos, tío Roque,—dijo:—y ha de saber osté que á mi hijo Juan se le ha metío por los ojos su hija Mariquita, con tanta fuerza y tan aentro, que ya no hay quien se la saque sino con el matrimonio ú con la sepoltura. Y lo que dice mi Juan: si él no va pa fráile ni Mariquita pa monja, pos lo natural es que sean pa hacer mundo como Dios manda. Y lo que yo digo: si mi Juan es presona muy rigular en tós sintíos y si Mariquita es una zagala bien criá y bien parecía, pos lo mejor es sacar al muchachode apuros, y hablar con el tío Roque que es formal, y dicille sin andulemas lo que hay al caso, pa ver cómo se pué arreglar el asunto pa bien de las dos familias. Conque aquí me tié osté con la custión puesta á su vista, pa que la platiquemos aspacio y se quee á nuestro gusto, porque abora osté es el buchillo y yo la carne.

Fingió el tío Roque quedarse sorprendido, y aparentó bajar

la cabeza para meditar: pero en realidad lo que hizo fué disimular la agradable emoción que sentía, porque la proposición del espinardero era muy aceptable, en vista de ser su hijo una proporción muy ventajosa.

Quiso hablar dos ó tres veces, pero la voz ahogósele en la garganta. Al fin, tras un chupetón de su negra pipa y un golpe de tos que parecía salir del fondo de sus pulmones, exclamó:

—Hombre, tié osté razón: mi Mariquita no lleva camino de monja, y con alguien ha de casarse, siempre que el que haiga de ser su marío sea presona de riligión y de concencia que lo haga bien con la muchacha, y que además tenga un güen pasar, porque mi Mariquita está criá á picos de rollo, y ya ve osté lo que yo querré pa ella.

—Y hace osté bien, tio Roque. Pos por lo mesmo que yo pienso como osté piensa, es por lo que he venío á pidille lo que deseo pa mi hijo, y á ofrecelle lo que osté desea pa su hija, digo, si es que osté no se figura que mi Juan no es toavía lo que Mariquita se merece.

—De nenguna manera: me paece y muy bastante, y á mí siempre me ha gustao el muchacho y lo hemos recebío con tó el aquel que le damos á las presonas de güenas prendas. Asina es que por mi parte...

—No tie osté inconviniente.

—Nenguno.

—Bien, tio Roque, y lo agraezco en nombre de mi hijo; pero yo quiero anguna cosa más.

—Pos osté dirá, tio Jeromo.

—Miste, tio Roque, yo voy á ser franco, porque la franqueza es lo primero que debe haber entre nusotros. Supongamos, y no es más que un suponer, que la muchacha, anque se sabe que no tié novio, tuviera angún medio quebraero de cabeza ¿me compriende oste? asina como si le gustara anguna presona sin que osté lo supiera, y...

—No siga osté: no he visto ná en mi Mariquita, y estoy seguro de que si alguien hubiera pensao en dicille anguna palabra, atento á noviaje, se habría dirigío primero á mí, que por algo represento yo á Dios en mi casa. ¡Pos no fartaba otra co-

sa! Pero vamos, si por ese suponer que osté dice, yo no estuviera al tanto de cuasiquier antojo de ella ú de angún zagal, aquí se hará lo que yo mande, porque soy el padre, y cuando un padre da una palabra como la que yo he dao, porque ve más claro que los hijos y sabe lo que á ellos les conviene, se cumpliria anque se juntara el cielo con la tierra.

—De modo que mi Juan ya pué venir por aquí y platicar con Mariquita y sentarse á su lao, como osté y yo platicamos.

—Lo mesmo: que ya tié mi premiso, y no hay que hablar más del asunto atento á la alvirtencia de osté.

Ante aquella terminante declaración, los ojos del tío Jeromo brillaron de alegría y su pecho se dilató con un suspiro. Después, tendiendo la diestra á su interlocutor, exclamó con marcada solemnidad:

—Muy bien, tío Roque, así me gusta, porque la formalidá es lo primero. Vengan esos cinco, que la palabra de osté es una firma, y yo me creo tan agraecío como alegre se va á poner mi Juan cuando le diga el resultao de mi viaje. Y abora, si osté me lo premite, quisiá conocer á la muchacha y regalalle una frioleriquia que en la tartana trayo pa ella.

—Pos ¡caramba! no fartaba otra cosa. Vaya si la conocerá, y con el premiso de osté, voy á dicille que salga.

Y los dos suegros *in fieri* se levantaron á un tiempo, entrándose el tío Roque para buscar á su hija y marchando el otro á la tartana para volver con un bulto que contenía un rico pañuelo de Manila.

Pero no pudo verificarse la entrega personal del regalo, por cáusa de un accidente imprevisto que acababa de suceder.

Mariquita encontrábase en la habitación inmediata, y sin querer oyó desde el principio hasta el fin la conversación de los dos padres.

Por un fenómeno inexplicable de la naturaleza humana, aquellas simpatías que venía experimentando por Juan y que acaso ayudadas por las circunstancias hubieran podido convertirse en amor en un momento imprevisto, desaparecieron de repente, cual si semejaran un velo desgarrado con violencia, y la tibia pasión que por Coscorrones sentía creció súbitamente,

como la llamarada de un incendio, abrasando su sangre, cual si un torrente de lava circulara por sus venas.

Cada palabra de su padre era un harpón que penetraba en su pecho; y cuando oyó que iba á ser presentada al tío Jeromo y á recibir de éste un regalo que á prevención traía, un temblor convulsivo se apoderó de todos sus miembros, y al ver á su padre cayó desplomada, rodando por el suelo de la habitación.

A las voces del tío Roque, acudió la madre y poco después el tío Jeromo que volvía de la tartana con el vistoso pañuelo de seda, muy ageno de lo que en aquel instante sucedía. Comenzaron todos á prodigar consuelos á la joven hasta que volvió en sí; pero nadie se atrevió á hablarle del asunto amoroso, porque lo principal era atender á su equilibrio, y la palidez inmensa de Mariquita denotaba algo más que una indisposición pasagera.

¿Había intervenido la Providencia en auxilio de la muchacha, para librarla de un trance violentísimo, evitando colocarla en el terrible dilema, en la cruel alternativa de oponerse á los designios de su padre que la idolatraba, y á quien ella respetaba y quería entrañablemente, ó hacer traición á su confiado amante, sacrificando, sin provecho de nadie, sus propios sentimientos?

¡Ay! es que el latido primero que lanza el corazón de la enamorada virgen, más vibrante y dulce que la nota que se desprende de las harpas de los ángeles, deja á veces repercusiones eternas en el fondo del alma, y es muy difícil borrar las huellas que marca en el sér donde ha hecho germinar los sentimientos del amor.

Posible es que algo de todo eso impulsara y determinara el desequilibrio nervioso de Mariquita, y comparando la pasión ardorosa pero noble y sencilla de su amante con el cálculo acompasado del Lanero y el recurso de que se había valido para encadenarla á su voluntad, surgiera la violencia en su espíritu, y quedara vencida en lucha tan desigual.

El tío Jeromo, á pesar del disgusto que le producía aquel contratiempo, pudo apreciar la belleza de la joven, y alabó el buen gusto de su hijo. Pero no había ocasión para reflexionar ni para insistir en su primera determinación. Así es que, dejan-

do el bulto del pañuelo sobre uno de los muebles para que allí recordara después su visita y la palabra formal del tío Roque, ayudó como pudo á los padres de Mariquita y desplegó una solicitud y una actividad que tenían tanto de compasivas como de interesadas.

La tía Rosario llevó á su hija á la cama, y luego hirvió una taza de flor de tilo que hizo sorber lentamente á Mariquita, mientras el tío Roque y el tío Jeromo volvieron mudos y cavizbajos á sentarse en las sillas de la entrada, lamentando en su interior aquel inesperado contratiempo, y sólo de vez en cuando cambiaban algunas frases, para no pasar por hombres faltos de cortesía y de buena educación.

Cedía la alarma del tío Roque á medida que iba sabiendo por la tía Rosario la mejoría de la muchacha; pero reflexionaba sobre aquel accidente, cuya cáusa no podía adivinar, por más que daba vueltas á su imaginación. ¿Es que corría peligro la preciosa salud de su hija idolatrada, y ocultaba su aparente robustez un principio de destrucción, como oculta el roble la carcoma que roe lentamente sus entrañas?

El tío Jeromo, por el contrario, fluctuaba entre dos extremos, uno halagador en demasía, otro terrible y lleno de desengaños. ¿Sería que la alegría de verse pedida para Juan, superior á los cálculos de la joven, que jamás habría soñado ascender á una brillante posición, la perturbaría de aquel modo, por tocar la realización de una dicha tan completa? ¿Sería que los temores de su hijo se confirmaban, y que lo que parecía tan despreciable y tan fácil de destruir como los amores del huertano, tenía más importancia y trascendencia que la que le había dado el Lanero?

En estas dudas transcurrió un buen espacio de tiempo, y ya cuando la tarde finalizaba y la tranquilidad había vuelto casi por completo á reinar en la casa, despidióse el espinardero del tío Roque y de la tía Rosario, deseando el pronto restablecimiento de la muchacha, sin hacer la más leve indicación del pañuelo de Manila que se quedaba allí, ofreciéndose de todo corazón, y recibiendo reciprocidad de ofrecimientos por parte de aquellos sencillos labradores.

Luego, acompañado del tío Roque, llegó al sitio donde había dejado la tartana, y tras una nueva y cortés despedida, hizo crugir el látigo, y se alejó rápidamente en dirección de su pueblo.

CAPITULO XII

Obscuridades

La noticia de haber aceptado el tío Roque la proposición del tío Jeromo, llenó de júbilo á Juan el Lanero, y aprovechándose éste de la indisposición de Mariquita, que era para él una oportunidad favorable, se permitió alterar la inveterada costumbre huertana de visitar el novio á su futura, en las noches de los sábados y domingos, y algunas veces en las de los miércoles, cuando las ocupaciones del aspirante así lo permitían.

Era lunes; pero quedaba disculpado por la cáusa dicha, y él tenia vehementes deseos de confrontarse con Mariquita y de conversar con ella libremente.

Cuando llegó el Lanero, estaba la joven levantada, hilando un blanco copo de lino, y recibióle con amabilidad; pero rehuyó hábilmente todas las ocasiones de permitir á Juan que se sentara á su lado. Esto nada de particular significaba aquel dia. La excusa legítima de los quehaceres domésticos saltaba á los ojos. Además la joven no estaba restablecida por completo, y no había por qué causarle la más insignificante molestia, cuan-

do Dios daria lugar para todo lo que fuera conveniente hacer y decir.

Estas dificultades se repitieron en la noche del sábado, y únicamente en la tarde del domingo pudo Juan sentarse un momento junto á Mariquita, sin poder hablar otra cosa que algo relacionado con la entrevista de los dos padres.

Contestóle la joven sin displicencias pero con frialdad, demostrando un talento diplomático de que nadie la hubiera creido capaz, para no dar motivo ni tiempo á que se formulara entre los dos compromiso alguno que fuera como el ligamento de las relaciones que ella rechazaba, y esto excitó un poco el amor propio del Lanero, si bien, prosiguiendo en su sistema de cachaza, aplazóse nuevamente para resolver el caso más adelante.

En este intervalo de tiempo, tan racionalmente calculado por Mariquita, llegaron Ambrosio y Coscorrones.

Habían recorrido muchas leguas, dando grandes rodeos y perdiendo dias, para entregar á D. Joaquin Blake los importantes pliegos de que fueron portadores, y no caer en poder de las tropas francesas, que ya iban aprendiendo algo de la natural extrategia de los españoles.

El recibimiento que tuvieron en la casa del tío Roque fué indescriptible, y se les obsequió con un báile en señal de regocijo, circunstancia de la que se aprovechó el Lanero para bailar con Mariquita unas malagueñas que llamaron la atención; y como los expedicionarios contaron algunos sucesos y refirieron noticias y se permitieron exagerar peligros, algunos de ellos imaginarios, y hasta entremezclaron proezas que no habían cometido, adquirieron de pronto no pequeña importancia, y hasta el Lanero participó de la fascinación que los dos amigos ejercieron en aquellos sencillos labradores.

Pero quien se alegró infinito de la vuelta de Coscorrones fué Mariquita. Allí estaba su defensor, su refugio, el hombre que había de infundirle alientos y por quien desdeñaba una posición brillante que tantas amigas hubieran aceptado sin vacilar. Allí estaba ya quien con una mirada de sus ojos ó con un movimiento de sus labios le daba fortaleza para sostener con su

mismo padre una entrevista y oponerse resueltamente á la determinación que había adoptado sin el consentimiento de su hija.

No faltaría al respeto debido á su progenitor ni había de sentir entibiado su cariño; pero, como buena cristiana, conocía los derechos que le marcaba la religión para excoger su estado, según enseñaba el catecismo en aquel precepto que con tanta claridad expone el Ripalda, para no necesitar otra explicación que la del propio sentido de los vocablos.

Conoció el Lanero que la lucha había comenzado desde la llegada de Coscorrones y que le era imposible obtener de Mariquita otra cosa que una buena amistad, según ella le había dicho clara y terminantemente en una de sus conversaciones.

De avenirse á ello, Coscorrones nada conocería, pues como Mariquita, en su amabilidad y hasta en sus cálculos, no rehusaba hablar con ningún mozo que á su lado se sentara, y la conversación que *aliquando*, *aliquando* sostenía con el Lanero no excedía de los límites de las costumbres anteriores, todo resultaría como una continuación del tiempo pasado, en espera de soluciones que á cada cual le hiciera quedarse decorosamente en su lugar.

Pero Juan no quería pasar por esa humillación, y la propuesta de un papel tan desairado en la comedia de sus amores, rebajaba ante sus ojos su propia dignidad. ¿A qué quedaría reducido un hombre de su mérito, un joven que pudo haber puesto los ojos en más alta esfera, para ascender sin esfuerzo alguno y por el solo impulso de su voluntad? ¿Quién era Coscorrones, ni quién la misma Mariquita con toda su belleza incomparable, para que el hijo del tío Jeromo el de Espinardo quedara á los pies de los que así le ofendían, como trofeo de una victoria sin honra y sin combate?

El tenía derecho á indudables preferencias y á la manifestación pública de sus relaciones amorosas, no precisamente por él que sabría ahogar su despecho con la sonrisa en los labios, sino por su padre que había tomado cartas en el asunto, y por el tío Roque mismo que había rubricado como un rey con su palabra formal; y nó, no cedería, pues la pasión iba creciendo

en su pecho, como crece el fuego de una hoguera formidable cuando el viento sopla sobre sus llamas, y Mariquita sería suya, la esposa, la compañera querida de toda su existencia.

De esta manera su disgusto iba dia por dia subiendo á la superficie, sin tener sobre sí mismo aquel dominio que tanta superioridad le daba, porque sus celos eran mayores que la fuerza de su disimulo, y ya relampagueaban sus ojos en ocasiones, como muestra de la tempestad que se desencadenaba en su pecho. Entonces resolvió hablar nuevamente con su padre para que éste tuviera una segunda entrevista con el tío Roque, y ahora su triunfo sería indudable, dejando todo el campo libre y á su disposición.

No quería ser él mismo el conferenciante, por no captarse el odio de Mariquita y por conservar siempre cierta independencia en el juego amoroso en que tanto arriesgaba, pues encomendando á los dos padres la solución de la primera parte del asunto, considerábase él de esa manera como una especie de reserva para ajustar las cuentas á Coscorrones y venir con él á las manos, si es que las cosas tenían que llegar á tales extremos.

Y la segunda entrevista de los padres se celebró, y allí fué el descorrerse el velo de todos los secretos, incluso el de aquella indisposición repentina de Mariquita, cuya cáusa no había podido averiguar aún el tío Roque.

Aquella revelación, juntamente con el recuerdo de su palabra formal, solemne, dada con entera deliberación y libertad, enardecieron hasta lo increible la sangre del labrador y pareció como que iban á trastornarle el juicio.

—Sí,—exclamaba el pobre padre en el arrebato de su furor: —mi palabra es una firma: la dí á concencia de lo que daba, y no tié güelta de hoja, como si la hubiera dao un rey.

¿Cómo se atrevía la hija de su alma, por un capricho necio de jovenzuela, á despreciar aquella suerte, que era realidad viva de un presente dichoso y de un porvenir lleno de esperanza, y, lo que era más todavía, á desobedecer á su padre? ¿Quién era el pobre Paco Sanchez, el apodado Coscorrones, para aspirar á la mano de una mujer que tanto valía, y para la cual nun-

ca hubiera sido aceptado por el tío Roque, aunque el Lanero ú otro de no tan alta posición jamás hubieran pretendido enlazarse con una jóven de mérito tan indiscutible?

Había hecho bien el tío Jeromo en acudir en queja y poner ante sus ojos el secreto de aquellas clandestinas relaciones que había que cortar á todo trance. Juan sería el esposo de Mariquita, y Coscorrones despedido de aquella casa por el atrevimiento incalificable de pretender subir hasta las nubes con las imperfectas alas del murciélago.

Alegróse el tío Jeromo de la decisión y energía del tío Roque, no sólo por la tranquilidad de su hijo que había cifrado todo su anhelo en la posesión de la bellísima é incomparable huertana, sino por él mismo que consideraba como un honor añadir una hermosura tan grande al buen nombre y riqueza de su casa.

Pero lo que más enfureció al tío Roque, fué el disimulo de los amantes, la cautela con que habían procedido para no dejar entrever sus relaciones ni permitir la más leve sospecha, y le parecía un acto de liviandad, merecedor de un castigo cruel, la conducta sigilosa y hábil de Mariquita.

—Sí, sí,—decía, como hablando consigo mismo:—ya no hay respeto á los padres ni á la riligión, como en otros tiempos. Dinde que el francés ha pasao por España como el rastro de una tormenta, la joventú se ha güelto descreida, y dista las mociquias más honestas y recatás van perdiendo el aquél que tanto deben guardar siempre pa con los hombres.

Y golpeaba el suelo con sus piés y aspiraba violentamente, resoplando, el cañón de su negra pipa, como si masticara el humo del tabaco que parecía tomar en su boca las proporciones de cuerpo sólido, en aquel coraje que le inflamaba las arterias, cual si de su corazón se desprendieran torrentes de lava.

El tío Jeromo, satisfecho hasta cierto punto por el buen resultado de la conferencia, estrechó bien apretada la mano de su futuro consuegro, y añadió por despedida:

—Me voy tranquilo, tío Roque: me voy tranquilo, porque veo que es osté un hombre de los que ya hay pocos en estos tiempos de perturbación. Tós buscamos la felicidá de nuestros

hijos; pero al lao de su bien, está la formalidá de los padres. Osté y yo nos hemos empeñao la palabra: yo le dejo á osté la mia y me llevo en prenda la suya, dista que el cura ú la muerte vengan á degolvellas á cá uno, que yo, por mi parte, ni abora ni nunca retiraré la que le he dao.

Y tras aquellas intencionadas frases con que el tío Jeromo dió fin á la para él interesante conversación, retiróse con nuevas esperanzas que llevó á su hijo, sin pérdida de tiempo; y Juan, oido el relato, sin confiar del todo, porque conocía el terreno algo mejor que su padre, recobró algunas de sus ilusiones perdidas y se dispuso á esperar lo que la suerte le reservara.

El disgusto que el tío Roque experimentó por lo que llamaba desobediencia de su hija fué tan grande, que, á pesar de dominarse mucho y de haber dejado transcurrir más de una hora mientras paseaba por los bancales pretendiendo enfriar en lo posible el ardor que corría por sus venas, cuando se halló frente á Mariquita, no fué dueño de sí mismo, y por la primera vez de su vida se atrevió á hablarle con tonos destemplados y altaneros.

La acritud del padre arrancó lágrimas de los ojos de la joven, no acostumbrada á verle enfurecido y opuesto á los deseos naturales de su corazón; pero como se hallaba prevenida y esperaba los acontecimientos, logró reaccionarse y adquirir al poco tiempo alguna firmeza, con lo que el tío Roque pudo convencerse, bien á su pesar, de que hay más poder en el amor que en la autoridad que representa el jefe de una familia.

Conoció el tío Roque que con aquellas formas duras nada adelantaría y apeló á la suavidad y á los razonamientos, sin comprender que ahí era precisamente á donde Mariquita quería llevarle.

—Pero, muchacha,—decía,—¿qué te ha movío á querer á ese mastuerzo, que no tié propios, y que nesecita de un jornal ú asperar una ocasión pa que se le dé cualquier tierra á rento por ande Dios quiera que le salga?

—Eso no es motivo pa desprecialle,—contestaba la hija:—un hombre de bien, con saber ánde tié su mano derecha y no

ser un mal trebaja, lleva, anque sea probe, alantao muncho más que tós los ricos del mundo.

—Sigún de lo que se trate,—replicaba el tío Roque, que toas las cosas no son iguales en la vida, y atento á las de abora, como el mundo se va poniendo cá vez peor, hay que agarrallas por las greñas, teniendo siempre muy en cuenta aquel refrán que dice «más vale pájaro en mano que ciento volando.»

Y Mariquita contestaba de nuevo diciendo que los afectos entran en el alma sin saber cómo ni por qué; que sin darse cuenta le salía de adentro aquel cariño que al principio no pasaba de ser una creciente simpatía, la cual tomó gigantescas proporciones de un modo súbito y expontáneo así que oyó la conversación del tío Jeromo; que cuando meditaba, porque todo lo había pensado bien y detenidamente, parecíale que sería más feliz al lado de Coscorrones comiendo pan y cebolla, que junta con otro, por rico que fuese, pues la felicidad no consiste en el dinero sino en la paz y amor de los esposos.

Extrañábase el tío Roque de aquel luminoso razonar de Mariquita, y objetaba con nuevos argumentos que sólo á él podían convencer por el interés en que fundaba su criterio; y su hija, para rebatirlos, añadía que á ella no se le ocultaba el significado que en el mundo tenía la posición del Lanero, ni desconocía sus prendas personales ni jamás le fué antipático; pero que no le llenaba como el otro, á pesar de la diferencia tan notable que entre ambos existía, y que si los padres buscan el bien de los hijos, no deben oponerse á que éstos mismos lo acepten si lo encuentran, como ella creia haberlo encontrado, pues terminantemente enseña la doctrina cristiana que los padres no deben darles estado contrario á su voluntad.

Todas aquellas razones, hondamente sentidas y formuladas con claridad y entereza á la vez que con tono suave y palabras sencillas, no dejaban de impresionar y hasta de convencer, si se quiere, al tío Roque; pero había empeñado su palabra dos veces, y súbitamente el amor propio ponía en sus ojos una venda para ocultarles la luz, y vibraba en sus oidos el acento del tío Jeromo que se llevaba en prenda la palabra formal de un hombre honrado.

—Nó,—exclamó:—aquí no hay otra voluntá que la mía: mi palabra es una firma: es la palabra del rey que no tié güelta de hoja.

—Pero osté no ha contao conmigo antes de comprometerse, y me paece, sin que osté se ofenda, que yo no soy como una vaca que se lleva á vender al mercao.

—No importa. ¿Quién te ha dao facurtaes pa que me trates con esa farta de respeto? ¿Dinde cuándo un padre se abaja á un hijo pa pidille desplicaciones de lo que no nesecita?

Y como la pobre Mariquita intentara hacer nuevos razonamientos, para demostrar la justicia de los derechos que invocaba, el tío Roque volvió á enfurecerse y á llamarle descastada y mala hija, con otra porción de cosas que hicieron llorar por segunda vez á la muchacha, llenando de amargura su corazón.

Por último, el labrador, indignado por el ultraje que, según él, se hacía á su dignidad de padre y á su decoro de hombre formal, aseguró que había de cumplir su promesa, á pesar de cuantos obstáculos pudieran sobrevenir, aunque ella fuera la sentencia de muerte de Mariquita, y que no volvería Coscorrones á pisar los portales de su vivienda, ni se pronunciaría de nuevo su nombre entre las personas de su familia.

—Si hay que dar angún dia cuenta á Dios,—dijo con acento irritado,—yo se la daré, porque eso es incumbencia mia, y hoy por hoy me toca mandar en lo que á mí me pertenece. Tó lo que aquí se platique, atento de estas cosas, está de más, y no hay que rechistarme, anque vaya más diquivocao que un loco. Se hará lo que yo diga y lo que yo quiera, sin que me dé una jelepa que el mundo se aplaste,... y... ¡cudiao con darme otra pesaombre! porque entoces sabrás lo que es güeno y pa lo que tú y yo hemos nacío.

¿Qué contestar á este *ultimatum* rotundo, amenazador, expresado con todo el coraje de un alma enfurecida? ¿Cómo oponer una razón más á quien huía de las razones, cosa que parecía impropia, dado el carácter reflexivo y nada apasionado que en tantas ocasiones había demostrado el labrador?

Mariquita bajó la cabeza y retiróse triste y desconsolada,

mientras el tío Roque se dirigía á continuar sus faenas, más bien por desahogar su espíritu que por trabajar, pues llevaba dentro de su corazón la lucha de dos sentimientos opuestos, nacido el uno del inmenso cariño que profesaba á su hija que no sabía, según él, apreciar la felicidad con que le brindaba la suerte, y el otro, efecto de aquella palabra formal, recogida por el tío Jeromo y llevada en prenda, para presentársela algún día y pedirle explicaciones si se negaba á su cumplimiento.

¿Cómo encadenar y unir dos cosas tan contrarias, tan diametralmente opuestas, y convencer á la vez á su hija del grave error en que se encontraba? ¿Cómo renunciar, por su parte, á la hermosa realidad de un yerno que coronaba las buenas prendas de su persona con una fortuna que sextuplicaba la que él tenía, y que había de ser, andando el tiempo, persona de viso y de distinción en todo el término de Murcia? ¡Imposible!

Y el tío Roque daba vueltas á su imaginación, buscando una idea que lo tranquilizara, y únicamente cuando el cansancio dominó sus fuerzas y su mente se fatigó en aquel enmarañamiento que lo confundía y anonadaba, cesó de buscar la solución que no veía, y regresó á su casa, abrumado y macilento, como si en unos cuantos minutos nada más hubieran pasado para él diez años de su existencia.

CAPITULO XIII

Nubes sombrías

Largas horas pasó Mariquita llena de zozobra y de ansiedad, y cuando buscó un refugio en el lecho, negóse el sueño á acudir en su auxilio, como si hasta ese beneficio reparador le fuese negado por la fatalidad que tenazmente la perseguía.

¿Por qué no respetaba su padre aquel cariño leal, noble y desinteresado que la joven sentía hasta en el fondo de sus entrañas, y se aferraba á la idea de una felicidad que ella no veía, porque todo su sér estaba como bañado en un fluido inexplicable que la envolvía y penetraba, como los rayos del sol envuelven con su luz hasta los tallos más escondidos de la floresta?

Nó, no era un sueño, no era una vaga quimera el malestar que sufría por defender sus gustos y sus inclinaciones, y la voz de su padre resonaba todavía en su oido, vibrante, amenazadora, y veia brillar de furor aquellos ojos que siempre la miraron con dulzura.

¿Cómo avisar á Coscorrones para ponerlo al corriente de todo lo que estaba sucediendo, evitándole á la vez un sonrojo si

era violentamente despedido por el tío Roque, al presentarse desprevenido en su casa? ¿Cómo advertirle para que buscara medios y recursos que, salvando las apariencias, les permitieran verse y entenderse en determinadas ocasiones, manteniendo vivos sus entusiasmos amorosos y dando tiempo para que nuevas circunstancias vinieran en su ayuda y poder triunfar en el logro de sus deseos?

Y sin embargo, era preciso hacerlo á todo trance, y la única persona de quien podía valerse era su doméstica. Además era necesario tener una pronta entrevista con su amante, y en eso corría el riesgo de ser descubierta, lo cual podría empeorar su situación y hacerla pasar á los ojos de su familia como uua mujer desenvuelta, indigna de ninguna clase de consideraciones.

¿Pero quién pone obstáculos á la energía que se despierta dentro del corazón de la mujer, como para desmentir á los que la acusan de debilidad, confundiendo á veces esta cualidad con la delicadeza de su sexo?

Una idea, que fué como un rayo de luz, brotó en su atribulada mente, y el nombre de la tía Patanga la hirió con toda su viveza, haciéndole ver que la cita podría verificarse junto á la choza de la anciana con entera libertad. ¿Quién había de sospechar del albergue de una bruja?

Con efecto: la entrevista se verificaría aquella noche, al terminar los resplandores vespertinos, y allí trazarían la línea de conducta que ambos amantes habían de seguir en lo sucesivo, para hacer ineficaz el rigor del tío Roque y dejar burladas para siempre las esperanzas del Lanero.

Una vez concebido el pensamiento, se decidió á ponerlo en práctica, porque comprendía que en los casos extremos las vacilaciones son altamente perjudiciales, y en el que ella se encontraba había que proceder con tanta energía como prontitud.

Cuando llegó la noche y con ella el momento prefijado, acudió soliviantado Coscorrones al lugar de la cita, y como el estado de su espíritu no le permitia pensar en aquel trance en duendes ni hechizos, sin hacer siquiera la señal de la cruz ni

sentir el más leve temor en su pecho, sentóse en una piedra junto al desvencijado tablero que hacía las veces de puerta de la casa de la bruja, y allí esperó con ansiedad.

Poco tardó en llegar Mariquita, aunque la impaciencia le hacía creer á Coscorrones que los minutos eran horas, y llegó casi sin alientos, temblorosa y triste, porque el temor y las circunstancias no le permitían tener serenidad, y dió principio á la conversación entre lágrimas y suspiros.

—¿Conque tó se ha descubierto al cabo?—exclamó Coscorrones, poniéndose de pié—¿Con que tu padre no me quié á mí, por probe, y le gusta ese fantisioso porque tié dinero?

—Tú lo dices, Paco: eso es ni más ni menos, en cuatro palabras tó lo que ha pasao.

Fulguraron los ojos de Coscorrones en la obscuridad, al escuchar la contestación de Mariquita, y un gemido ronco se escapó de su garganta, como si el áire comprimido dentro de su pecho no encontrara al dilatarse válvula suficiente para escapar de aquel antro.

—Ya ves, continuó la joven: las cosas han llegao de pronto á un punto que yo no podía figurarme nunca, y he hecho tó lo que ha estao en mi mano pa devitarlas.

—Yo tamién haré por otro lao lo que pueda, y te juro que el Lanero no se saldrá con la suya.

—Mira, Paco: no sabes cuánto le he pedío á la Vírgen de la Fuensanta pa que mi padre tuviera más caridá de mí; pero no convendrá cuando la Virgen Santísima no me hace caso y ha dejao que este enreo haiga llegao ande ahora se encuentra.

—No digas que no convendrá, Mariquita, porque eso no pega bien en tu boca. ¿Es que yo no soy un hombre de bien, á carta cabal, tan trebajaor como el primero en toa la güerta, y queriéndote como náide pué quererte en el mundo?

—Atento á tu hombría de bien, náide ha puesto reparos; pero arremanente á lo nuestro ¿por qué no vienen las cosas de otra manera?

—No te lo puedo dicir, porque en eso nunca he pensao; pero si yo fuera rico...

—Ni que fueras rico abora, me paece que tampoco mi padre abajaría la cabeza.

—¿Que nó? ¡Ay! el dinero pué munchas cosas ¡juné! ablanda unos corazones y endurece otros.

—No quiero en eso llevarte la contraria; pero tén presente que lo que más le pica á mi padre en este asunto no es perder pa mí una proporción tan güena, porque cuando yo le platicaba del bien de los hijos y le ponía delante lo que dice la doctrina, paecía que iba á venirse á razones.

—Pos entoces ¿qué es lo que le pica?

—Lo de haber dao ya su palabra: lo de habelle dicho dos veces el tío Jeromo que su palabra es una firma. ¿Tú sabes el moral que eso tié pa él? Yo no diré que la comparanza de tu bolsillo con el del Lanero no tenga la curpa prencipal y que por ese lao encomenzara la fiesta pa quear tú debajo, porque eso está más claro que el agua; pero atento á lo de la palabra, tú sabes muy bien que mi padre cumple tó lo que promete, anque fuá mester saltar por la mesma Cresta del Gallo.

Bien lo sabía Coscorrones. Conocía lo bastante al padre de Mariquita para no ignorar que el labrador llevaba la formalidad de su palabra hasta la exageración más inconcebible, por un exceso de honradez, á veces tan perjudicial como el extremo contrario de la falta de ella. Entonces fué cuando el enamorado mozo conoció lo difícil de su situación, viendo abrirse á sus piés un abismo donde se hundía toda su felidad soñada, toda la ilusión de su existencia, y tembló en sus párpados una lágrima de dolor y sus dedos se crisparon como en las sacudidas y convulsiones de una cruel agonía.

Quedóse confundido, con la lengua pegada al paladar y sin poder formular una idea; pero reponiéndose un tanto y dominándose cuanto pudo, dijo, levantando la cabeza y cambiando de tono:

—¿Y tú qué piensas hacer?

Esta vez fué Mariquita la que se quedó perpleja. ¿Qué quería decir Coscorrones en aquella pregunta, tan sencilla en la forma y tan llena de intención y hasta de escabrosidades en su fondo?

—¿Yo qué he de hacer?—contestó por decir algo.—Pos ná.

—¿Cómo que ná? ¿Y me lo dices así, como si hubiéramos los dos de cruzarnos de brazos y abajar la cabeza? Pos entoces ¡juné! ¿á qué has venío? ¡Ah!... si tú me quisieras de verdá, como yo te quiero á tí; si tú me llevaras en tus entretelas como yo te llevo en las mias, confundía con ellas, como si fuérais una mesma cosa, no me contestarias eso.

—¿Y qué quieres que te conteste, cuando tú eres el que debe abrirme camino? Mira, Paco: no es ésta la ocasión ni hay tiempo de platicar muncho; pero eso de no quererte de verdá, es un dicir tuyo, porque estarás medio atontao. Pero ¿es que nó son quereles despreciar al Lanero por tí, cuando tú mesmo ves por tus ojos los aspamientos de otras mujeres, así que lo efisan siquiera? ¿Es que es cualquier cosa haber venío á platicar contigo á estas horas y á este sitio, de escondite, exponiéndome á que se descubra y á que la trampa tó se lo lleve, dimpués de tomar grandes pesaombres en mi casa? Vamos, cálla y no güelvas á mentar cosa semejante. Busca en tu sesera algo pa que lo pensemos aspacio los dos cuando nos deseparemos, que es lo prencipal que me ha traido aquí, si es que en tu concencia crees que puedo hacer más toavía de lo que he hecho.

—Y si yo te dijera una cosa que tó lo cortaría por lo sano?—insistió Coscorrones, acercándose á Mariquita y bajando la voz cuanto pudo.

—Pos dímela, si tú conoces que es cosa que pué hacerse,—contestó la joven.

—Pos ascucha, Mariquita: cuando en mis óperas *me se* enrea una cuerda y no puedo desatalla, ú porque estoy de prisa ú porque está muy enmarañá ¿sabes lo que hago? saco la navaja, y... ¡zas!... la corto por el núo y güelvo á empalmalla de contao, queándose tan fuerte como antes.

—¿Y qué me quiés dicir con eso?

—¿Nó me has comprendio? ¡Juné!

—De verdá que nó, Paco.

—Pos mira, Mariquita: quiero dicir, que, puesto que tu padre no me quié pa yerno porque le gusta más el otro, ni tú quiés á Juan porque no te peta, hay un medio pa que tu padre abaje la cabeza en sus atasquerías ú tenga motivo pa que no se pon-

ga en mal terreno si no cumple su palabra, y nusotros seamos marío y mujer antes de tres semanas. De esa manera tó se queará tranquilo como una balsa de aceite: el tío Roque en su lugar, y el tío Jeromo chasqueao.

—¿Y eso cómo se consigue?

—¿Que cómo? Pos de la manera más natural del mundo ¡junema! Esto es una cuerda enreá y hay que cortalla. Tú te vienes esta noche conmigo, y mañana Dios dirá.

Aquella salida imprevista de Coscorrones dejó helada á la pobre Mariquita, y ahogó en sus labios las palabras que quiso pronunciar para contestarle. Nunca podía figurarse ella tal proposición en boca del hombre á quien adoraba, y su dolor fué inmenso, como el que cáusan siempre las ofensas cuando se reciben de personas queridas.

¿Qué concepto acababa de formar de ella el aturdido Coscorrones? ¿Qué solución era una fuga de la casa paterna, cuando tan señaladas con el dedo eran las que se lanzaban á tales aventuras? Nó y mil veces nó: el amor era en ella más grande que la sumisión que á su padre debiera; pero mayor era aún su honradez, su decoro, su dignidad. ¡Entrar en el matrimonio por la puerta falsa, como ladrón que huye de la vista de todo el mundo para ocultar su delito! ¡Entregarse á un hombre, por amado que fuese, sin la bendición prévia de la Iglesia, madre cariñosa que santifica la unión de sus hijos y los estimula de una manera dulce para seguir su suerte y unir sus fuerzas contra las adversidades de la vida! Primero la muerte que avergonzar á su honrada familia, insultando las canas de su padre, y echando una mancha sobre su acrisolada reputación.

—Ascucha,—dijo con una calma de la que ella misma no se hubiera creido capaz:—ascucha: si eso que me has dicho hubiera sío en tu cabal juicio, tén por seguro de que abora mesmo hacía el propósito de no acordarme de tí dista la muerte, y casi, casi le daría palabra á Juan de ser su mujer antes de dos meses; pero te perdono el agravio que me haces, porque compriendo que las cosas que nos pasan son pa golver loco á cualquiera. Si es verdá que me quieres, no me dés más sintires, que bastantes amarguras llevo en mi corazón, y no oya yo por segun-

da vez que me vaya contigo ni con el rey en presona, porque, anque te quisiá más que á las niñas de mis ojos, me tiraría al río de cabeza antes que dejar de ser honrá, como mis padres me han criao y como Dios me lo manda.

Coscorrones sintió el latigazo de aquella palabra fustigante, y calló. Había en el acento de Mariquita tal energía y entereza y su voz tomó un timbre tan particular, que el amante quedó de nuevo aturdido, y dió hácia atrás dos ó tres pasos, mientras con la palma de la mano limpiaba su frente que acababa de empaparse de sudor.

—Güeno,—dijo al cabo de un rato de silencio:—tiés razón; no sé lo que me digo; pero es porque me ahoga la pena, y quisiá deshacer entre mis manos á ese pícaro Lanero. Y puesto que no te da gusto que güelva á mentar lo de la salía, no te lo diré ¡juné! en jamás de los jamases. Pero contéstame á una pregunta.

—Díme lo que quieras.

—¿Tú estás decidía á no casarte con Juan?

—Tan decidía, que me güelvo loca de pensallo.

—¿Y serías tú capaz de dicille que nó al cura en el mesmo altar, si allegara el caso (Dios no lo premita) de llevarte al casamiento por la fuerza?

—Sí: te lo prometo.

—Nó, no quiero promesas: quiero otra cosa más formal, júramelo por esta cruz.

Y extendió su brazo, cruzando el índice y el pulgar de su mano derecha.

Pero Mariquita, dando un paso hácia atrás, contestó con acento lleno de energía:

—¿Cómo jurar? Eso no lo hago. Yo no juro.

—¿Y por qué no quiés jurallo?

—Porque yo no pongo á Dios por testigo en las cosas de noviaje, y basta con la palabra que te doy, si es que yo valgo por mí mesma, pa que mi palabra sea como un juramento. En eso conozco que soy hija y muy hija del tío Roque Penalva.

Meneó Coscorrones la cabeza como en señal de duda, y ha-

ciendo asomar á sus labios una sonrisa siniestra que Mariquita no pudo ver á cáusa de la obscuridad, prosiguió:

—Bien, no jures, si con eso has de sintirte forzá; pero te cojo la palabra, ya que en tanto la estimas.

—Más, muncho más de lo que tú te figuras.

Poco más hablaron. La noche avanzaba, y Mariquita temió que pudiera ser notada su ausencia, por más que la criada, en quien tenía confianza suma porque le era muy adicta, había quedado prevenida, y además era una mujer muy ingeniosa que encontraba salida para todo, aún en los trances de mayor apuro.

Pero, con todo, no había que descuidarse en caso de una imprevisión, por si la desgracia intentaba hacer algo de las suyas, y así es que, despidiéndose de su amante y ordenándole que no se moviera durante un gran rato de aquel sitio para que nadie viera que la acompañaba, se alejó rápidamente, y algunos minutos después se dejó ver en su casa con aspecto tranquilo, como si no se hubiera separado un momento de allí.

Con efecto, ninguno de su familia había notado su breve ausencia, entregados, como estaban, á sus quehaceres, y la joven sintió una satisfacción inmensa cuando vió el resultado tan feliz de su escapatoria.

Cuando Coscorrones perdió de vista á la moza, en cumplimiento de la palabra que había dado de no excitar sospechas, volvió á sentarse en la piedra, y meditó.

¿Cumpliria Mariquita la promesa que tan formal y solemnemente acababa de hacer? Por ella tal vez sí. La conocía á fondo y sabía hasta dónde llegaban las fuerzas de su voluntad. Pero ¿nó podria surgir de pronto una nube que empañara el cielo de aquellas posibles esperanzas? El rigor, los temores, el padecer contínuo fatigando un corazón harto de sufrimientos, juntamente con la visión cercana de una felicidad que se ostentaba como contraste de tales amarguras, podían con más ó menos dificultades suavizar las energías de un alma indómita, tendiendo ésta á buscar, en su sed de reposo, un asidero que la hiciera sostenerse, y entonces aceptar como bueno lo que antes rechazaba como malo, sirviendo la ausencia misma del verda-

dero amante como de lenitivo para calmar los embates de la pasión.

Todo esto lo sentía Coscorrones, sin ordenarlo, sin formularlo siquiera, con el mero instinto que no razona, pero que lleva al alma profundas convicciones sin que antes pasen por el crisol de un criterio mejor ó peor equilibrado; y en esta confusión de sentimientos; en este embrollamiento de ideas que enloquecían su mente, se levantó, enderezando sus pasos por una senda que á su casa conducía.

A medida que se internaba por los bancales, su coraje crecía, como crece la espuma del mar, cuando se encrespan las olas al empuje del viento, y necesitando desahogar su espíritu, arrojando el veneno que corroia sus entrañas, murmuró con voz que hubiera hecho temblar á Mariquita, si la oyera:

—Si dijera que no me quiere, mentiría, porque á la vista está, y me siento arbulloso de su querer. Pero de eso á cumplir la palabra que me ha dao sin jurar... al fin es mujer, y muncho pueden la fuerza del padre, los consejos de los amigos, los mesmos sintires de la presona y dista las onzas del Lanero. El mundo trae tó esto consigo, y no hay quien tenga fuerzas bastantes pa ponérsele de frente. Yo no me fío, porque del dicho al hecho ya se sabe lo que hay, y á veces de la mano á la boca se pierde la sopa. Pero como estoy alerta y ha llegao el momento de obrar, haré ¡junema! lo que hago cuando se enrean las cuerdas: sacaré la navaja y cortaré por el núo ¡anque ese núo sea la mesma cabeza de Juan!

Y se perdió en la espesura de los árboles, golpeando de vez en cuan lo el suelo con los piés, y lanzando imprecaciones que parecían rugidos de una fiera en el desierto.

CAPITULO XIV

Tormenta

Nada habían conseguido los consejos ni los mandatos del tío Roque, respecto de Mariquita, si bien ésta no se mostraba huraña ni desdeñosa con Juan cuando iba á visitarla y á sentarse á su lado.

Tenía la muchacha el talento suficiente y la prudencia necesaria para ser hábil y no provocar conflictos; y aunque se había entregado en brazos de la suerte para que resolviera lo que Dios hubiese dispuesto en sus inexcrutables designios, no apartaba su voluntad del objeto á que quería dirigirse, y buscaba en su imaginación recursos que la defendieran, sin que se le conociera una hostilidad porfiada.

Jamás dirigía preguntas al Lanero, por no traspasar el círculo en que había de moverse; pero contestaba á sus preguntas cortésmente aunque con brevedad, y dejando ver siempre en su fondo una indiferencia profunda. Salvaba las formas con toda la delicadeza posible, y era cuanto podía hacer desde su última entrevista con Coscorrones.

Resignábase Juan á tal estado de cosas, si bien poco satisfecho de lo que había podido conseguir; pero á pesar de todos los contratiempos, su esperanza iba en aumento cada dia, y aguardaba con una estoicidad incomparable. Tenía aprendidas dos cosas que siempre fueron su norma de conducta y que le habían dado grandes resultados: constancia para vencer y confianza en el tiempo que todo lo transforma.

Con el beneplácito del tío Roque, con la ausencia forzada del novio y con ciertas asperezas limidas por parte de Mariquita, algo se había conseguido ya. La gota contínua de agua horada la piedra más dura. ¿Nó había de ser un factor importante, una gota contínua de agua, su perseverancia, amén de su buena conducta y de otras prendas que adornaban su persona y que él haría resaltar cada vez que una ocasión favorable se le presentara?

La noticia de todos aquellos sucesos había corrido de boca en boca y de casa en casa, no faltando sabrosos comentarios en el ventorrillo del Nene, formándose dos bandos, como acontece siempre que un hecho cualquiera se entrega á la voracidad de los curiosos ó desocupados.

Cada cual miraba las cosas desde un punto de vista diferente y á través del prisma que más le agradaba. Los jóvenes defendían la conducta de Mariquita, apoyándose en la libertad que deben tener las personas para excoger en asuntos matrimoniales, según sus inclinaciones ó sus gustos. Los viejos, por el contrario, aprobaban y aplaudian lo hecho y mantenido por el tío Roque, fundándose en que la autoridad paterna debe ser respetada, y en que los padres, con su experiencia del mundo y su neutralidad, tienen motivo para saber mucho mejor qué es lo que conviene á los hijos.

Coscorrones no hablaba con nadie acerca de lo que acontecía. Trazándose á su vez la línea de conducta que esperaba seguir, había contestado con evasivas y medias palabras á las primeras preguntas que se le hicieron, y nadie se atrevió á insistir, respetando su disgusto y su dolor.

¿Para qué hacer á ningún extraño partícipe de sus ocultos sentimientos, cuando su instinto le decía que la soledad es á

veces el mejor compañero, por los consejos que dicta y por el sigilo con que acoje los pensamientos más íntimos, compadeciendo siempre y con sinceridad las penas en que se baña un corazón acongojado?

Había aprendido en pocos dias una de las lecciones más grandes y provechosas que puede ofrecer la experiencia, y la manifiesta crueldad de los desengaños le obligaba á no olvidarse de sí propio ni á defenderse de las asechanzas y del ridículo, no conociendo todavía, en su poca práctica del mundo, el modo particular de pensar ni de sentir de las gentes.

Trabajaba en sus bancales, durante el dia, ó iba á Murcia á evacuar sus asuntos particulares, y de noche visitaba la barraca de algún vecino, y allí rasgueaba la guitarra y entonaba coplas que él solía componer sobre motivos de la guerra, causando la alegría y la admiración de sus oyentes.

Pero meditaba su plan. Su imaginación inquieta le presentaba constantemente ante su misma vista una maraña llena de nudos, y él quería desatarlos ó cortarlos, aunque prefería lo primero por razones de conciencia. Mas no encontraba la solución, y el tiempo corría, con riesgo, según él, de enfriar los ardores de Mariquita, lo cual le hizo decidirse para abordar el peligro frente á frente y despejar en absoluto la situación.

Con efecto, esperó la llegada del domingo, y cuando vino la tarde de éste, envolvióse en su manta morellana, tomó su cayado de almez, y paso entre paso, se dirigió al ventorrillo del Nene, donde templó su cuerpo con un vaso del tinto de Jumilla.

Ya había en la taberna algún cofrade de Baco y del truque, y también se encontraba allí Ambrosio que respondió friamente al saludo de Coscorrones, pero que no quiso aceptar una copa ni le dirigió la palabra, ciñéndose á pronunciar monosílabos, como contestación única á las frases de su antíguo amigo y compañero.

Aquella conducta causó á Coscorrones un sentimiento vivísimo y lo llenó por completo de amargura. ¿Nó se veia allí la inexorable mano del tío Roque, como venganza cruel de un acto inofensivo, elevando á la categoría de delito el afecto in-

voluntario y puro de su alma? ¿Merecía él acaso un tan marcado desprecio, la pérdida de una amistad que siempre había distinguido, la negación, en fin, de un trato social, precisamente en una época en que tanto necesitaban unos de otros?

Coscorrones dió una tragantada á su saliva, como en señal de resignación, y tomando una silla, se sentó en el quicio de la puerta de la calle. Conveníale disimular para no ser objeto de burla de algunos maliciosos que pretenden siempre de todo sacar partido, y haciendo como si el buen humor no le abandonara nunca, comenzó á cambiar dicharachos festivos con unos mozalvetes que proyectaban una partida de bolos y que se hallaban fuera del ventorrillo.

Después, encárandose con un jugador de truque que se hallaba dentro de la entrada, dijo:

—¡Eh, tú, Blas! ¿La echamos?

El interpelado, que no deseaba otra cosa, contestó afirmativamente, y acto seguido buscó dos compañeros, entrando los cuatro á una habitación contígua. El mozo del Nene trajo enseguida la baraja y el correspondiente porrón de vino, y los jugadores se sentaron al rededor de la manta que hacía las veces de tapete de la mesa.

—Vamos á ver si apuramos tres reomas,—dijo Coscorrones, sentándose á propósito enfrente de una ventana para ver el camino que se descubria desde aquel sitio:—me paece que en una hora bien podemos dar fin á seis cuartillos, entre cuatro presonas, sin que náide se maree.

Y púsose á jugar sosegado, tranquilo en la apariencia, levantando la vista cada vez que oía pasos ó ruido al otro lado de la ventana, pero siempre con cierto disimulo y como una cosa muy natural.

A las pocas partidas, por cierto perdidas por Coscorrones, oyóse el trote de un caballo, y vió pasar al Lanero con su áire de perdonavidas. Para disimular la emoción que le produjo la vista de su rival, cogió el porrón con mano febril y dejó caer sobre su boca el chorro delgado del pitorro, pero con tan poco acierto, que la mayor parte del vino le cayó sobre la cara y la

pechera de su almidonada camisa, haciendo reir á carcajadas á sus compañeros.

Contestó él con otras risas forzadas y palabras chispeantes, y el juego continuó con toda la paz y tranquilidad que era de desear en aquellos momentos.

Con efeeto, Juan acababa de pasar en dirección á la casa del tío Roque, para continuar sus galanteos con Mariquita. Coscorrones creía ver en la actitud resuelta del Lanero una provocación, convenciéndole de que ya no debía vacilar en sus propósitos.

—¿Lo has visto?—exclamó uno de los mirones.

—¿A quién?—preguntó Coscorrones, aparentando no comprender la interrogación.

—A ese, al fachendoso.

—Sí, á Juan,—añadió otro de los jugadores:—¡y qué retijante que va!

Y Coscorrones rió de nuevo, y de nuevo también empinó el porrón, como para relevarse de contestar y hacer ver que aquello no le importaba nada.

Como el mes de Noviembre tocaba á su terminación, los crepúsculos eran cortos y frios, y las costumbres de la época imponían á los morigerados y amantes de sus deberes la obligación de retirarse á sus casas antes que desaparecieran aquellas débiles ráfagas de luz.

Sólo quedaban en el ventorrillo los viciosos ó los vecinos más cercanos, cosa inevitable en cuanto á los primeros, aunque el Nene les recortaba las raciones de la bebida y estaba siempre ojo avizor espíando hasta sus más pequeños movimientos para evitar un disgusto, si surgía, por desgracia, alguna pendencia.

Salió Coscorrones, como todos, y tomó la dirección de su casa; pero cuando hubo perdido de vista el ventorrillo, desplegó su manta embozándose hasta los ojos, colgó el cayado en su brazo izquierdo, y torció hácia el camino, costeando el Malecón hasta llegar al pié de la Casa de los Tablachos en donde termina el dilatado paseo.

Era el sitio y el momento que había buscado para cortar aquel nudo que no podía desatar.

Allí iba á ajustar sus cuentas con el Lanero y á jugar su porvenir y su vida. ¿Para qué esperar más tiempo? Lo que había de ser, que fuera cuanto antes, pues cada dia que transcurriera podría ser una ventaja para su rival.

Acudían á su memoria, en confusión revuelta, todos los recuerdos de las escenas de amor que habían agitado dulcemente su pecho en horas más tranquilas; y aquellas imágenes risueñas, llenas de encantos y atractivos, en vez de halagarle como otras veces, servían ahora para enfurecerle y atormentarle, porque veía que la felicidad, la dicha que tanto había anhelado con el cariño de Mariquita, era ligera bruma que el viento de la desgracia deshacía, llevándose con ella para siempre todos sus esperanzas.

Y aquella situación le ahogaba, enardeciendo su cerebro, como si se hallara próximo á estallar por el dolor que le causaba, y bramaba de furor, ahogando rugidos, en medio de las sombras de la noche.

Como una media hora habría pasado, cuando se oyó el trote del cabalto del Lanero que se retiraba hácia Espinardo. Arrimóse Coscorrones cuanto pudo á la pared, y dejó caer el embozo de su manta para que le quedaran libres los brazos.

De pronto y al cruzar Juan por delante de él, dió un salto tremendo, y cogiendo con su diestra hercúlea las bridas del animal, le hizo parar en seco, gritando con acento terrible:

—¡Abajo, Lanero, abajo! tenemos que hablar.

Sorprendido éste por la súbita aparición de su rival y por la brusca sacudida del caballo, vaciló en los estribos y estuvo á punto de venir al suelo; pero reponiéndose al instante y dándose cuenta de lo que pasaba, espoleó el bruto, que no pudo moverse por la fuerza con que lo sujetaba Coscorrones.

—Atrás, déjame paso,—dijo levantando los ramales como para descargarlos sobre la cabeza de su rival.

Pero Coscorrones respondió á su amenaza con otra más grande, y Juan entonces bajó del caballo, y presentando sus manos desarmadas, exclamó:

—Aquí estoy. ¿Qué quieres? ¿Vienes á asesinarme?

—Yo no soy un asesino ni tampoco un ladrón como tú lo eres pa mí. Yo vengo á platicar y á que nos entendamos, y si no nos entendemos, uno de los dos ha de ser el que güelva con vida á su casa.

—¿Y pa eso sales al camino, de noche, en uu escampiao como éste, acigüetándome como el lobo al cordero, cuando has podía platicar conmigo á la luz del dia y con solo dicirme una palabra?

—Te aspero aquí, porque sé que eres un cobarde y que no hubieras querío oirme en parte nenguna, valiéndote de tu fachenda pa despreciarme y quearte como un pavo de hinchao. Pero te dequivocas, fantesioso: yo no tengo onzas como tú; pero tengo corazón pa dejarte atravesao en medio de estos bancales.

—Pos entoces ¿por qué me haces que me abaje del caballo? ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que me oyas de una vez pa toa tu vida, aquí, cara á cara y de hombre á hombre.

—Puedes platicar lo que quieras.

—¡Y tanto! como que dista los sordos me han de oir.

Y enseguida, bajando la voz, y aproximándose al Lanero, dijo:

—Por más que lo sabes y no nesecitas que salga de mi boca, sepas y entiendas que lo que yo quiero es que al irte á tu casa esta noche, sea pa que no güelvas más por estos parajes, antes tranquilos y hoy regüeltos por tu presencia. Quiero tamién que no te acuerdes de Mariquita ni del santo de su nombre, y que me lo jures, no aquí, sino viniéndote conmigo pasos atrás, ante el Cristo del Calvario que está en comedio de este Malecón. De no hacello así, encomiéndate á Dios ú á Barrabás ú al preste Juan de las Indias, porque aquí mesmo te mato.

Y diciendo y haciendo, sin escuchar las palabras que balbuceaba su rival lleno de confusión, volvió la espalda al Lanero, golpeó fuertemente con su callosa mano las ancas del caballo que esperaba dócil á cuatro pasos de distancia, y el noble bruto, excitado por aquellas señales, arrancó al galope en la direc-

ción que su dueño le había marcado desde su salida de la casa del tío Roque.

Aquel acto de energía desconcertó por completo á Juan. Las últimas palabras de Coscorrones y el verse desamparado de su cabalgadura, le convencieron de que su enemigo estaba resuelto á todo y que no era de los que para cortar un árbol se entretienen en quebrar sus ramas ni arrancar sus hojas, sino que derecho se iba con el hacha á romper sus raices. Pero, queriendo defenderse hasta el último extremo, y no teniendo ninguna voluntad de acceder á los mandatos del otro, dijo, luego que Coscorrones se volvió hácia él:

—Mira, tú estás muy acalorao, y si te serenaras un poco, verías que no tiés razón pa ponerte así conmigo.

Le dolía infinito tener que renunciar á la posesión de Mariquita, de aquella mujer de priviligiada hermosura por la que tantos sacrificios había hecho y estaba dispuesto á hacer, y bramaba á la vez de furor, al verse dominado por un ente tan insignificante, como siempre le pareció aquel huertano, y que en tal ocasión tomaba ante sus ojos las proporciones de un gigante.

¿Nó habia presumido alguna vez la llegada del momento de una entrevista como aquella, meditando razones que, en su sentir, habían de convencer y aun anonadar á su contrario? ¿Nó se presentaba ahora la oportunidad para asegurar en definitiva su triunfo, ya que tantos obstáculos quedaban deshechos por el imperio de su voluntad?

—Yo te diría,—prosiguió, procurando dar á sus palabras una entonación dulce,—que las cosas han venío así, porque así se han presentao; y si te sosegaras pa ponerte en lo justo, tamién te diría que en jamás de los jamases me hubiera atrevío á dicir una palabra á Mariquita, de haber sabío que la casa estaba acupá por tí.

—¿Que no lo sabías? ¡Con qué descaro mientes! ¡A mí! ¡juné! náide me hace las entrañas con embustes!

—Que no lo sabía, Paco, que no lo sabía, y te digo la pura verdá.

—Acuérdate de cierto báile, la primera vez que fuiste á la

casa del tío Roque, y de otras cosas que han pasao dimpués.

—No acierto lo que con eso quiés dicirme, pos yo vide á Mariquita hace muncho tiempo y tomé lenguas pa acercarme á ella. Hoy siento por la zagala lo mesmo que tú sientes, y anque me paece, y te lo digo con franqueza pa que veas que cuento la verdá en tó lo que estamos platicando, que por abora ella te quiere algo más que á mí, pónte tú en mi caso, y díme si sería razón que yo te dijera lo mesmo que me estás diciendo tú.

—Pos mira: no andemos con arrodeos pa que nos desapartemos de lo que aquí me ha traido, que eso no lo conseguirás. Ni que ella te quiera poco ni muncho, no es cosa que tenga que ver ná con lo de abora: la custión es que ella me quiere á mí y yo á ella, que yo me alanté sin saber si tú vivías en el mundo, y que estando acupao el sitio por mi presona, no consiento bien á bien ni mal á mal que tú me quites el lao, porque, pa que así sucediera ¡juné! sería mester primero que me rompieras la cabeza ú que la tierra se juntara con el cielo. Conque ya lo sabes. ¿Lo quieres más claro toavía? Más grano y menos paja. Yo he venío á lo que he venío, y sepas y entiendas que de vacío no me güelvo. U te largas pronto de aquí á uña de caballo y me juras ante el Cristo del Malecón que no vendrás en tu vida ni que pensarás más en lo que es mío, ú aquí mesmo, sin que rechistes, me como tus tripas lo mesmo que si fueran un bizcocho de serení.

—Pero hombre...

—No hay hombre ni pero que valga ¡juné! La pacencia *me se* va acabando, y estoy cansao de andróminas y de cataplasmas.

—Que te digo que estás acalorao.

—Déjate de acaloramientos.

—Es que Mariquita...

—¿Lo juras?

—Yo no puedo jurar eso.

—Mira que te mato, Juan: mira que tengo la sangre frita y *me se* achicharra el corazón.

—Dices eso, porque me ves desarmao.

—Pos sin armas: tóma.

Y siguiendo la acción á la palabra, arrojó hácia atrás el cayado con la mano izquierda, levantó el brazo derecho nervudo, fuerte, como la maza de un titán, y descargó aquella mano nudosa y ancha sobre la cara del Lanero, produciendo un sonido seco como el de un cuerpo duro que rebota sobre una tabla.

Vaciló Juan en sus piés, y tambaleóse su cuerpo como el de un borracho. Pero como no era cobarde, aquella agresión violenta, aquella bofetada terrible, le despertó el coraje con el dolor y la vergüenza, y abalanzándose á una piedra voluminosa que se divisaba un poco más allá en medio de la vía, la cogió y la arrojó contra la cabeza de su adversario, con toda la ira de su alma.

Pero sea que en su atnrdimiento no apuntó bien, sea que Coscorrones tuviera tiempo para separarse, lo cierto es que el enorme proyectil pasó rozando sólo la cabeza del huertano, llevándose por delante nada más que un girón del pañuelo que rodeaba aquel promontorio de cabello y un trozo de piel de la oreja, como de una pulgada.

Sin embargo, Coscorrones sintió un dolor agudo como el de una quemadura, y al ver que su enemigo apelaba á las armas, se inclinó sobre el cayado, cogiólo por la contera, blandiólo en los aires como una espada, y aunque no pudo dar de lleno, porque Juan en su instinto de conservación tuvo tiempo de dar un salto hácia atrás, alcanzóle en el costado y hombro izquierdo con tal fuerza, que el Lanero dió una vuelta en redondo y vino al suelo sin exhalar el más pequeño grito.

—Tú te lo has querío,—dijo contemplando aquella masa inerte que se destacaba obscura sobre el color ceniciento del camino:—¡Dios te haiga perdonao!

Y sin alterarse; más bien como hombre que se ha descargado de un peso que le abrumaba que como delincuente que acababa de herir, tal vez de matar, á un semejante suyo, volvió á colgar su cayado en el brazo izquierdo, sin cuidarse de su propia herida, requirió la manta llena de polvo que estaba al pié de la tapia del Malecón, y embozándose en ella, subió las gradas del paseo, y por el estrecho terraplén que conduce á la población, se deslizó como una sombra.

La noche estaba clara y serena: multitud de estrellas brillaban en el firmamento, como una granizada de diamantes y rubíes esparcidos en la inmensidad, y una brisa sutil soplaba del lado del Norte, refrescando la ardorosa frente del mancebo donde hervían los pensamientos como las partículas de metal en el fondo de un crisol.

Cuando llegó á la ermita del Calvario, paróse como retenido por una fuerza superior. Descubrió su cabeza, lleno del más profundo respeto, y arrodillóse frente á la rejilla de la puerta, por donde se percibía la tibia claridad de una lámpara que alumbraba la obra maestra del mejor discípulo de Salzillo. Allí rogó fervorosamente por el eterno descanso de Juan, á quien equivocadamente creía haber matado, y pidió á Dios perdón de aquel acto que había excedido del límite de sus deseos y al que había ido impulsado por una pasión terrible que le devoraba el corazón, por más que no le remordiera demasiado su conciencia, á cáusa de considerar su acción con bastante fondo de justicia.

En su ignorancia y en su piedad, mezclaba su propia acusación con su propia disculpa, como si fuera juez de sí mismo; pero el sentimiento de compasión flotaba por encima del enmarañamiento de sus ideas, y hasta derramó algunas lágrimas por la memoria del infortunado Lanero, que sirvieron para calmar bastante su nerviosa excitación.

Cuando se levantó y cubrió su cabeza, bajó la cuesta que por el costado de la ermita conduce al camino, y allí se perdió pronto entre las sombras de los bancales.

CAPITULO XV

Venganza

La aparición del caballo sin ginete en la casa del Lanero, alarmó á toda la familia y soliviantó á los dependientes.

El tío Jeromo, entre arranques de dolor y de ira que le desgarraban el pecho, no perdió un solo instante de tiempo, y puso en movimiento á todos los criados, disponiéndose él mismo á buscar á Juan y á averigüar la cáusa de aquel accidente funesto.

¿Sería posible que aquel corcel tan manso, tan dócil, excogido por sus benignas cualidades para la seguridad de su dueño y que tantas veces había recorrido el camino, sin contratiempo alguno, hubiera despedido al ginete de la silla en un momento de espanto? ¿Podría ser acaso que la traidora emboscada de algún ratero, una agresión tal vez del despechado Coscorrones, hubiera privado de la vida á su hijo, entre los horrores de la obscuridad y del desamparo?

A esta última conjetura, sin saber por qué, se aferraba la torturada imaginación del desgraciado padre, por juzgarla más

verosímil que las otras, como si á gritos se lo dijeran los latidos de su corazón; y á medida que tomaba cuerpo tal idea, golpeábase con furor y juraba vengarse de una manera cruel que satisficiera la inmensa pesadumbre que le abrumaba.

Conociendo la ruta que su hijo solía seguir en el trayecto que mediaba entre Espinardo y la casa del tío Roque, ordenó que engancharan una tartana. Una vez puesto en camino, y acompañado de dos criados á pié, se dirigió hácia el punto que pretendía, haciendo que sus dependientes inspeccionaran á cada instante y con minuciosidad todo el terreno por donde cruzaban.

Crecía la ansiedad del padre á medida que se iba acercando al sitio de su dirección, y su inflamada imaginación se caldeaba, girando en un vértigo de ideas que le privaba por completo del raciocinio.

Al llegar los sirvientes á la Casa de los Tablachos, vieron un bulto obscuro que se movía fatigosamente junto á un bancal de hortalizas, y no dudando de que sería Juan, acercáronse á él, y con efecto, hallaron al mancebo que había vuelto en sí del aturdimiento que le produjo el golpe, y que con gran trabajo se pudo arrastrar hasta sentarse al pié de una corpulenta morera.

Menos apenados por verle con vida, pudieron apreciar, á poco de observarle, que no tenía herida ninguna, pero no podían ponerle derecho, porque se encontraba magullado. El tío Jeromo hubiera cambiado de opinión, volviendo á la primera de sus conjeturas, si al preguntar uno de los mozos nombrando á Coscorrones, no se hubieran animado de pronto los ojos de Juan, y con un movimiento brusco medio se levantara del suelo, borbotando expresiones injuriosas contra el agresor.

Entonces fué el redoblarse el furor del padre á la vista de la desgracia y de la ofensa, y ordenó la traslación pronta del hijo á la tartana, á fin de volver á escape á Espinardo y buscar al médico para entregarlo en sus manos inmediatamente.

Así se hizo, y pasaron todos la noche velando al enfermo, mientras el tío Jeromo meditaba su venganza.

Coscorrones también se encontraba agitado y febril. Jamás

había pensado en otra cosa que en el trabajo, y el desgraciado incidente que había alterado el orden pacífico de su vida le tenía en tensión tal de nervios, que ni pudo dormir durante la primera noche, ni los actos que verificó al siguiente dia manifestaban lucidez en su imaginación.

Durmió, sin embargo, aunque con intermitencias á la segunda noche, y todavía no alboreaba, cuando sintió unos golpecitos que alguien daba en la ventana de su habitación.

Despertóse sobresaltado, y abrió las maderas para ver quién era el importuno que le robaba una hora de descanso, cuando con gran asombro y sorpresa vió en persona á la misma tía Patanga, á la bruja misteriosa, envuelta en sus harapos, oliendo á miseria, con la hediondez que Coscorrones atribuyó á sus untos.

—¿A qué viene osté?—preguntó malhumorado el mancebo, —¿ha dejao osté ya la escoba en que montaba pa ver al macho cabrío?

—Mira, Coscorrones,—contestó la pobre vieja:—éste no es momento pa chanzas, y cuando yo vengo á tu casa y á estas horas, es pa algo que te conviene muncho y nó pa que me recibas de esta manera.

—¿Pos qué es lo que pasa?

—Aquí no te lo puedo dicir: vístete de contao, y sin que náide te vea, echa á correr á mi casa, que allí te aspero pa que platiquemos un rato de una cosa que es de muncha importancia y que te urge.

Y dejando á Coscorrones con la palabra en la boca y lleno de confusión, desapareció, dirigiéndose á su choza, á través del arbolado, evitando las sendas al descubierto para no ser vista por algún madrugador.

Volvió á enmarañarse la imaginación de Coscorrones y tuvo un momento de vacilación y de duda, pues lo extraño de la visita y el sentido misterioso que encerraban las frases de la tía Patanga, no eran para otra cosa. Pero á pesar de su indecisión, vistióse apresuradamente, y después se salió por el postigo de la barraca. Desde allí, dando un largo rodeo para despistar á quien pudiera observarle, llegó á la casa de la vieja

por el lado opuesto al que parecía corresponderle, y se coló en el chirivitíl, sin decir una palabra, arrinconándose en un ángulo de la pared.

Le latía con violencia el corazón, y presentía alguna desgracia. Parecía que la sombra del Lanero, levantándose de repente ante sus ojos como un espectro amenazador, le acusaba de asesino ante Dios y los hombres, y aquel pensamiento, ahondándole hasta lo más profundo del alma, borraba el recuerdo de su adorada Mariquita, como obscurecen las estrellas los negros nubarrones que cruzan por el espacio en una noche de tempestad.

Luego que la tía Patanga vió á Coscorrones escondido en su choza, sentóse ella en el haraposo jergón de su lecho, por no tener otro asiento más cómodo, y con voz que al mancebo le pareció la de una Sibila, prorrumpió:

—Oye, Coscorrones: tú me has hecho muncho daño: tú me has perseguío de muerte como á un perro rabioso, porque *te se* metió en la testa que yo había traido la fiebre amarilla; y anque sé que sigues pensando mal de mí, yo voy á degolverte bien por mal, alvirtiéndote de un peligro que corres, pa que tomes pronto las medías que tú creas convinientes.

Quedóse Coscorrones helado ante la introducción de aquella especie de discurso que le iba á espetar la tía Patanga, y quiso hablar dos ó tres veces; pero sus labios se movieron inútilmente, porque su lengua, rígida y seca por el terror, negóse á articular la más ligera frase.

—Yo sé,—prosiguió la bruja,—que andas huío porque hace dos ú tres dias has aporreao de muy mala manera á Juan el de Espinardo.

—¿Pero nó murió?—interrumpió bruscamente Coscorrones, cortando el hilo de la palabra á su interlocutora.

—Nó,—continuó ésta:—está mejor, pero tié que guardar cama por mandato del médico: dentro de un par de semanas, ú acaso menos, ya podrá salir á la calle.

Lanzó Coscorrones un suspiro de satisfacción, al oir aquel pronóstico, y dijo á renglón seguido:

—Pos miste, tía Patanga, acaba osté de quitarme un peso de

encima, porque creí de verdá que lo había enviao al otro mundo, y dista he rezao por su alma más de veinte Padres-Nuestros. ¡Al cabo que el tabanazo que le metí era flojo!

—Sí, ya sé que fué muy grande y que si vive el Lanero es por una casualidá, pos tú le habías dao tó lo suyo pa que hiciera el viaje sin dicir «esta boca es mía». Pero, en fin, el caso es que vive y aquí encomienza tó lo que tengo que contarte.

—Pos platique osté y eche por esa boca lo que tié dentro ¡juné! que á eso he venío dimpués del susto que me ha colao.

—Como que el caso no es ni más ni menos que pa asustarse.

—¿Pos tan grande es lo que va osté á dicirme?

—¿Que si es? Tú no puedes figurarte dista ande llega el reconcomio de angunas presonas.

—Supongo que la cosa no será de hombre á hombre, porque si eso fuera, maldito lo que había de temer: he probao que sé dar garrotazos y gofetás, ¡juné! y si me echo en la faja un par de medios ladrillos ú anguna pelailla de rambla de dos ú tres libras, á cuarenta pasos le sarto los sesos al más pintao.

—No, hijo: por ese lao vas mal. No se trata de ver si tiés mejores ú peores puños, que de eso náide dice ná. Lo que tengo que contarte es de más intinción y solapa, y te pué costar más caro que lo que tú te figuras.

—¿Es que le han dao parte á la justicia?

—Más que tó eso.

—Pos no lo compriendo, tía Patanga.

—¿Nó lo compriendes? Ascucha: ayer estuvo platicando el tío Jeromo con el señor Corregior de Murcia ¿y á que no sabes lo que ha dicho de tí? Pos ha dicho que eres un acomisionao del francés; que al general no sé cuántos, que tié un nombre muy revesao, le has llevao una carta y destruciones de unos que quieren que vengan pa acá los de Pepe Botellas, y tamién le ha dicho que eres de los que azotan á Cristo y un hereje por el dinero que te han dao.

Coscorrones lanzó un rugido, y exclamó:

—¿Y ha tenío valor ese hombre pa acumunarme tantas maldaes?

—Lo mesmo que me estás ascuchando á mí.

—Pero eso es una infamia, tía Patanga: eso no pué salir más que de un corazón de tigre y de una boca de condenao, y el hereje y el afrancesao será él y serán tos los suyos. Yo me peleé con su hijo, cara á cara, sin herramientas ¡junema! y si metí mano al gayao, fué porque él me tiró un santigüeñazo con una piedra de media arroba, que me dejó aquí la señal en esta oreja. Y tó, por cosas de hombres, porque yo quiero que Mariquita sea pa mí y no pa él, porque las de este lao deben ser pa nusotros, y nenguno de los de acá va al pueblo pa quitalles las novías á los de Espinardo.

—Tiés razón, Coscorrones, tiés razón, y yo estoy de tu banda, porque dices la pura verdá.

Guardaron silencio por breves instantes. El sol, que comenzaba á romper las brumas de la noche, enviaba sus rayos primeros de un amarillo pálido, blanqueando las ennegrecidas paredes de la pobre choza, y aquella luz débil que hacía estremecerse de júbilo á la extensa huerta, parecía iluminar el cerebro del atribulado huertano para hacerle ver con mayor claridad los horrores de su situación.

¡El afrancesado, cuando palpitaba su corazón de odio contra los enemigos de su patria, habiendo arrostrado pocos dias antelos mayores peligros, para avistarse con el general Blake y ens tregarle unos pliegos de grandísima importanciá! ¡El hereje, cuando su entusiasmo por la religión le llevaría hasta el sacrificio de su propia vida, como los primeros mártires de Roma, si alguien se hubiera atrevido delante de él á hablar mal de Dios, de la Virgen ó de los Santos! Aquello era inaudito, inconcebible, propio no más de corazones ruines y miserables que buscaban una venganza en las tinieblas, por no medirse con él frente á frente y á la luz del día.

Pero, en medio de todo, tenía sus dudas. La imaginación le daba vueltas como un loco dentro de su jáula de hierro, y quería razonar en una exaltación que aniquilaba sus intentos de raciocinio, excitándole los nervios que le vibraban como en el cuerpo de un azogado.

¿Pero, cómo había sabido la tía Patanga todo aquéllo? ¿Se-

ría por devolverle el terror que él infundióle en cierta noche memorable, cuando la epidemia se cebaba en la huerta y en la población, hacinando víctimas para calmar un tanto su insaciable voracidad? ¿Era tal vez la venganza de la bruja, aprovechándose de las tristes circunstancias que imposibilitaban los brios de un mancebo tan esforzado?

Y como en aquel momento, sin darse cuenta, pensaba á voces y manifestaba sus interioridades por completo, la tía Patanga oyó la pregunta, y respondió con cierto tono chancero:

—¿Que cómo lo he sabío? ¡Vaya una inocentá, muchacho! ¿Pos nó sabes, sigún tú mesmo dices y crees, que yo soy bruja, y que las brujas penetran por las paeres de las casas y se enteran dista de lo que rezan los papeles, manque no sepan leer?

El terror de Coscorrones subió de punto con esta contestación, y estuvo á punto de echar á correr, huyendo de aquel sitio maldito. Pero al intentar levantarse, sus fuerzas le abandonaron, y quedó como enclavado allí, en aquella postura incómoda que le sujetaba los músculos y le destrozaba los nervios.

—Pos mira, muchacho,—prosiguió la tía Patanga, continuando con la seriedad que había mostrado desde el principio y manifestando la compasión que sentía por Coscorrones.—Ni me chanceo, ni aquí hay ná de brujería. Sepas y entiendas pa tu gobierno, que la mujer del señor Corregior es hija de los amos que tuvo mi primer marío, y como me he queao tan probe y nesecito de tanta caridá, angunas veces recurro á esa señora que es muy güena cristiana y que me quié bastante. Como ella es tan llanota, me hace entrar en su habitación que está al lao del despacho de su esposo, y cátate que ayer, cuando fuí á pidille angún socorro, estaba abierta la puerta que separa las dos habitaciones, y vide entrar al tío Jeromo que es pariente del señor Corregiór. y lo uí tó, tuiquio, queándome hecha una pieza de confundía y aturullá. La güena señora creiba que me había dao angún trastorno por la dibilidá, y me hizo pasar al comeor pa que su criá me diera una taza de caldo, que por cierto me sentó muy bien, y Dios se lo pague.

—¿Y osté no vido ni oyó más?

—Sí, hijo mio: vide que el señor Corregiór apuntaba en un

papel tu nombre y lo que le dicía el tío Jeromo, y lluego uí que le dijo á otro caballero que allí se encontraba, que esta mañana bien trempano saliera con dos alguaciles y te emprendiera y te llevara atao no sé ánde, y por eso mesmo he querío darte aviso pa que te ascondas ú pa que veas lo que más te conviene.

Inclinó la cabeza Coscorrones, pálido y con los ojos fuera de las órbitas. La gravedad del caso le amedrentaba, porque contra lo que la tía Patanga le había dicho, sus fuerzas eran impotentes; pero al rato se irguió como pudo, y dijo á media voz:

—Como no sea aquí, no sé ánde irme ni asconderme, tía Patanga.

—Nó: aquí nó:—contestó la vieja:—hay otra parte más segura y una presona que pué defenderte mejor que yo.

—¿Y cuála es esa parte y esa presona?

—¿Nó te lo figuras? Pos el convento del Carmen. Allégate allá, y puesto que te conoce el pae Melchor y te tiene güena voluntá, le cuentas el caso y tus angores, y él te dirá de siguía lo que más te convenga.

—¡Ay! Dios se lo pague á osté, tía Patanga: Dios se lo pague y se lo dé de gloria, por el bien que me ha hecho. Ya veo que es osté güena cristiana y que he sío un bruto de primera al acumunalle las brujerías que...

—No te acuerdes de eso, muchacho: estás perdonao pa aquí y pa elante de Dios, y yo siempre te he querío muncho. Pero no pierdas tiempo, no sea que se haga tarde: echa á correr pa el Carmen sin que náide te vea, que dentro de un rato platicaré con tu padre, y tó se lo contaré.

No se hizo Coscorrones repetir el consejo. Púsose de pié con agilidad, porque ya la vieja no le inspiraba terrores, y desdoblando la montera para esconder bien la cabeza y la cara, liándose en la manta que desplegó en toda su longitud, y encorvando el cuerpo para desfigurarse en lo posible, buscó el amparo de los espesos cañavelares y luego las sendas de direcciones distintas, y antes de diez minutos llegó al portillo del León, por donde siguió el pretil del río hasta cruzar el puente y penetrar en el barrio de San Benito.

Una hora llevaba el sol de alumbrar á los míseros mortales,

cuando Coscorrones, jadeante y convulso, llegó al convento; y como sabía que en aquel sitio se encontraba perfectamente seguro, recobró en pocos instantes su serenidad y su arrogancia, mirando el peligro frente á frente, y como desafiándolo, por creerse lejos del alcance de todas las infamias. Anunciόse al P. Melchor, y poco después encontróse en la presencia del reverendo.

Oyó con mucha atención el carmelita el relato que á la ligera le hizo Coscorrones, y no dejó de alarmarse un tanto, á la vez que de indignarse por el proceder del tío Jeromo. Las notas de traidor y de hereje, en aquella época tan azarosa y excepcional, eran las más infamantes que podían manchar la reputación de una persona, y nadie podía calcular hasta donde llegarían sus funestas consecuencias. El espinardero había sabido tocar un resorte de importancia y de éxito seguro, y era preciso no descuidarse ni perder tiempo para cortar en su origen la calumnia.

Pero por lo pronto, para destruir los temores que todavía pudiera llevar en su ánimo aquel pobre fugitivo, bastábale saber, como no ignoraba de antemano, que estaba bajo la protección de la Iglesia, pues el refugio de un convento era inviolable, y sus fueros siempre habían sido respetados por la autoridad civil. Allí quedaría el mancebo amparado, hasta que el P. Melchor se orientara bien del rumbo de los sucesos y encontrara la solución más favorable para que el pobre huertano recobrara su reputación, y con ella su libertad.

El se encargaría de todo con la actividad que el caso requería, respondiendo de la inmunidad de Coscorrones, pues antes de llegar á agredir al huertano, tendrían que pasar por encima de su propio cadáver, seguro como estaba de la inocencia de un hombre tan inhumanamente perseguido.

Por lo pronto, el P. Melchor instaló á Coscorrones en su celda, y luego de celebrar su misa y de tomar su jícara de chocolate con una gran bandeja de mogicones de que hizo partícipe al mozo, salió á la calle y se entró en Murcia para avistarse con el Corregidor y tener con él una larga conferencia.

El Corregidor era afable y cariñoso, pero esclavo del cum-

plimiento de su deber. Los tiempos tan excepcionales daban á su autoridad una fuerza incontrastable y una amplitud como la de un pequeño rey, y tenía tan arraigados los sentimientos de patria y de religión, que rayaban en el delirio. Por eso ¿quién podia abogar mejor por un supuesto delincuente que un ministro del Señor y un representante de aquella agencia de patriotismo hispano, que levantaba y sostenía ejércitos, oponiendo la cogulla á la espada del vencedor de Essling y Wagran, hasta hacerla vacilar en las manos del coloso?

Un hábito monacal era la mejor garantía, lo cual, unido á las poderosas razones que adujo el P. Melchor, hizo que pronto el Corregidor se convenciera del engaño de que había sido víctima, deplorando el abuso que se había hecho de su buena fé para satisfacer una venganza personal. Dolióse de que se aprovecharan altos sentimientos sin consideración á lo que representaban en aquellos momentos llenos de zozobra, y prometió imponer una crecida multa al tío Jeromo, á pesar de su parentesco, como sanción por haber faltado tan insidiosamente á la verdad.

En vista de aquel resultado, revocó las órdenes dadas el dia anterior para que quedara sin efecto la busca y captura de Coscorrones, absolviéndolo de toda mancha que pudiera empañar la honra de un ciudadano que tenía dadas repetidas pruebas de religiosidad y patriotismo.

Pero quedaba la segunda parte que no tenía nada de benignidad. Si por espíritu de justicia no llevaba á efecto la prisión de Coscorrones, en cambio, no podía menos de dar un fallo correspondiente al delito que el mismo P. Melchor le refiriera, por más que no carecía de muchas atenuaciones que en aquel momento tenía en consideración. Según convenio hecho con el general Villacampa para reclutar gente y engrosar la pequeña división que en Murcia estaba reorganizando, debía ser incorporado á las filas del ejército todo el que públicamente delinquiera, siempre que el hecho careciera de importancia y por esta razón exigia la filiación de aquel mozo. Además, según se desprendía del relato del P. Melchor, Coscorrones había de ser un hombre de pró, que era lo que en el ejército se necesitaba,

y á la vez que se haría un bien á la patria proporcionándole un valiente y esforzado mozo, se evitaría un mal que necesariamente surgiría si los dos rivales en amor volvían á encontrarse, como así era de temer.

No agradaba aquel remate al carmelita. Veía excesivo rigor en el castigo, y sentía privarse de un joven que hubiera representado un buen papel en la falanje de defensores del Barrio que se estaba formando en el convento, por ser cada dia más ciertas las noticias de que se aproximaban los franceses. Razonó, rogó, pero nada obtuvo. ¿Qué hacer, cuando, por otra parte, el Corregidor había sido generoso, anulando las terribles órdenes que al huertano tanto daño le hubieran hecho?

De todos modos, también se servía á Dios y á la pátria en el ejército, y ¡quién sabe si aquello era aviso del cielo, para que las cosas vinieran á caer de tal manera y no de otra! La cuestión principal era que Coscorrones se había salvado de una ignominia y de un castigo tremendo, que podía mostrar erguida y descubierta su frente y que el Lanero se veía burlado otra vez, después de la lección que el huertano le diera para probar la fortaleza de su brazo.

Claro que él (el P. Melchor) no se opondría á los designios del tío Roque, porque aquello no era de su incumbencia; pero haría cuanto pudiera en la casa de Mariquita, mientras que Coscorrones seguía su suerte, para que no quedara el campo completamente libre y á disposición de Juan. De esta manera endulzaría en lo posible la amargura del huertano y renovaría su recuerdo en la mente de Mariquita, para que no se debilitara el fuego sagrado de aquella pasión tan noble y tan pura.

El P. Melchor regresó al convento, satisfecho á medias, y comunicó á Coscorrones el precio á que había sido perdonado por parte del Corregidor.

No agradó tampoco al huertano la solución que tan arbitrariamente daba el representante de la autoridad; pero ¿qué podía hacer él contra un criterio erróneo de quien tanto podía y valía en aquellas circunstancias, y á quién, en medio de sus rigores, todavía tenía mucho que agradecer, siquiera por haber depuesto su terrible actitud, á la sola iniciativa de la persona

que había representado sus derechos? Bajó su cabeza, triste y resignado, y se entregó lleno de dolor en los brazos de su destino.

Al dia siguiente Coscorrones quedó filiado como soldado de la patria, y la única prenda militar que distinguía su persona, era una enorme gorra de cuartel, que vino á sustituir á su pañuelo anudado y á su montera de gastado terciopelo.

CAPITULO XVI

El dia de Inocentes

A pesar de la guerra que continuaba con creciente ardor en casi todas las provincias; á pesar de los amargos recuerdos de la epidemia, que no se había extinguido por completo en la vecina ciudad de Cartagena ni en otros puntos; á pesar de la gran escasez de recursos para el sustento que hacía presentir muy en breve un período de hambre con todos los horrores de tan cruel necesidad, el pueblo hacía todo lo posible para desechar sus tristezas y se aprovechaba de cuantas ocasiones se le presentaban para divertirse.

Era un buen recurso para no desmayar en aquellos trances difíciles, y las autoridades procuraban alegrar al pueblo, á fin de contrastar y compensar en lo posible sus penalidades y amarguras.

Se sabía positivamente que el general Soult, hermano del mariscal Duque de Dalmacia, se movía por las provincias andaluzas en dirección á las de Levante, con un cuerpo de diez mil hombres y que antes de un mes caería sobre Murcia.

Pero ¿por qué desmayar, si aquel movimiento era cosa na-

tural de la guerra? Privarse de diversiones, era añadir un mal á otro mal, y en el balance de los sucesos, lo mismo el pueblo había de tener al sumar sus desgracias, mientras que algo menos contaría si cercenaba sus expansiones, cuya supresión no recaería seguramente en beneficio de nadie.

Había llegado la Páscua, y con ella algo del movimiento y alegría propios de tal época en que se conmemora el nacimiento del Redentor. Se celebraban Misas de Gozo en las iglesias, se cantaban villancicos en la Catedral, se oían acordes de guitarras, sonidos de panderetas, coplas de aguinaldo y carrasclás de postizas en muchas casas. Las cuadrillas de animeros recorrían las calles, y se pedía para las cofradías, para los particulares y para los necesitados que no eran pocos, por desgracia.

La huerta reflejaba la alegría algo forzada de la ciudad, y se bailaba y se cantaba de lo lindo, luciendo las zagalas sus mejores refajos y pañuelos, y los mancebos sus mantas nuevas y sus monteras de estreno, amén de sus botonaduras colgantes de plata, con aquel cascabeleo que sonaba á gloria desde distancia de veinte pasos.

El tío Roque, que no tenía otro motivo de disgusto que la resistencia de su hija á las relaciones amorosas del Lanero, autorizó á Ambrosio para organizar báiles y juegos bajo aquel emparrado, completamente desnudo, que no impedía ya penetrar libremente los benéficos rayos del sol á través de los retorcidos sarmientos de la trepadora planta.

Juan, completamente restablecido y libre de la sombra de Coscorrones, tomaba parte á diario en las fiestas caseras de su suegro futuro, y hasta participó, en la mesa de éste, de la comida del pavo con arroz y de las tortas con almendras y piñones, como en recompensa de un suntuoso regalo hecho á Mariquita de unas grandes arracadas de oro con esmeraldas y puntitas de diamante, y una hermosa peina de plata con adorno de amatistas. ¡Vaya! ¡Aquello era cosa de príncipes!

Pero Mariquita, si bien se mostraba agradecida á los obsequios y á las constantes pruebas de afecto que el espinardero le daba, no olvidaba al pobre Coscorrones que se había sacrificado por ella, viéndose amarrado á la inexorable ordenanza: todo

por defender sus derechos, sus preferencias en el corazón de la preciosa huertana.

¡Cuánto había sentido ella el incidente de Coscorrones y el Lanero, referido de boca en boca, y la venganza cruel del tío Jeromo! ¡Cómo le desgarraba el corazón la ausencia del joven querido, expuesto á los feroces trances de aquella guerra maldita que no acababa nunca, como si dos naciones hermanas tuvieran el bárbaro placer de exterminarse mútuamente!

Pero se resignaba, ya que no podía hacer otra cosa, y se enteraba con mucho gusto de los consejos que al tío Roque solía dar el P. Melchor, cuando había una oportunidad, con la intención visible de que no se estrecharan demasiado las relaciones del Lanero, y para que no se extinguiera en aquella casa el recuerdo de Coscorrones.

Lo que más disgustaba á Mariquita era el haber aceptado su padre la invitación del Lanero para asistir al báile de Inocentes en Espinardo; y una vez allí, no podría rehusar el formar pareja con Juan á la vista de todo el mundo. Aquella noticia correría como una exhalación y llegaría á los oidos de Coscorrones, tal vez desfigurada, y el verdadero amante sufriría horriblemente, porque la creería infiel y olvidadiza de sus promesas, sin penetrar el móvil de tal acto ni adivinar las angustias que ella había sufrido.

Para calmar un tanto sus temores y disgustos, hizo que su madre la acompañara en la madrugada del segundo día de Pascua á la iglesia del Carmen para confesar con el P. Melchor, y luego que la joven descargó su conciencia en el sagrado tribunal, pidió consejo á su confesor, quedando satisfecha, porque el buen carmelita le ordenó no contrariar á su padre en aquel acto, encargándose él de manifestar á Coscorrones el motivo de todo, en una de las visitas que el otro casi diariamente le hacía.

Por eso, cuando llegó la tarde del veinte y ocho de Diciembre, Mariquita montó en una tartana con sus padres y hermano, luciendo su mejor traje y sus más brillantes joyas, como una reina que se disponía á una fiesta de honor, y el tío Roque la miraba cariñoso porque iba á presentarse en Espinardo con

aquella belleza que era su hija ¡la hija querida de su alma!

No estaba el pueblo tan animado como en igual dia de los años anteriores; pero contenía más gente y desplegaba 'más bullicio que lo que las circunstancias permitían. Habían acudido menos carruajes de Murcia, y la ancha carretera que une la capital con su extensa barriada, no estaba tan poblada de paseantes y curiosos ni de admiradores de las bellezas femeniles, encanto y vida del celebérrimo báile, el más clásico y el más original de todos los partidos de la huerta.

Desde las dos de la tarde, se había comenzado á formar un gran corro en la plaza de la iglesia, y templaban las guitarras, bandurrías y violines los tocadores de tales instrumentos, mientras repiqueteaban algunas postizas las manos de las muchachas, y el cura y el hermano Mayor de la cofradía, con algún ayudante, exponían en una mesita las piezas de mazapán que habían de rifarse. Allí estaba también el cajón donde se recogiera el dinero de las pujas que, con el nombre de misas y á dos reales una, habían de ofrecerse por bailar con tal ó cual moza, ó por el gorro que había de encasquetarse cualquier persona para servir de diversión.

Esperaba el Lanero á la entrada del pueblo, y luego que llegó la tartana y se apearon los huertanos, colocóse al lado de Mariquita y con ella se adelantó hasta el corro, lleno de orgullo, causando la admiración de todos los circunstantes.

—¡Qué hermosa zagala!—exclamaban algunos con entusiasmo.

—¡Vaya una pareja tan igual!—decían otros, con la envidia retratada en sus ojos.

Y Juan se pavoneaba satisfecho, más que por él, por Mariquita, por lo mismo que ella veía y oía que él era persona que también tenía su mérito y que hacían entre ambos un todo completo.

La llegada de los jóvenes fué como la señal del báile, y dió principio éste por unas parrandas de innumerables parejas que casi llenaban la plaza. Después comenzaron las pujas.

La presencia del Lanero al lado de Mariquita, si no impedía los deseos de bailar con la joven, imponía cierto respeto, por-

que el bolsillo de Juan era algo temible, y no todos se encontraban en condiciones de contrastarlo. Sin embargo, no faltaron asociaciones y ligas de bolsas, y hasta el cura y el mismo hermano Mayor, comprendiendo la conveniencia de excitar el ardor y el amor propio de algunos para tener buen ingreso en el cepillo de las Animas, hablaron con varios jovenes y les echaron en cara su tacañería.

No necesitaron más para enardecerse, y cuando Juan, después de poner un duro en la bandeja y de comenzar un báile de malagueña con Mariquita se disponía á danzar la segunda copla, una voz fuerte y robusta apagó los sonidos de los instrumentos, y gritó, parando el báile:

—¡Alto! Treinta misas por bailar yo con esa moza y porque Juan baile con aquélla.

Y señaló á una vieja y fea que se encontraba en primera fila.

Juan, sin volver la cabeza hácia el sitio que el postor señalaba, contestó rápidamente:

—Sesenta porque sea al revés y porque el que ha hablao se ponga el gorro.

El cura se frotaba las manos de gusto. Aquello iba entrando en calor, y la gente celebró á carcajadas la oportuna contestación de Juan.

Posible es que el pujador, tomando á broma lo del báile con la vieja, se hubiera resignado á ser vencido, con tal de ver al Lanero sacar seis piezas de á veinte; pero lo del gorro le hirió en lo más vivo del alma, porque no podía tolerar él ser objeto de diversión. Lo que él se había propuesto, que era agotar poco á poco el bolsillo de su contrario y sobrepujarle en la última apuesta para tener el gusto de bailar con Mariquita, no podía verificarse ya, porque lo del gorro había salido á relucir, y la ley de la costumbre en aquella fiesta era incontrastable.

Pero queriendo poner en un brete á Juan, por si acaso no podía salirse con la suya, dijo:

—Pos otras treinta encima, pa que sea lo que yo he dicho, y lo del gorro pa él.

—Eso es poco,—replicó el Lanero:—cien por abora, y lluego veremos.

—Pos tamién es poco: ciento cincuenta y que rebiente el diablo.

La puja se había formalizado ya. Nadie reia, porque los ánimos estaban suspensos ante la formidable testarudez que nunca se viera igual. Bien es verdad que Mariquita merecía tales esfuerzos; pero ¿por qué había de cruzarse la vanidad en el tradicional y simpático festejo?

El tío Roque gozaba igualmente, como Ambrosio y la tía Rosario; pero comprendía que, aunque ganaran mucho las Ánimas, no debieran perder tanto los bolsillos.

Miraba el Lanero á su antagonista como hombre que conocía la superioridad de sus medios pecuniarios, y dijo con tono chancero para excitar su amor propio:

—Súbe, súbe, hijo, que lo que es yo ni soy diablo ni rebentaré, anque te encarames en la veleta de la torre. Tú das ciento cincuenta, y yo diez más pa que estén contentas las probeticas Animas del Purgatorio.

—Güeno, corriente: pos yo dista las doscientas pa que ellas bailen de gusto.

—Y yo cincuenta encima, y otras cincuenta dimpués de las que tú pongas.

—Pos házte cuenta de que he contao otras cincuenta antes que tú, y abora veinte más que hacen justas y cabales trescientas cincuenta misas.

Setecientos cuarenta reales, que era el importe de las misas ofrecidas en aquella contienda, significaban entonces un capital de consideración, y la gente comenzaba á disgustarse, porque aquello no podía dar resultados pacíficos. Hasta el cura sentía ya recelos por el coraje que los contendientes desplegaban y empezó á aconsejar templazas y á que continuara el báile que estaba bastante tiempo suspendido.

La pobre Mariquita, en vez de sentirse halagada, por ser objeto de tanta codicia, bajaba su cabeza ruborosa y llevaba á sus labios los cordones de las postizas, mordiendo su borlaje, y

plegaba y desplegaba su delantal de raso azul hasta arrugar el encaje de la orla.

—Güeno,—exclamó el Lanero, como para concluir:—puesto que náide sabe dista ande llega mi bolsillo, y estas cosas no pasan de hombrás que á nenguno puén resentir, yo ofrezco cubrir cuatrocientas, y punto acabao si no me suben más.

—Pos que güen provecho te hagan, que me paece que bien merecen cuarenta duros la pena de bailar yo con el gorro y con la pareja que te quería dar.

Un murmullo de satisfacción por parte del público acogió aquellas palabras, y la orquesta volvió á tocar la malagueña, mientras Juan sacaba de su faja diez monedas de cuatro duros.

Entonces un *inocente*, ó sea un mamarracho lleno de vino, tiznado de almagre y hollín, y blandiendo una escoba, encajó el gorro en la cabeza del rival del Lanero, y otro *inocente* condujo á la vieja, que también se había enlazado sus postizas, como si fuera una de las mozas jóvenes que presenciaban el espectáculo.

A la vez que esto sucedía, el sacristán de la parroquia repartía casi forzosamente, á dos cuartos, papeletas para la rifa de las piezas de mazapán que habían de sortearse cuando terminara la primera parte del báile ó sea la malagueña que se danzaba en aquel momento.

El tío Roque tomó como dos docenas de papeletas, y otras tantas el tío Jeromo que se había unido á su presunto consuegro, lo que no dejó de admirar á las sencillas gentes que cerca se encontraban, algunas de las cuales juntaban cuartos sueltos y hasta ochavos para quedarse con algunos números, codiciosas de las vistosas piezas que campaban entre banderitas y flores de papel.

Mientras tanto el Lanero bailaba con júbilo indecible. ¿Sería cierto que Mariquita pudiera haber olvidado ya á Coscorrones, prefiriéndole á él, vencida por sus constantes pruebas de cariño? Verdad que no ostentaba Mariquita ninguna prenda de las que él le había regalado; pero tal vez sería por escrúpulos de niña mimada, por capricho acaso de mujer resentida que deseaba cubrir las apariencias y no manifestar bruscamente una tran-

sición; pero pronto se amansaría la fiera y sería al fin suya !suya para toda la vida!

Y Mariquita se violentaba al tener que mover sus piés y castañetear sus postizas al compás de los instrumentos. No desechaba á Coscorrones de su imaginación, y si bien por ley incontrastable de la naturaleza, la medicina del tiempo iba haciendo en su corazón los efectos consiguientes, había tantos rescoldos en su alma, que bastaba la menor ráfaga de viento para levantar grandes llamaradas de aquella hoguera no extinguida.

Sin embargo, en esos momentos comparaba, y ya se sabe que las comparaciones en matería de amor son el principio de la debilidad y de las concesiones. ¿Sería al cabo, contra su voluntad, la esposa del espinardero? ¿Nó recibiría su corazón las caricias de aquel otro hombre á quien la fatalidad alejaba, para ir aproximándola al que su padre quería para yerno, tal vez porque así lo había dispuesto Dios en sus designios incomprensibles?

Que bajo el punto de vista material no sería desgraciada con el Lanero, se lo decía su propia conciencia. El daba pruebas de quererla, y luego ¡era tan rico! Pero súbitamente se le aparecía el tío Jeromo denunciando á Coscorrones con una calumnia infame, y veía á su verdadero novio, desesperado y triste, refugiarse en las filas de los patriotas para borrar las huellas de la acusación.

Y entonces odiaba á Juan y fruncía sus ojos, sin poder disimular la aversión que experimentaba.

Así pensaba aquella pareja que tan igual parecía á los espectadores, y abstraidos en tales ideas, concluyeron la série de trenzados, saltos y repiqueteos en honra y gloria de las Animas benditas.

Cuando terminaron, el tío Roque no quiso que se quedaran para presenciar la rifa del mazapán. Había aceptado la invitación de tomar leche cuajada con que el tío Jeromo dispuso obsequiarles, y no podían perder tiempo si se habían de aprovechar luego de los claros del crepúsculo para retirarse, y hacer

menos sensible el frío de la noche en la soledad desapacible de la huerta.

Así se hizo, y cuando entraron en la casa del tío Jeromo, á donde también concurrieron apuestos mozos y muchachas guapas para dar más importancia á la escena, allí fué de ver la abundancia de comestibles propios de tales dias que, como un derroche de lujo, se presentó en opípara y bien adornada mesa, no tanto para obsequiar como para deslumbrar á la familia del tío Roque.

Bien se veía que lo de la cuajada era un pretexto, un plato al fin, pues las tortas y los mantecados, las piñonadas y los mazapanes, las peladillas y los turrones, las jaleas y los dulces en almíbar, llenaban bandejas, fuentes, compoteras y platos en grupos vistosos como en la más repleta confitería. ¿Qué no había de merecer la más hermosa de las huertanas, la excogida de Juan, en un dia como aquél, memorable por la festividad y por ser el que había de señalarse con piedra blanca, como engrandecido por la presencia de Mariquita en la morada del Labrador?

No disimulaba el tío Jeromo el inmenso júbilo en que rebosaba su corazón, y chispeaban sus ojos de alegría, como si el perfume de amor que parecía exhalar la bella hija del tío Roque, bañara su espíritu en una como embriaguez de celestiales delicias, reflejando el espinardero, hasta en los más pequeños detalles de sus actos, todo el gozo que le causaba la vista de la joven, perla que pensaba engarzar en el oro de su propia fortuna, como joya de altísimo valor.

Todo esto excitaba la vanidad del tío Roque, que miraba con verdadera fruición aquellas muestras de altas simpatías, presagio de un futuro bienestar, que es la suprema aspiración de todos los padres; y la misma Mariquita, templando sus asperezas, á la vista de los obsequios y de las galantes y cordiales atenciones que recibía á cada momento, sentía como un dulce mareo que la mecía blandamente entre los brazos de una felicidad ansiada vivamente por su alma, y ahogaba suspiros que Juan tomaba como misteriosos emisarios de aquella dicha por la que venía afanándose en el transcurso de tantos meses.

Y allí, en la intimidad de dos familias que se aproximaban para formar una sola, se pasó un rato feliz, y hasta la huertana olvidó por un momento sus penas, y siguió comparando (¡misteriosa naturaleza humana!) como si en los platillos de una balanza pusiera toda la felicidad que podía disfrutar con el amor de Coscorrones, y la que le ofrecía Juan, cuyos propósitos eran rectos, con su pingüe fortuna que más de algún alto señor de Murcia hubiera envidiado.

Cuando el sol escondió su disco tras los montes azules del Poniente, el tío Roque dió la orden de marcha, y la tartana se aproximó. Montaron los huertanos en el vehículo, y luego de despedirse cordialmente y de estrechar Mariquita la mano del tío Jeromo y ¡hasta la de Juan!, tomaron el camino de Murcia, llevándose las más gratas impresiones y quedándose los otros con dulces esperanzas, como si la senda fatigosa que el Lanero recorría se hubiera despojado súbitamente de las espinas y abrojos que la enzarzaban.

El báile había terminado con la ausencia del sol. La gente se desparramaba y se extendía como un hormiguero, y las tartanas y los coches comenzaron á rodar en direcciones distintas, mientras entre el murmullo que tantas personas y cosas en movimiento producían, se oían coplas de aguinaldo y de malagueña y de algún paño á media voz, como la últimá manifestación de aquel festejo tradicional, nota saliente y distinguida de las costumbres murcianas.

Cinco minutos escasos llevaría la tartana del tío Roque de rodar por el camino, cuando vióse de pronto, por el lado del Norte, una gran polvareda, acompañada de un ruido seco y monótono que sobresalía por entre el bullicio de los transeuntes.

Acercábase aquel rumor, creciendo en intensidad, como una ola que se dilata, y pronto distinguieron una columna de caballería que caminaba á trote lento, yendo gran parte de los ginetes á medio uniformar, como tropa reclutada á la ligera, sin suficiente armamento ni vestuario.

Era el regimiento que se venía formando en Murcia para reorganizar la corta y maltrecha división de Villacampa, al cual

regimiento había sido incorporado Coscorrones, como buen ginete y con un brazo capaz de sostener el sable más pesado y blandirlo como una pluma.

Como la mayor parte de aquellos soldados eran bisoños, tenía interés Villacampa en ejercitarlos casi diariamente en maniobras en las llanuras que hay más allá de Espinardo, pues el tiempo apremiaba y era preciso que adquirieran pronto alguna disciplina y costumbres militares, por si llegaba el dia en que hubieran de sostenerse siquiera contra las aguerridas legiones de Napoleón.

Aunque la luz del crepúsculo se iba extinguiendo y el polvo que los caballos levantaban robaba algo de aquella escasa claridad, bastaban los últimos reflejos del día para que se destacaran bien los ginetes, por no ir muy agrupados. Algunos de ellos fueron conocidos, y al cariñoso saludo que hacían, la gente de á pié respondió frenéticamente con vivas á la pátria, al rey y á la religión, no faltando vítores á Murcia y algunos *mueras* á los franceses, que son siempre las inocentes expansiones del pueblo.

Entre los últimos de la columna, iba Coscorrones, erguido, arrogante, con su grandiosa gorra de pelo y su uniforme casi completo. Tenía aspecto más varonil y distinguido que cuando usaba los blancos zaragüelles ó el calzón á media pierna, y parecía un veterano que infundía valor con su presencia imponente y magestuosa.

Con ese instinto peculiar que poseen las mujeres, adivinóle primero Mariquita, y luego lo conoció al cruzar el ginete por delante de la tartana. Involuntariamente inclinó y sacó el busto fuera del vehículo, porque á ello le impulsaba una fuerza desconocida que le hizo olvidarse de cuanto le rodeaba y que hasta borró de su mente todas las impresiones de la tarde, y le saludó con su blanco pañuelo, menos blanco que su faz que en aquel momento se había demudado por la pena.

Después rodaron por sus mejillas dos lágrimas abrasadoras que brotaron de sus ojos encantadores, y lanzó un suspiro que le salió de lo profundo del alma.

El tío Roque vió aquella muestra del dolor de su hija; y co-

mo padre al fin que sabe apreciár las amarguras de un corazón, tuvo para ella una mirada compasiva y guardó silencio, volviendo la cabeza á otro lado para aparentar que era completamente ageno á todo, como si nada hubiera visto. Después tornó á mirar hácia Murcia, y siguió con los ojos al regimiento que se alejaba en dirección á la ciudad, entre oleadas de polvo y crespones de sombras que por momentos se iban espesando.

CAPITULO XVII

Los franceses

El movimiento del ejército francés desde Andalucía á las provincias de Levante, apoyado por tropas de la Mancha y columnas salidas de Madrid, había determinado, en principio, una retirada sobre Valencia del ejército español que mandaba en jefe D. Joaquín Blake.

Era este general el más entendido de cuantos defendían la cáusa nacional; pero era á la vez el más desgraciado de todos. Obligado primero por la Junta Central y después por el Gobierno de Cádiz á la comisión de grandes empresas, concebía planes muy acertados; pero no podía llevarlos á efecto por tropezar con las dificultades de una no muy buena administración, y lo que era peor aún, con la falta absoluta de condiciones en la tropa que á sus órdenes iba, compuesta siempre en sus cuatro quintas partes de soldados bisoños, asustadizos en el combate y débiles para las marchas rápidas que son siempre en la guerra un considerable factor.

Es cierto que su ejército llegó á componerse de cuarenta mil hombres; pero entre ellos sólo había unos ocho mil que podían

llamarse verdaderos soldados. Los demás, más bien que un elemento guerrero, eran una impedimenta.

Por esta razón, el orgulloso Soult, contando con el apoyo de la Mancha y Madrid, no temía avanzar con diez mil veteranos, muchos de los cuales habían participado de los laureles de Ulma y Austerlitz, y otros conservaban recientes recuerdos de Eylau y Friedland entre los hielos y nieblas de Polonia.

Para marchar Soult al alcance de Blake, necesitaba la posesión de Murcia, como una base de aprovisionamiento; pero ésta no podía ser duradera, mientras en la inexpugnable plaza de Cartagena tremolara la bandera amarilla y roja de los españoles. Aunque comprendía el general francés que no conseguiría resultado alguno, quiso hacer un amago y tantear la suerte, para ver si por uno de los inexplicables azares de la guerra, adquiría la suerte de apoderarse de la ciudad de Asdrúbal y dar así un golpe de muerte á la cáusa de la nación.

Con efecto, aparentando á mediados de Enero dirigirse al centro de la península, hizo una marcada demostración hácia el territorio de Albacete, y cuando creyó haber confiado en aquel plan á los españoles, corrióse sigiloso en sentido contrario y apareció en los campos de Cartagena, sin que nadie lo sospechara, intentando sorprender la mezquina guarnición que en la plaza existía.

Pero sus cálculos le salieron fallidos. Bastaron algunos certeros cañonazos del fuerte de la Atalaya para desmontar la primera batería que Soult mandó colocar frente á la población, y con tal motivo no quiso perder un tiempo que necesitaba para operaciones más fáciles y de mejor resultado, ordenando inmediatamente levantar el campo y proseguir su marcha hácia Murcia, dando vista á la capital en la tarde del veinticuatro de Enero.

Por fortuna para los franceses y por desgracia para la cáusa nacional, Murcia no tenía condiciones de defensa. Sin un débil muro que la resguardara siquiera, era accesible por todos sus puntos. Sólo algunos conventos y casas de sólida construcción con una docena de cañones de campaña, era cuanto la ciudad podía ofrecer para oponerse al empuje formidable de los inva-

sores. Ni aun hubiera sido eficaz la inundación de la huerta, soltando los diques de la Contraparada, como aconteció un siglo antes, cuando las tropas austriacas bombardearon á Murcia desde Espinardo, al intentar su marcha á Andalucía. Los tiempos y las circunstancias habían cambiado, y aquella locura repetida, perjudicando siempre á Murcia, no hubiera dado los resultados que se deseaban.

Por otra parte, como la mitad de la juventud murciana se encontraba en las filas del ejército y de las partidas guerrilleras ó había perecido recientemente en la terrible epidemia de la fiebre amarilla, y no existían armas bastantes para el escaso paisanaje que quedaba, comprendió Villacampa que nada podía hacer para impedir la entrada de los enemigos, exponiendo á la ciudad, si se resistía, á las consecuencias de un saqueo horroroso, en cuyos extragos los franceses se complacían, como lo habían demostrado en otros puntos, desbordando de sus entrañas un odio cruel que superaba en muchísimo á su gran pericia en el arte militar.

Que habría luego acusaciones injustas, bien lo comprendía el general español, mayormente cuando desde tantos meses atrás venía intentando preparar una defensa y confiando á los exaltados patriotas; pero había llegado el momento, y faltábale toda clase de recursos, sin poder hacer efectivas las promesas, y no era ya tiempo de detenerse, cuando las banderas imperiales asomaban por las cumbres de la vecina montaña.

Además, la recluta de los conventos, que era una esperanza, por falta de personal no había dado los resultados apetecidos, y hasta el soñado batallón del barrio de San Benito, que tanto entusiasmo excitó algunos meses antes, no contó con cien hombres en las listas, y de estos sólo acudieron á empuñar el fusil unas dos docenas, cuando corrió la voz de que los franceses se aproximaban.

Teniendo presentes estos datos, prudente el general español, no quiso hacer frente al enemigo, sino que á toda prisa formó su escasa división en la que sólo tenía de buenas tropas el regimiento de Guadalajara, y emprendió con tiempo una retirada

lenta, para poner siempre una jornada de distancia entre los dos ejércitos contrarios.

Con este motivo, el pánico que se apoderó de la ciudad, fué indescriptible. Cuando sus habitantes vieron el desfile de los que debían ser sus defensores, todos querían huir al mismo tiempo, y en un momento se produjo una confusión tan grande, que la misma falta de serenidad entorpecía las maniobras y equivocaba las disposiciones que se daban, tomando cuerpo el terror hasta llenar por completo las imaginaciones.

Aturdía el golpear de las puertas que se cerraban con estrépito, y corrían los tímidos alborotando la vía pública, creyendo encontrar á cada paso destacamentos franceses que les salían al encuentro, á pesar de las leguas de distancia que los separaba todavía.

Por aquí y por allá las mujeres lanzaban ayes lastimeros, y el llanto de los niños parecía una sonata desgarradora de tonos agudos. Los hombres que conservaban algún valor proferían imprecaciones en el arrebato de su furia, y se apresuraban á empaquetar sus halajas, papeles y efectos de fácil conducción. Rodaban los carros sobre el empedrado rebotante y por las calles de tierra, empujados más de la mitad por sus dueños, en defecto de caballerías, desplegando unas fuerzas nerviosas y potentes como de personas atacadas de locura, y notábase por todas partes un trastorno tan inmenso, como si hubieran sonado desde lo alto de los cielos las trompetas del Juicio final, congregando á todas las generaciones para verificar al acto terrible de la consumación de los siglos.

Después de equiparse todos á la ligera ó de tomar de cualquier modo disposiciones, juntábanse unos y otros en las plazas, buscando compañas gratas y consoladoras de amigos ó parientes, y allí arreglaban y aseguraban fardos y bultos, y procuraban orientarse para saber á dónde podrían dirigirse con mayor seguridad.

¿Cuánto tiempo estarían los franceses en Murcia? ¿Continuarían su marcha por la puerta de Castilla ó por la de Orihuela? No podían responder con exactitud; pero todos convevían en que era preciso dejar á cierta distancia las carreteras é

internarse en los campos de Fortuna y Abanilla ó torcer por el camino de Beniel y desembocar en la esplanada que principia á la bajada del puerto del Garruchal.

Y entre tanto no se encontraban comestibles. Los pocos que existían, vendíanse á precios fabulosos, porque los tenderos no querían perder el valor de lo que después había de ser pasto gratuito de los invasores ó del incendio, y no les convenía presentar á los franceses sus tiendas y bodegas vacías para no irritar su natural irascible y vengativo.

Al mismo tiempo, las tropas de Soult, en lo alto del puerto de la Cadena y descansando de sus fatigas, contemplaban gozosos la extensa ciudad con su torre gigantesca, parecida á un inmenso ramillete de flores en medio de un océano de verdura, para tomar posesión de ella al dia siguiente.

Muchos indivíduos de las órdenes monásticas, y entre ellos la mayor parte de los carmelitas, se trasladaron precipitadamente al convento de San Jerónimo de la Ñora; y como el P. Melchor y el P. Aniceto habían sido los propagandistas más activos de la cáusa nacional, huyeron también por temor de una denuncia, pues, aunque pocos, existían desgraciadamente algunos afrancesados, y era conveniente sustraerse á la venganza de aquellos malos españoles.

También la alarma cundió por la huerta, aunque no en las mismas proporciones que en la ciudad, porque lo desparramado del caserío era una defensa para sus habitantes. Sin embargo, no por eso se abandonaron allí las medidas de precaución, y el tío Roque, después de esconder en un sótano bien disimulado el trigo y el maiz de la última cosecha, que guardaba con gran interés porque el hambre comenzaba en algunos puntos á hacer de las suyas, cavó un hoyo profundo en cierto sitio de su corral y metió allí sus halajas y dinero, cubriéndolo con un piso fuerte que no acusaba la menor señal de lo que ocultaba.

El viejo huertano pasó la noche vigilante y lleno de zozobra. Por la mañana muy temprano se reunió con sus vecinos, y tomando por la cuesta del Calvario, ganó el terraplén del Malecón, para presenciar, desde la esquina del convento de San Francisco, la entrada de los franceses por el puente de Murcia.

Su ardor patriótico, á la vez que su curiosidad, le impulsaba á verlo todo y no quería que nadie le refiriera luego los sucesos que tanto suelen desfigurarse en el rodar de las narraciones.

Ambrosio, acompañado del Lanero, que había acudido con un criado suyo que fué soldado en la guerra del Rosellón, unióse al grupo del tío Roque, porque no quería ser menos patriota ni curioso que su padre.

Desde los primeros claros del dia, dejóse sentir una helada muy fuerte que cubrió de negra escarcha los bancales de hortalizas y de los nacientes trigos, y cristalizó en las regaderas y azarbes el agua que discurría. Aquel golpe de muerte dado á la cosecha, coincidía con el movimiento sobre Murcia de las tropas enemigas, como si por arte diabólico se enlazaran dos males de consideración para formar un todo de desgracia y desconsuelo. ¿Qué faltaba para completar la série de calamidades?

Y sin embargo, aquello sólo era el preludio, el principio de lo que después había de arrancar lágrimas de dolor. Aún había de correr sangre en abundancia, y todavía pesaría sobre la ya pobre ciudad una enorme contribución de guerra, pues el ¡*vae victis*! de los romanos y el *quia nominor leo* de la fábula repetíanse sin descanso en los ejemplos crueles de los que, para escarnio de la moral y del progreso, se llamaban á sí mismos pomposamente propagadores de la civilización.

Desde lo alto de las gradas del paseo, pudieron ver los hnertanos cómo desembocaban en primer término extensos grupos de caballería, semejantes á interminables hileras de fantasmas de aspecto aterrador. Rasgaban el espacio los agudos sones de los clarines, mientras reperentía por todas partes, como una sorda trepidación, el ruido de los cascos de los corceles y el batir de las aceradas váinas de los sables sobre las monturas; y cuando parecía que toda aquella avalancha de ginetes había pasado hácia la ancha ronda de Levante, llegaban nuevos escuadrones, graves, severos, reflejando los rayos del sol en el hierro de sus corazas, y continuaba el ruido estridente parecido al de las aguas al precipitarse por la azud de San Francisco,

mientras las enormes filas iban extendiéndose á lo lejos como un río caudaloso que se desborda.

Luego avanzó el Estado Mayor general con Soult á la cabeza, y á continuación las baterías de campaña, aquellos cañones que habían tronado en todos los campos de Europa, cruzando con sus armones resonantes, sus enhiestos ginetes y sus secciones de á pié, y el ruido era entonces más retumbante, como continuado rugido de leones que dejaban entrever su fuerza en el sonido seco de su voz.

Después, y con la arrogancia y magestad que les daba su propio é indiscutible valor, pasaron, uno tras otro, en inmensa columna, los regimientos de infantería, al compás de las guerreras marchas de sus bandas musicales, con sus banderas tricolores desplegadas, algunas con jirones gloriosos del tiempo del consulado; y entre aquellas masas compactas y aguerridas que habían escrito inmortales páginas en la historia, y que morían sonriendo, no por el esplendor de su patria, sino por el de un déspota inflado de soberbia y vanidad, confundíanse multitud de nacionalidades que obedecían serviles al vencedor, por no haber sabido defender, como los españoles, su dignidad y su independencia.

Aterrados y confundidos, presenciaban los huertanos aquel desfile de diez mil hombres, número mayor de soldados juntos que habían visto en toda su vida, y eso que en el barrio de San Benito quedó una brigada para ocupar ciertos puntos estratégicos y custodiar gran parte de la artillería y los carros del convoy que fueron colocados en la alameda donde años más tarde se construyó el jardín de Floridablanca.

Ambrosio, el Lanero y el veterano del Rosellón querían, no obstante, seguir presenciándolo todo, aunque el espectáculo les desgarraba las entrañas, y cuando el tío Roque y sus vecinos se retiraron, dirigiéronse los tres al Arenal donde todavía veíanse formados en columna algunos batallones, y paso entre paso, dieron con sus personas en la Casa Consistorial que había sido ya ocupada por un numeroso destacamento de franceses.

No pasaron los huertanos del portal, por serles negada la en-

trada, de un modo bastante brusco y agresivo; pero vieron y oyeron desde allí lo bastante para enterarse de lo que querían saber, confundiéndose con otros hijos de Murcia que también habían acudido en alas de la curiosidad.

Miraba el paisanaje con recelo las apretadas filas de los invasores, que iban aclarándose poco á poco, á medida que, á la voz de mando de sus jefes, abandonaban por compañías aquel sitio para marchar á los puntos donde se las iba alojando.

—Ocho regidores,—decía uno de los paisanos,—con el Corregidor y el secretario, están en sesión permanente desde anoche en la Sala capitular. Acaban de presentarse á ellos unos oficiales con órdenes draconianas del general francés.

—¿Y qué es lo que quieren?—preguntó otro de los curiosos del grupo.

—Una friolera: lo primero, alojamientos, tanto en las casas particulares como en los edificios públicos, sin exceptuar éste mismo donde quedará una compañía de retén. Después, provisiones en abundancia, para lo cual van á poner en movimiento á todos los dependientes del municipio. Por último, que quede en comiso todo el grano existente en el Almudí, donde hay un considerable número de miles de fanegas.

—¿Y de dinero?

—Como si fuera poco dejarnos sin pan, se exige que el mismo Corregidor, por su mano, entregue al obscurecer en el palacio del señor Obispo, que es la morada que ha excogido Soult, la suma de quinientos mil reales, sin un ochavo menos, bajo la pena de un saqueo general si no se obedece el mandato en todas sus partes.

—Ya veo que no se ha descuidado el francés en pedir pronto, y todo lo que le parece.

—¡Qué cosas trae la guerra!

—¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos sean ahora y siempre los enemigos de España!

Y los dientes de los curiosos rechinaban con rabia, y despedían fuego sus ojos, lanzando miradas provocativas á los inmóviles granaderos que custodiaban la puerta del edificio.

Llenóse Ambrosio de coraje, al escuchar estas noticias que

llegaban como frios puñales á lo más hondo de las entrañas de los oyentes, y dijo por lo bajo al criado de Juan:

—¿Pero es posible que nó haiga quien corte una ocena de cabezas franchutas antes del escurecer?

Antes de contestar el ex-soldado, miró á todos lados con disimulo, y después, llevándose aparte á los dos mozos, para no ser de nadie oido, murmuró con todo el sigilo que las circunstancias exigía:

—Tó no se pué hacer como se quiere, y pa ciertas cosas hay que andar con pié de plomo, como aquel que dice. Yo que estoy acostumbrao á ver tropas en guerra y que me encontré en la batalla de Truillas donde le soltamos al francés una paliza de padre y muy señor mio, sus digo que á estos sordaos no se les pué meter los deos así como así; pero si teneis hígados, podiamos hacer una cosa.

—Tú dirás lo mejor.

—Pos lo mejor es dar media güelta y largarnos á nuestra casa.

—¡Tóma! ¡tóma! ¿Y eres tú el que fuiste al Rosellón con el general Ricardos?

—Cálla y ascucha. Nos golvemos á la casa, y diciendo allí que pa esta noche nos nesecita en Murcia anguna presona prencipal pa un asunto de secreto, ú echando otra escusa parecía, ú haciéndonos los mundíos y pillando pipa así que escurezca, nos traemos angunas herramientas que corten y punchen bien y que no hagan ruido. Dimpués, liaos en nuestras mantas, nos metemos por esta calle ú por la otra, y yendo argo defisaos, no llamarémos la atención. ¿Me habeis comprendío?

—¡Vaya si te compriendo!—contestó Ambrosio, y añadió dirigiéndose al Lanero:—¿Y tú qué dices?

—Que está muy bien pensao y muy bien dicho, y ya que el general Villacampa nos ha dejao á tós en las astas del toro, es mester que hagamos algo que sea sonao pa dalle en la cara.

—Pos yo,—replicó Ambrosio,—de lo que más tengo gana es de envialle á Perico Botero unos cuantos herejes de estos gabachos rabiosos y desventuraos.

—Pos no hay más que hablar... y andando.

Y diciendo y haciendo, desde la esquina de la Casa Consistorial donde se encontraban los tres mozos, tomaron rápidamente el camino de la huerta, en espera de la llegada de la noche.

A poco, los grupos de curiosos fueron disueltos por los granaderos franceses, y los paisanos se retiraron con el odio retratado en sus semblantes, y bañados de ira sus corazones.

CAPITULO XVIII

Noche sangrienta

No estaban muy cansados los franceses, porque la jornada había sido bastante corta, y con el reposo que tomaron durante el resto del dia, se encontraron al final de la tarde con ganas de andar y ver lo que ofrecía la población.

Una de las primeras disposiciones de Soult fué ocupar los puntos principales de la ciudad con destacamentos más ó menos nutridos, según la importancia del sitio, y colocó guardias en todas las avenidas de la huerta.

Las fuerzas principales estaban reunidas en los grandes edificios que podían defender el paso del puente, entre el Arenal y el barrio de San Benito, tomando estas medidas por pura fórmula militar, pues nada podía temer del escaso y maltrecho ejército español que había huído, no considerándose bastante fuerte para cambiar con los invasores media docena de disparos siquiera.

Habíase obligado al Corregidor á que ordenara que las tabernas y tiendas de comestibles estuvieran abiertas hasta media noche, y como los soldados no podían dominar sus aficio-

nes al mosto español, desde el obscurecer desparramáronse por las calles de la ciudad, silenciosas y desiertas, y asaltaron los tenduchos de vino, donde *gratis et amore Dei*, porque se consideraban en país conquistado, se sorbían los vasos colmados, con la avidez y fruición de los que se habían acostumbrado á desterrar de sus conciencias, á ejemplo de su emperador, todo sentimiento de justicia.

Como no abrigaba el general francés ningún género de temores ni existía la posibilidad de ser sorprendido, no dispuso que la tropa se encerrara en sus respectivos alojamientos, y en cambio hizo, como suele decirse, la vista gorda, dejando en libertad á los soldados para que husmearan por los rincones de la población, y sacaran de la victoria todo el partido que pudieran

Ambrosio y sus compañeros acechaban un momento oportuno para lanzarse á las peligrosas aventuras, después de convenir allá en la huerta en un plan que dirigió con su experiencia el ex-soldado del Rosellón.

El Lanero estaba exaltado hasta lo increible. Hacía todo lo posible por apartar de la memoria de Mariquita el recuerdo de Coscorrones, de aquel pobre recluta que se hallaba destinado á jugar su vida en los campos de batalla, y quería también arriesgarse, luchar y hasta vencer, para demostrar á la preciosa joven que no esquivaba los peligros, exponiendo, como el otro, su existencia, y sabiendo unir con el amor que sentía por la huertana el amor del patriotismo que inflamaba todas las fibras de su corazón.

Mucho había ahondado en el corazón de Mariquita, según se deducía claramente de ciertos actos de la huertana, en algunos de los cuales no se notaban asperezas ni rozaduras; pero estaba convencido, bien á su pesar, de que no ocupaba allí el lugar preferente que tanto ansiaba. Siempre engreido con el mérito que se atribuía, achacaba ahora el motivo de su relativa inferioridad á la compasión que inspiraba Coscorrones, más que al arraigo de la pasión de su rival en el espíritu de aquella mujer.

Preciso le era, por lo tanto, destruir aquella compasión con

actos de importancia que hicieran resaltar su propia persona, para que, sin necesidad de vestir el uniforme de la milicia, viera todo el mundo que arrostraba el peligro del plomo enemigo, como todo buen ciudadano, al sentir el gemido de la madre común que llamaba á sus hijos para defenderla de las manos de la tiranía.

De esta manera, á la vez que satisfacía los anhelos de su conciencia, es seguro que conseguiría evitar comparaciones desfavorables para él, impidiendo al mismo tiempo, por medio de un sacrificio, que un acontecimiento cualquiera hiciera revivir súbitamente el fuego de la hoguera no extinguida en el pecho de su amada.

Pretextando Juan que se marchaba á Espinardo con su criado, y aprovechándose Ambrosio de una serie de circunstancias que le presentó la casualidad, reuniéronse los tres en el terraplén del Malecón y se dirigieron á la ciudad por uno de los huertos que enlazan el paseo con la calle del Mesón de Juan Antonio. Desde ese punto, liados en sus mantas y preparadas las terribles navajas que habían de blandir en breve, se internaron en la población, prefiriendo las calles tortuosas y apostándose de vez en cuando en las esquinas que presentaban cierta estrategia para sus planes.

—No estamos solos,—decía Ambrosio.

—Como que lo que piensa el moro tamién lo piensa el cristiano,—contestó el Lanero:—así será mejor, porque de esa manera podemos auxiliarnos en caso de nesecidá.

Con efecto, allá á lo lejos veíanse cruzar sombras sospechosas, bultos indeterminados, como de personas que buscaban defensas en la obscuridad, para cazar franceses. Otras veces, patriotas aislados ó en parejas confrontábanse con ellos, y cuando unos y otros, después de tomar las debidas precauciones, se expontaneaban, dábanse noticias de los enemigos que, solos ó en pequeños grupos, buscaban vino ó regresaban borrachos á su alojamiento, dando traspiés ó equivocándose de rumbo. Algunos habían sido tropezados ya y muertos á navajazo limpio en medio de la calle.

Alegrábase Ambrosio, porque su rudeza no le dejaba com-

prender la poca magnanimidad que suponía aquella caza nocturna; pero Juan, que era algo más instruido, dolíase de aquel medio que las circunstancias le obligaban á aceptar. Hubiera querido batirse frente á frente, en lid franca, y eso que algunos franceses, en la embriaguez que les causaban el triunfo y los vapores del alcohol, habían abusado cínicamente de su superioridad, arrebatando algunas vidas de indefensos españoles.

Al doblar la primera esquina de una calle que desemboca en la del Val de San Antolín, vieron los huertanos el cadáver de un francés, entre un charco de sangre que despedía de su garganta. Como era el primer troféo de la muerte con que tropezaban, horrorizáronse á la vista de tales despojos, poco antes animados y tal vez llenos de esperanzas y de ilusiones; pero en breve aquel horror convirtióse en arranques de ira, al contemplar poco más allá, junto á una puerta entreabierta, el cuerpo inerte de una anciana, con los cabellos enmarañados y las ropas hechas jirones, llevando atravesada una bayoneta en medio del vientre, cuya arma no se había atrevido á sacar la mano alevosa que allí la clavó.

Entonces Ambrosio, Juan y el ex-soldado juraron no desistir de sus propósitos, aunque tuvieran que pagar su atrevimiento con la vida.

La obscuridad que reinaba, aunque profunda, no era tan densa que impidiera ver á cortas distancias la mayor parte de los objetos. Brillaban las estrellas en un cielo diáfano, y algunos faroles de luz mortecina y opaca difundían sus rayos con la suficiente claridad para que se orientaran los transeuntes.

Iba Ambrosio delante y como de descubierta, y al llegar cerca de la encrucijada de la puerta del Porcel, vióse de pronto acometido por un hombre de colosal estatura, completamente embriagado, que enseñaba sus puños parecidos á dos mazas de hierro. Era un alemán, uno de los extrangeros encadenados al carro victorioso de Napoleón. Dió el huertano un salto atrás, para librarse de tan violenta agresión, y abriendo la terrible cuchilla de su navaja, esperó al enemigo.

El alemán, al ver brillar el acero, quiso valerse de la bayone-

ta que de su costado pendía; pero entonces Ambrosio, antes que su contrario pudiera hacer uso del arma, embistióle con rapidez tajándole el cuello de un solo golpe y haciéndole caer de espaldas, cual si fuese volteado un fardo de plomo.

Sintió Ambrosio una satisfacción inmensa con su primera hazaña que tan excelentes resultados acababa de darle, y creyóse en aquel momento un héroe legendario, capaz de ponerse frente á frente del mismo emperador y derribar la corona de su cabeza. El asesinato de la pobre anciana de la calle del Val quedaba bien vengado. Un soldado francés ménos, era una victoria innegable, aun cuando tuvieran que borrarse de la lista de los vivos algunas preciosas existencias de los murcianos.

Al mismo tiempo y en el trayecto que mediaba entre Ambrosio y sus compañeros que se habían quedado de observación en la plaza de Sta. Teresa, varios soldados en el delirio de su embriaguez, habían roto la puerta de una casa, y entrándose por su escalera, acometieron á los infelices que allí se encontraban, queriendo abusar de las mujeres después de haber asesinado á los hombres con sus bayonetas.

No se sabe hasta dónde hubiera llegado el desenfreno de los vencedores de Jena y Awerstaedt, si al regresar Ambrosio en busca del Lanero para referirle su aventura, no oyera los gritos desgarradores que salían del interior de la casa. Entonces apresuró el paso para confrontarse con sus compañeros y demandar su auxilio.

Conociendo éstos la necesidad de su presencia en aquel sitio, corrieron precipitadamente hácia la casa, y respondiendo con gritos á los tristes lamentos que se oían desde la puerta de la calle, subieron rápidamente, quedándose asombrados á la vista del cuadro triste que á sus ojos se ofrecía.

Allí, al terminar el primer trozo de estrechísima escalera, desembocaba una habitación espaciosa, cuyos muebles, desordenados y revueltos, indicaban á primera vista los efectos de una violenta lucha. El cadáver de un anciano y el cuerpo convulsivo de un niño moribundo, juntamente con la presencia de varios soldados franceses en actitud amenazadora, y la de tres mujeres llenas de terror, formaban una escena horripilante y

nauseabunda, capaz de excitar el coraje y determinar la venganza de las personas más pacíficas. ¿Qué efecto nó causaría aquel conjunto en el alma de los exaltados patriotas?

Desde el momento de la llegada de los tres amigos, comenzó una pelea desigual y encarnizada.

Defendíanse los huertanos con sus mantas, á manera de rodela, y cada vez que esquivaban un golpe, saltaban hácia adelante, alcanzando casi siempre algo del cuerpo de sus enemigos.

—¡Cobardes!—rugía Ambrosio, blandiendo desesperadamente su cuchilla.

—¡Canallas!—repetia Juan, despidiendo por sus ojos todo el fuego de su alma.

—¡Borrachos!—añadía el ex-soldado, agitando también su acero que centelleaba á la pálida claridad de las luces de la casa.

Y los tres se movían con rapidez vertiginosa, y redoblábase su valor por momentos, como si á pesar de su escaso número se hubiera convertido de pronto en una legión de titanes exterminadores.

La noble y franca lucha, entablada frente á frente, tal y conforme el Lanero la deseaba, se había presentado al fin. Allí no había acecho ni emboscada, por más que en la clase de guerra que se hacía, todo era ya permitido, y cualquier medio que se adoptara tenía su razón y su lógica perfecta. Ahora se veía la diferencia tan grande que existe entre los que combatían por un ideal de gloria, defendiendo el honor de la patria, y los que sólo atendían al brillo de una personalidad que llamaba cínicamente carne de cañón á los infelices que sacrificaba por el triunfo de sus planes ambiciosos.

Los franceses, en realidad, no temblaban ante el furor de los españoles, porque, prácticos en la guerra, se habían acostumbrado á ver la muerte con serenidad.

Pero como sus cerebros estaban perturbados por los vapores del alcohol, y como además sólo contaban con la bayoneta, arma menos manejable que la navaja, la superioridad del número, que era el de siete, cedió bien pronto á la patente de las

facultades equilibradas de los huertanos y á la facilidad de los movimientos que proporcionaba la terrible cuchilla española. Esto enardecía á los vengativos paisanos que conocieron su ventaja á los pocos momentos de comenzada la pelea. Y saltaban hácia atrás ó hácia adelante, aturdiendo, mareando y sorprendiendo sin cesar á los franceses, concluyendo estos por quedar todos sin vida, regando el pavimento con su sangre que bajaba hilo á hilo, coagulándose poco á poco en la escalera.

Las pobres mujeres, alentadas por la aparición de sus salvadores, se habían ido corriendo de habitación en habitación hasta buscar un refugio por los terrados en las casas de la vecindad; y Ambrosio y el Lanero, observando que el veterano del Rosellón había rodado con un francés hasta quedar ambos sin vida, en una espantosa convulsión entre los férreos brazos con que se apretaban, salieron corriendo para buscar entre las sombras de la calle la ocultación que necesitaban.

Una vez allí y viendo que el silencio y la soledad reinaba en rededor suyo, limpiaron cuidadosamente con sus pañuelos, que abandonaron después, las navajas que cerraron y las manchas de sangre que teñían sus manos y salpicaban sus chaquetas; y deslizándose como sombras para no ser percibidos desde ningún punto, intentaron emprender su retirada hácia la huerta.

Bastante habían hecho ya, y la noche estaba algo avanzada. ¿Pero cómo atravesar el laberinto de calles que todavía quedaba por salvar para salir á cualquier lado de la vega? ¿Cómo poder ocultar el rastro que la sangre enemiga había dejado impreso en la parte inferior de sus vestidos, que no podían sustituirse en aquel momento por otros? ¿Cómo evitar el encuentro de patrullas armadas de franceses, cuyos disparos comenzaban á oirse por lados distintos, lo cual significaba que atacaban al paisanaje, bien por el placer de causar daño, bien por la necesidad de defenderse de las emboscadas de los españoles?

Las violentas emociones que acababan de experimentar; el cansancio producido por la reciente lucha; la tensión de sus nervios excitados, al darse cuenta de su situación difícil y especial, ofuscaban su conocimiento, hasta el punto de privarles en absoluto de toda serenidad.

Y sin embargo, tenían que huir y huir pronto, y la necesidad de desaparecer de la vía pública se imponía por instantes.

—¿A dónde vamos?—preguntó el Lanero.

—Ni lo sé yo mesmo,—respondió Ambrosio.

Y era una verdad aquella sencilla contestación.

Solos y desamparados en medio de la sombra de los edificios; expuestos á tropezar á cada paso con enemigos que les aventajaran en el número y en el armamento; perdido un leal y experimentado compañero que hubiera podido aconsejarles y hasta defenderles en un caso de apuro, no atinaban con la perentoria solución que se imponía; y el riesgo de caer asesinados en medio de la calle les amenazaba á cada momento, con la única posibilidad, y muy lejana, de defender gloriosamente sus vidas.

—Nos hemos metio en la boca del lobo,—exclamó Juan lleno de inquietud.

—Tiés razón,—contestó Ambrosio; pero si te he de decir verdá, no creo que corramos más peligro que cuando hace media hora nos peleábamos con los franchutes.

—Te dequivocas, Ambrosio. Estamos peor, anque otra cosa te figures.

—Pos mira, quien nos ha metío nos sacará. La Vírgen Santísima nos abrirá camino por cualquier parte.

—Si al menos viéramos abierta la puerta de anguna casa...

—Oye, Juan. . me paece que nos hemos salvao. *Me se* acaba de ocurrir una cosa que paece que me ha venío del mesmo cielo.

—Tú dirás.

—Ascucha: vamos á golvernos por nuestros pasos y nos allegaremos al güerto del convento de Sta. Teresa. Las tapias no son muy altas que digamos. Te empino y subes, y dinde allí me tiras la manta, pa que agarrao á ella suba yo tamién, y nos escondemos entre los árboles, pa ver mañana qué es lo que ha parío la noche.

—To eso está muy bien pensao; pero ¿qué pasará á estas horas en tu casa si te echan de menos?

—¡Bah! ¿quién piensa en eso? Lo primero es ver cómo defendemos la pelleja, y lluego lo que fuere sonará.

Y tras estas palabras, los dos amigos, más animados y como si se hubieran descargado de un peso enorme, dirigieron sus pasos en busca del convento de Sta. Teresa para llevar á cabo su resolución. Pero aun no habían andado la mitad de la callejuela en que se encontraban, cuando vislumbraron á corta distancia una patrulla numerosa, y la sorpresa que les causó aquella vista tan desagradable heló la sangre de sus venas.

—Cogíos en la ratonera!—exclamó el Lanero, rechinando de rabia los dientes y disponiéndose á dar al áire su terrible navaja.

—¡Nó!—dijo Ambrosio, sujetándole el brazo y haciéndole dar una vuelta en redondo:—sígueme.

Y volviendo la primera esquina que encontraron, tomaron por una calle estrecha y tortuosa que conducía á la plaza de San Agustín.

De poco les habría servido la estrategia de Ambrosio, si la Providencia no se hubiera dignado intervenir en aquel instante, presentándoles la verdadera ocasión de salvar sus vidas. A los pocos pasos, vieron abierta de par en par la puerta de una tienda de vinos, y no dudando los dos amigos de que allí existiría un buen español que los amparara, sintieron renacer de nuevo sus esperanzas desvanecidas.

Sin tiempo que perder, y viendo que por casualidad estaba solo el dueño en aquel estrecho zaquizamí que alumbraba un enorme velón de cobre, llegáronse á él en demanda de auxilio; y el tabernero, que resultó tan buen patriota como supusieron los fugitivos, indicándoles silencio, les señaló una habitación obscura que se veía junto á un patio donde varios franceses, dormian el sueño de los justos, gracias á varias azumbres de Jumilla que acababan de trasegar.

Ambrosio dió gracias al Cielo y se dejó caer sobre una silla. Imitóle el Lanero, sintiendo un gozo inefable por hallarse sano y salvo, después de una noche tan llena de sobresaltos y peripecias.

Cuando pasó la patrulla por delante de la puerta, el jefe que

la mandaba contentóse con pedir un vaso de vino para cada uno de los indivíduos que la componían, sin pagar, por supuesto, para no alterar sus generosas costumbres. Después, ordenó inmediatamente el cierre del establecimiento.

CAPITULO XIX

Los héroes

Los desórdenes á que en algunos puntos de la población se habían entregado los franceses durante la primera noche de su estancia en Murcia, irritaron á los pacíficos habitantes que clamaban al cielo contra tan injustas violencias.

Llegó la queja dolorida al campamento de Villacampa que se hallaba situado como á una legua más allá de Molina, y una indignación inmensa se produjo entre los soldados, especialmente entre los hijos del pais, que no podían escuchar con indiferencia la relación de los inauditos sucesos, reproducción exacta de otros de igual especie que se habían cometido en diferentes ciudades españolas.

Todos los murcianos pedían permiso á su general para vengar los atropellos de que creian víctimas á sus familias, aunque sabían de antemano que no habían de volver con los laureles de la victoria.

Pero ¿qué importaba morir en la empresa, si morirían matando, con la gloria de la lucha y con la seguridad de duplicar ó triplicar el número de las víctimas contrarias? ¿Significaba la

patria chica menos que la patria grande, cuando en aquella guerra de titanes, ningún español contaba el número de los enemigos, y el objeto único en el choque violento no era triunfar materialmente en el campo de batalla, sino causar bajas, entorpecer maniobras, destruir planes, arrebatar recursos, desalentar al contrario, como en un bloqueo inmenso, inacabable, sin preocuparse de los muertos propios ni de las propias fatigas, porque la victoria vendría al fin, segura, evidente, tanto más grande y gloriosa cuanto más tenazmente disputada y sostenida?

El mariscal de campo D. Martín de la Carrera, bravo entre los bravos, no pudo sustraerse al deseo vehemente de pelear y de vengarse de las crueldades de que había sido teatro el suelo de Murcia, al sentirse excitado por los clamores de las tropas. Lleno de la más noble indignación, corrió inmediatamente á conferenciar con su superior Villacampa; pero éste, negándose á satisfacer aquella sublime locura, viendo la inferioridad de número y disciplina de sus tropas, sólo concedió á La Carrera, después de repetidos ruegos, que entresacase de su columna doscientos hombres de caballería para que hiciese reconocimientos alrededor de la ciudad.

Bastaba con estas fuerzas para lo que D. Martín se proponía. ¿Para qué obedecer las órdenes de Villacampa, si él, por medio de un atrevido golpe de mano, penetraría en Múrcia, sorprendiendo una buena parte de la guarnición sobre la cual descargaría todo el peso de sus furores, regresando al campamento después de burlarse de todo el cuerpo flamante de Soult?

Para llevar á cabo sus propósitos, excogió personalmente á los individuos, prefiriendo los de historia más conocida y los de aspecto más esforzado, no omitiendo á Coscorrones que se distinguía entre sus camaradas por su áire marcial y por la fama de su brazo poderoso.

Con tan lucida aunque pequeña hueste, encaminóse á Murcia después de la mitad de la mañana, y al llegar al pueblo de Espinardo, distante media hora de la capital, dividió sus tropas en dos porciones de cien hombres cada una, disponiendo que la mitad que separaba de sí, y puesta á las órdenes de un coronel,

se corriera por la rambla que une á Espinardo con Churra, y desde allí tomara la vía directa que conduce á Murcia, entrando por la Puerta Nueva, hasta darse con él la mano dentro de la población.

Ignoraba D. Martín que aquel coronel, por temor al disgusto que pudiera ocasionar á Villacampa, ó por miedo á los franceses, no llegaría á su destino, abandonando por completo al héroe. Así es que éste, cuando equivocadamente calculó que era llegado el momento, continuó su marcha por la ancha carretera, llegando á la ciudad en las primeras horas de la tarde y penetrando por la Puerta de Castilla, rápido como una exhalación.

Detúvose un momento para rendir un destacamento de diez soldados franceses que allí había y que no tuvieron tiempo de empuñar sus fusiles, por lo inesperado y violento de la acometida de los españoles; y dejando en aquel punto unos cuantos lanceros con órdenes precisas para las eventualidades que pudieran surgir, entróse por la población, seguido de su columna.

Marchaba á la cabeza el general con sus ayudantes y llevaba al lado á Coscorrones, como práctico, para que le indicara el camino que habían de seguir. Iba el huertano animoso y alegre, infundiendo esperanzas, y se complacía en escuchar el ruido que hacía la banderola de su asta al ser acariciada por el viento. Empuñaba el nudoso roble con nerviosa y apretada mano, como si el arma aquella, complemento de su guerrera personalidad, hubiera de abrirle para siempre las puertas de la gloria.

Pensaba en la patria oprimida, y unía á tan santo recuerdo el de su adorada Mariquita, ante la cual quería presentarse al terminar la guerra con la aureola del vencedor, para demandar su mano y con ella la felicidad que tanto ansiaba.

Quería imitar en sus hazañas, según había oido diferentes veces al tío Roque en sus relatos, á aquellos guerreros de las leyendas que tanto se distinguieron en los campos granadinos, y creía en su exaltada imaginación que los franceses eran moros, menos esforzados y temibles que los Zegríes y Abencerra-

una avalancha de coraceros que cayó furiosa y encarnizada sobre sus ya mermadas y desparramadas huestes.

Alumbraba entonces el sol un cuadro de horrores desde el ángulo del palacio episcopal hasta el final del Plano de San Francisco. El ruido de la fusilería, los sones de las cornetas y clarines, las maldiciones de los combatientes y los ayes desgarradores de los heridos, atronaban el espacio. Cadáveres y charcos de sangre bordaban el amarillento suelo de las esplanadas, y cuando se desvanecía por acá ó por allá el humo de la pólvora, semejando el descorrer de inmensas cortinas en el escenario de un horizonte dilatadísimo, percibíase el movimiento de secciones francesas que avanzaban de todas partes, para envolver la columna española y hacerla rendirse ó morir ante la superioridad del número.

Impacientábase D. Martín por no recibir el auxilio que esperaba de la gente que había destacado, ignorando la causa de aquella detención que en trances tan apurados le colocaba; y comprendiendo que le era imposible sostenerse ya ante un enemigo tan formidable, irguióse sobre los estribos, empuñando el fulgurante acero con mano vigorosa, y rugió y gritó dictando órdenes, como si exhalase su alma toda en aquel acento que dominaba el ruido de la lucha.

El toque de retirada sonó al punto en los clarines españoles; pero como no se había podido señalar sitio alguno para verificar aquel movimiento, los ginetes que no habían sucumbido giraron desordenadamente por distintos lados, quedando algunos envueltos y cayendo en poder de sus irreconciliables enemigos.

Con dos ó tres oficiales y seis ú ocho soldados que habíanse agrupado al rededor de D. Martín, comenzó éste á batirse en retroceso hácia la calle del Crédito público que conduce á la plaza de San Pedro, y desde allí, rehaciéndose un poco, corrió hácia la calle de San Nicolás donde había de verificarse la última parte de la jornada.

Perseguíanle unos cuarenta polacos, ilusos adoradores de la gloria de Napoleón, y para envolverle en una verdadera red, dividiéronse en tres grupos, avanzando dos de ellos por las ca-

lles laterales, mientras el otro seguía el ataque por retaguardía, á fin de estrechar á los españoles en su centro y destruirlos, llenos de saña y de furor.

No se desanimó el valiente La Carrera en este supremo instante de su aventura, al verse alcanzado por los polacos de su espalda. Desde el centro de la calle volvió grupas, y arremetiendo contra los esclavos del Norte con la decisión de un Hércules desesperado, comenzó á hendir cráneos y á atravesar pechos, en una carnicería horrible, hasta hacer retroceder á todo el pelotón en el pánico que en sus contrarios produjo el empuje formidable de su brazo.

Hacían frente sus oficiales y soldados á los otros grupos que aparecieron súbitamente, uno por la calle del Junco para atacarles de costado, y otro por la plaza de San Nicolás para cortarles la retirada; y en aquella confusión de tiros y sablazos con que atronaban la calle, la sangre corría abundantemente, y caían los ginetes para exhalar su último suspiro entre el golpear de las inquietas herraduras de los caballos.

Los españoles no querían rendirse, en el enardecimiento tremendo de su cólera, y además sabían que el vencedor no había de concederles cuartel, toda vez que depusieran las armas. Resolvieron, pues, morir matando, siguiendo los grandes ejemplos de la nacional historia, y así lo hacían con todo el coraje de sus corazones de león. Y golpeaban sus aceros con brazo incansable, arrojando espuma sanguinolenta de sus labios, y por cada español que caía, mordían el polvo dos polacos, hasta que el último patriota vino al suelo para no levantarse jamás.

Quedó La Carrera sólo, desamparado, semejando un gigante de la fábula que infundía terror y espanto con su presencia, y entonces pudieron los polacos auxiliar á sus compañeros de retaguardia á quienes tan á raya tenía aquel hombre que simbolizaba en tal momento el genio de la guerra; y llenos de despecho, sin respetar lo que merece un valor heróico, lanzáronse sobre D. Martín, como tígres hambrientos, blandiendo sus sables tintos en la sangre española.

Revolvióse La Carrera, y aun pudo alcanzar á un esclavo, hundiéndole su espada en el pecho hasta la empuñadura; pero

una bala traidora, disparada desde su espalda por un oficial, le hizo doblar el cuerpo sobre la silla y caer de costado, mientras enredado su pié derecho en el estribo, el caballo le arrastraba sobre el duro empedrado, hasta quedar ambos muertos en medio de la calle.

Aquella temeraria aventura no podía tener otro remate, por más que fué acompañado de la más alta dignidad y de la más envidiable gloria. Sacrificar la vida por la patria, llevando por delante otras vidas arrancadas al enemigo con las armas del honor, es el fin laudatorio de los héroes, y D Martín de la Carrera llegó á la cumbre del patriotismo, presentando á las generaciones futuras el ejemplo más alto del valor y de la abnegación.

Todos en aquella lucha fueron héroes: todos hicieron proezas hasta lo increible y vendieron bien cara su existencia, sonriendo á la vista de la muerte y enviando su último suspiro á la madre que los había alentado, para que los brazos de sus hijos quebrantaran las duras cadenas que anudara á su cuello la tiranía.

Satisfechos los polacos de su hazaña, contemplaron un momento los sangrientos despojos de aquel mártir del patriotismo, como si respiraran libremente al ver destruido el rayo que los aniquilaba, y volvieron grupas en dirección del Arenal, para reunirse al ejército y dar cuenta del resultado del combate.

Pero la victoria que acababan de obtener los franceses no les alegró de ninguna manera. El número considerable de sus bajas juntamente con la tenaz porfía en que se vieron empeñados para conseguir el triunfo, decíanles á gritos dentro de su conciencia que habían sido moralmente derrotados por aquel puñado de ginetes. ¿Fueron acaso los romanos más gloriosos que los numantinos? Por eso Soult bramaba de coraje cuando vió á la ciudad pacificada, y trató con aspereza á la mayor parte de los jefes y oficiales que mandaban las diferentes secciones que habían entrado en acción.

Después, humanizándose en lo posible y rindiendo tributo al valor de los españoles y á la desgracia de los murcianos, consintió que las autoridades locales recogieran los cadáveres y los

heridos, para dar á los primeros honrosa sepultura y curar á los segundos en el hospital ó en las casas de los particulares.

Los restos del general, objeto en aquellos instantes de la más santa veneración, fueron conducidos al Ayuntamiento en unas angarillas cubiertas con rico paño de seda, y luego de haber sido velados en la Sala Capitular, se les trasladó á la grandiosa Capilla de los Velez, de donde habían de salir nuevamente para ser enterrados en su última morada.

Cuando llegó la noche, todas las casas habitadas se cerraron cuidadosamente ante los temores de una venganza en la sombra y en el misterio. Las rondas de caballería se multiplicaron por las calles y se doblaron los retenes, para asegurar la tranquilidad del ejército que muy en breve continuaría su movimiento hácia Valencia.

Era preciso evitar que Villacampa hiciera una demostración sobre Murcia parecida á la de La Carrera, pues se sabía su proximidad y la excitación de las tropas españolas. Pero Soult ignoraba que Villacampa era más reflexivo y menos belicoso que D. Martín, y que no había que temer de él, ni por su genio militar, ni por el número y calidad de sus soldados que no tenían la táctica suficiente para medirse en campo abierto con las aguerridas legiones extrangeras.

Así es que las precauciones fueron inútiles, y el general español se contentó con lamentar el fin triste, aunque gloriosísimo, de aquella columna, de la que sólo volvió á las filas una tercera parte, tras no pocas penalidades y rodeos.

CAPITULO XX

Consumatum est

Ambrosio y el Lanero continuaron en su refugio mientras duraron los temores de ser descubiertos.

Habían conseguido borrar de sus vestidos todas las manchas de sangre que pudieran hacerles sospechosos en la vía pública, y cuando las primeras sombras de la segunda noche comenzaban á tender su velo sobre la población, después de la terminación del drama terrible que acababa de verificarse, salieron, aprovechándose del permiso que concediera el general francés para recoger los heridos y los cadáveres.

Jamás habían visto por las calles una soledad tan espantosa. Cerradas todas las puertas de las casas, ni aun la curiosidad impulsaba á los pocos vecinos que habían quedado en la ciudad, para asomarse por los balcones, en el deseo natural de enterarse del resultado de la reciente lucha, y únicamente los huertanos consiguieron ver alguna improvisada ambulancia, compuesta de dependientes del Ayuntamiento y de algún particular que se dedicaba á transportar las víctimas ensangrentadas.

Como Ambrosio y Juan no podían remontarse á la calle del

Mesón, para salir por uno de aquellos huertos, tenían que cruzar forzosamente por el Plano de San Francisco, que era el paso preciso para llegar al portillo del León, desembocando por el porche de las Verónicas; y como esto ofrecía menos dificultades que dar grandes rodeos, exponiéndose á ser detenidos por alguna patrulla francesa, optaron por este punto y atravesaron el Plano con resolución.

Pero al cruzar el centro de la ancha vía, llamóles la atención un gemido que sonó á pocos pasos. Volvieron ambos la cabeza hácia el sitio de donde partía aquella triste queja, y vieron á un soldado español moribundo que se agitaba convulsivamente. Entonces, no dudando de que aquel desgraciado sería uno de los heridos de la reciente refriega, creyéronse en el sagrado é ineludible deber de prestarle su auxilio, olvidándose de que eran dos fugitivos, para acordarse tan solo de que debían arriesgar hasta su existencia por salvar la vida de un compatriota que bien probaba á la vista haberse sacrificado por el sentimiento purísimo de la nación.

Un dolor inmenso se apoderó del corazón de los huertanos, y no vacilaron un instante en llevar á cabo la misión que la caridad y el patriotismo les ordenaba, corriendo hácia el sitio en que se encontraba el abandonado moribundo.

Quedaban todavía algunos vagos vislumbres del crepúsculo, y al tratar de incorporar al herido para tomarlo entre sus brazos y alejarlo de aquel sitio, sin saber á dónde lo habían de conducir, una sacudida nerviosa estremeció los miembros de los dos amigos, y se contemplaron con asombro.

—¡Coscorrones!—murmuró el Lanero.

—¡Coscorrones!—exclamó Ambrosio.

Y sin proferir otra palabra, cogieron con resolución al herido por los extremos del cuerpo y lo levantaron con rapidez, dirigiéndose hácia el Portillo, sin sentir la menor fatiga por el enorme peso del soldado.

Era, en efecto, el pobre hijo de la huerta, cuya naturaleza fuerte había podido resistir la gravedad de las heridas que le causaron los sables franceses, quedando allí abandonado, como

uno de los muchos cadáveres que todavía se destacaban en el trayecto que media desde el Arenal hasta la plaza Nueva.

Por aquel mismo Portillo había pasado la última vez el pobre Coscorrones, al ser avisado por la tía Patanga del peligro que corría. Ahora volvía á la huerta, no lleno de esperanzas y de ilusiones, como cuando creyó cerrar contra los moros para ceñir en su frente el láuro de la gloria, sino desangrado, moribundo, bajo el estremecimiento de la fiebre que abrasaba sus fibras y perturbaba por completo su razón.

Ambrosio y Juan sintieron en tal momento una compasión inmensa por aquel desgraciado, reapareciendo en el primero el calor de su antiguo y largo compañerismo, y borrándose en el segundo el rencor para dar paso á los generosos afectos de la piedad.

Luego que se ampararon del Malecón, sin ser detenidos por los centinelas del Portillo, desplegó Ambrosio su manta que llevaba al hombro, y tendieron sobre ella el ensangrentado cuerpo, envolviéndolo cuidadosamente y emprendiendo de nuevo su rápida marcha, como si transportaran las sagradas reliquias del más respetable y digno de los patriotas. Creyeron que lo más acertado era dirigirse á la propia morada del herido, para que al menos pudiera exhalar el último aliento entre los brazos de su desconsolado padre.

¿Qué era entretanto del tío Roque? Ignorante del proyecto que tramaron los mozos, no había notado la desaparición de su hijo durante la noche anterior, pero habíale echado de menos por la mañana. Relacionando esta desaparición con la noticia de la acometida de D. Martín de la Carrera, y el eco de aquellas detonaciones profusas y descargas cerradas, permanecía en contínua zozobra, porque adivinaba que Ambrosio estaba dentro de la ciudad, tomando acaso parte en la lucha, expuesto á ser víctima del plomo enemigo.

Más de diez veces había recorrido la senda que mediaba desde su casa al camino, y hasta en una de ellas se había permitido saltar al terraplén del Malecón y acercarse un poco á la ciudad para contemplar el Plano desde lo alto del paseo, y siempre volvía triste y cavizbajo, lleno de confusión, como si

todavía resonaran en su oido las detonaciones de la encarnizada lucha.

Decíale, sin embargo, el corazón que Ambrosio vivía, y aferrábase á esta débil esperanza como hombre que teme perder de un solo golpe toda la ilusión de su existencia. Y tal cuerpo iba tomando en él aquella idea consoladora, que cuando ya los últimos resplandores del crepúsculo habían desaparecido por completo, detúvose como plantado en la confrontación del camino y la vereda, y esperó allí sin importarle nada el frio que por momentos iba acentuándose, exponiéndose á quedar como un carámbano sobre las márgenes del bancal.

Al fin divisó una como sombra grande que se aproximaba, y luego oyó la voz de su hijo.

Dióle el corrzón un salto dentro del pecho, como si quisiera escapársele de su cavidad, y exclamó sobresaltado:

—¡Ambrosio! ¿Eres tú?

Y sin esperar respuesta, corrió en dirección de la sombra, mientras Ambrosio que le conoció respondía:

—Sí, yo soy, venga osté pronto, que nos faltan las fuerzas.

A la vista del cuadro que se presentó ante sus ojos, en medio de la obscuridad que por momentos iba espesándose, el tío Roque sintió una compasión inmensa, y olvidó las penas de aquel dia para no pensar en otra cosa que en ayudar á Ambrosio y al Lanero, que bien necesitados estaban de auxilio.

Con el refuerzo del tío Roque, fácil fué á todos llegar en pocos minutos á la casa del herido y tomar disposiciones para proceder á su curación, luego de poner en movimiento al padre de Coscorrones y á varios vecinos que acudieron en cuanto se esparció la triste nueva.

Allí, á la luz de dos ó tres candiles que se colocaron en diferentes puntos de la modesta barraca, pudo apreciarse la gravedad del estado de Coscorrones. Sus ropas, arrancadas á pedazos por los enormes coágulos que las envolvían, habían quedado adheridas al cuerpo en algunos puntos donde la sangre parecía haberse solidificado al enfriarse. Varias cuchilladas dejaban ver las terribles huellas del acero francés, y la gangrena

comenzaba á marcarse en algún miembro, como si fuera el aviso de la muerte que venía á p asos agigantados.

Había acudido el barbero del partido, único hombre práctico y hasta técnico, si pudiera llamársele así, de que se podía disponer, dadas las inmensas dificultades de penetrar en Murcia en busca de un facultativo; y aquel Galeno rural, después de apreciar bien y detenidamente las heridas de Coscorrones y de aplicarles un bálsamo que á propósito traia, afirmó, sin temor de equivocarse, que el herido moriría antes que mediara el dia siguiente.

Conocida y publicada la fatal sentencia, todos los ojos de los circunstantes se llenaron de lágrimas, en la congoja que se apoderó de sus corazones compasivos. Hasta Juan el Lanero se enterneció, como si fuera un niño, y se sentó al lado del lecho en que yacía Coscorrones, resuelto á no abandonarle y hasta asistirle con la posible eficacia, mientras quedara en el pecho del moribundo el más pequeño soplo de existencia. Creíase en déuda con el soldado, á cuyo desastroso fin había contribuido con su conducta, y la conciencia le remordía, golpeándole allá en lo más profundo de su sér y gritándole sin cesar con acento estridente y desgarrador.

Pero estaba arrepentido, y elevaba desde el fondo de su alma al Altísimo una plegaria ferviente, y quería acompañar al moribundo en su último dolor, deponiendo egoismos y recuerdos tristes, con el amor al prójimo por Dios, practicando la virtud de la caridad que tanto abrillanta y enaltece.

El suave calor de la barraca, junto con la esmerada asistencia de que fué objeto Coscorrones, influyeron en su estado, y antes de la media noche había recuperado algunas de sus fuerzas y alcanzado una notable mejoría, balbuceando algunas frases no desprovistas por completo de sentido, si bien se notaba en él una gran debilidad por la enorme pérdida de sangre que había sufrido.

Había necesidad de auxiliarle también espiritualmente, para que no se marchara de este mundo sin la gracia de algún Sacramento, ya que se trataba de un cristiano fervoroso, y como el entrar en Murcia á aquella hora ofrecía no pocas dificulta-

des, Ambrosio se comprometió á pasar al convento de San Jerónimo, distante casi una legua, y traer al P. Melchor que se había refugiado allí con otros carmelitas.

Enganchó el mancebo su tartana, sin pérdida de tiempo, y rápida como una exhalación se dirigió al lugar de la Ñora. En pocos instantes hizo llegar á oidos del reverendo, por conducto de un lego, el relato de su misiva; y luego que el P. Melchor quedó enterado de lo que se trataba, vistióse apresuradamente, y bajó para montar en el vehículo con su acompañante, manifestando á más de su celo de buen sacerdote, el interés que le inspiraba el desgraciado moribundo.

Con la misma rapidez con que Ambrosio hizo correr la tartana para llegar al convento, volvió á guiarla para regresar á la casa de Coscorroues, mitigaudo á la vez el rigor del frío que se dejaba sentir grandemente, y llegó al punto de su objeto antes que se vislumbraran los primeros claros del día.

Como se vé, nada de cuanto se podía hacer en aquellas azarosas y tristes circunstancias, se regateaba ni se desatendía por parte de los amigos del soldado. Diligencia, actividad, recursos, fatigas, todo de buena voluntad se ponía á disposición de una vida próxima á extinguirse, fundiéndose en una sola idea y en un solo acto los sentimientos de amor al prójimo, amistad y patriotismo, simbolizados en el héroe obscuro que había arrancado, con la potencia de su brazo y con el aliento de su esforzado corazón, otras vidas de aquellos odiados y tenaces enemigos, á cambio de la que sacrificaba gustoso en holocáusto de su patria.

Después de más de dos horas de espera, el P. Melchor aprovechó una oportunidad para desempeñar la sagrada misión que estaba encomendada á su ministerio, recibiendo la confesión del herido. Terminada ésta, y queriendo complacer á Coscorrones, que en aquellos instantes de lucidez, había pedido el favor, por intercesión del reverendo, de ver á Mariquita para despedirse de ella y dar un adios eterno á todas las ilusiones de su alma, ordenó, con la autoridad de que gozaba entre aquellas gentes, que fuera transmitido á la joven el deseo del mancebo. Por parte suya, envió un recado al tío Roque, rogándole

encarecidamente que no se opusiera á lo que en conciencia creía tan justo como natural.

¿Cómo dejar de obedecer el mandato ni de satisfacer el ruego de aquel sacerdote virtuoso, en quien siempre los huertanos habían visto generosidad y desprendimiento, y de cuyos labios escucharan repetidas veces consejos y máximas evangélicas, con la afabilidad que sólo tienen los espíritus superiores?

El Lanero, aunque extrañado de aquella exigencia, no hizo la más leve objeción, porque nada podía temer ya de quien se encontraba á dos dedos de la muerte, y veía además en todo ello un fondo de justicia. Ambrosio, el encargado de cumplir las órdenes del P. Melchor, tampoco puso reparo alguno, ni sintió cruzar por su mente el más ligero comentario, pues para él el mandato del carmelita no podía envolver ninguna inconveniencia. Y el tío Roque, padre al fin, haciéndose cargo de las circunstancias, con muy buen sentido, no quiso privar al herido de ese consuelo en el último instante de su vida, sintiendo, por el contrario, cierta compasión, y mandando que al instante se dispusiera Mariquita, que acababa de dejar el lecho, para satisfacer la petición de un desgraciado que tenía para sus ojos, desde la noche anterior, un mérito extraordinario, por haber derramado su sangre en defensa de la independencia de la nación.

El martirio por la pátria borraba todos los rencores en el pecho del anciano, porque para él, lo más grande que había, después de Dios, era la hermosa tierra donde habían alzado su trono Recaredo y San Fernando.

Volvió Ambrosio al poco tiempo acompañando á su hermana, la cual volaba más bien que corría, para recoger y guardar, como joya inapreciable, el último suspiro de aquel corazón donde aún ardía la llama de un amor noble y purísimo.

Entonces se operó en Coscorrones una mudanza extraordinaria y maravillosa, uno de esos fenómenos inexplicables que indican la existencia de los infinitos misterios que oculta en su seno la naturaleza para pasmar y confundir á la razón humana, cuando pretende encontrar, en los escasos medios que conoce, la determinación y el por qué de todo lo que ignora.

A la vista de la joven, una súbita fuerza de vida se desarrolló en el espíritu y en todos los miembros del huertano; y como si á impulsos de una corriente eléctrica de potencia extraordinaria hubiera recuperado en su plenitud la actividad de todas sus facultades, brillaron sus ojos despidiendo un fulgor centelleante y dulce, incorporóse con agilidad sobre el lecho, como si hubiera desaparecido de repente la gravedad de su situación, y exclamó con voz vibrante mientras tendía sus nerviosos brazos hácia la joven:

—¡Mariquita!...

No pudo ésta contestar, porque al escuchar aquel acento que penetraba hasta en lo más hondo de su corazón, un torrente de lágrimas agolpóse á sus ojos, ahogando la voz en su garganta.

—¡Al fin!—prosiguió Coscorrones:—¡al fin te veo, prenda de mi alma! Hoy puedes acercarte á mí sin recelo de nenguna presona. Bien sabes que te he querío con tó mi corazón, como toavía te quiero; pero compriendo que ya no puedes ser mía, porque la muerte me llama, y esa es la mujer que Dios me ha destinao.

—¡Cálla!—contestó Mariquita con acento tristísimo que demostraba la honda pena que sentía:—no hables de morir: aún tiés el alma en el cuerpo, y la Virgen Santísima, á quien le he pedío muncho por tí, podrá darte la vida, si conviene.

—¡Ay, Mariquita! no trates de aconsolarme, porque bien me sé que el favor que la Virgen me ha concedío y que es muy de agraecer por mi parte, es el de que yo pueda verte y hablarte en este momento.

—¡Quién sabe si toavía te concederá el otro!

—Nó, Mariquita: estoy malo, muy malo, y lo que me pasa ya no tié remedio. No me duele la concencia de haber obrao mal ni de haber matao tres ú cuatro herejes, porque tó ha sío por la riligión y por España. Pero he querío despedirme de tí y hacerte una encomienda que quiero que cumplas como es mi voluntá.

Una solemnidad inmensa revestía en aquel momento la voz de Coscorrones. La estrecha habitación parecía iluminarse con

un fulgor extraño, y todos los circunstantes, enternecidos, contenían su respiración, como dominados por aquel acento, que semejaba el eco de un sonido que se exhalaba desde el fondo de la tumba.

—Mira, Mariquita,—continuó Coscorrones:—como en esta hora no hay rencores en mi corazón, porque tó lo tengo perdonao, y además pido perdón por las ofensas que yo haiga podío cometer, puedo dicirte delante de tó el mundo,que el cariño que me has tenío no debe quearse encerrao pa siempre en tu alma, sin fruto ni provecho. Alguien pué que tamién lo merezca, y á ese se lo debes entregar, en cuanto yo cierre los ojos. Aquí lo tiés á mi lao, que es Juan el Lanero, y ha dao bastantes pruebas de quererte.

Un ay desgarrador de Mariquita cortó en aquel momento la palabra del moribundo, y una lágrima ardiente rodó por las mejillas de Juan.

Todos los asistentes al acto estaban como pendientes de las palabras de Coscorrones, y admiraban la grandeza de su espíritu, sin atreverse á interrumpir, por no dar motivo para que se obscureciera aquella lucidez que atribuían á una concesión milagrosa del Cielo.

—Sí, Mariquita,—continuó el herido:—tú tiés munchos años de vida por delante, y no porque te acuerdes de mí, debes de renunciar á lo que te conviene. El mundo es mundo, y hay que tomallo como Dios lo envía. Yo sé que pronto he de estar delante del Señor, y quiero presentarme á Él con el alma tranqüila y descargá de peso, pa pidille allí tamién que te haga feliz y dichosa, como á tós los que á esta casa me han traido, pa que yo muera en el mesmo sitio ande nací.

Y no dijo más. Su voz se tornó de pronto obscura, y dejó caer repentinamente su cabeza sobre la almoada.

Mariquita cayó también desplomada sobre una silla, ahogando sollozos que levantaban su pecho, como si una tempestad se agitara en el fondo de su corazón, y hasta el P. Melchor enjugó sus ojos más de una vez, enternecido por la sencillez y sublimidad de aquella escena, donde palpitaba un idilio puro de

amor, que hacía aún más interesante el lenguaje pobre y rudo de Coscorrones.

El herido había agotado todas sus fuerzas en aquellas últimas energías de su espíritu que lo sostuvieron durante breves momentos, y que podían compararse con un ligero rayo de sol filtrándose por entre un girón de pavorosa nube, cuando cubre el horizonte con sus espesos crespones de tinieblas.

¿Nó pudo ser aquello, como aseguraba Coscorrones, un favor del Cielo, una gracia de la Virgen, para que el drama desarrollado entre el amor y la guerra tuviera un desenlace dulce, una pincelada de simpático atractivo, trazada en un cuadro de subido color y de infinita amargura?

—¡Pobre Coscorrones!—murmuró Ambrosio, mientras cubría con la ropa de la cama el pecho del herido.

—¡Dios se lo pague!—añadió Juan, levantando su diestra, cual si intentara que descendiera del Cielo una bendición.

Y como si aquella bendición, pedida con todas las veras de un alma llena de agradecimiento, cayera al fin sobre la cabeza del moribundo, el P. Melchor extendió su brazo y trazó la señal de la cruz que pareció envolver los ángulos de la estancia, coronando de tal manera la grandeza sin igual de aquel héroe obscuro que había realizado, en los dos últimos dias de su existencia, las empresas más altas de que es capaz un corazón templado para las sublimidades.

Siguió un silencio profundo que sólo interrumpía la agitada respiración de Coscorrones, alternada á veces con palabras sin sentido que se escapaban de sus labios ó con quejidos débiles que penetraban como punzadas de hielo en el corazón de los que rodeaban un lecho tan respetable como sagrado en aquellos instantes supremos.

La Parca inexorable avanzaba con rapidez, y hasta parecía sentirse el movimiento de sus pasos y el ruido de sus alas. El amarillento y demudado rostro del herido reflejaba las tremendas impresiones de los helados besos con que lo acariciaba aquella eterna enemiga de la existencia, segura ya de su victoria.

De pronto, un sacudimiento nervioso que hizo trepidar la

tablazón del triste lecho, estremeció los miembros de Coscorrones: abrió cuanto pudo los desencajados ojos, como si quisiera absorber un último rayo de luz que se perdía en la eternidad, y después de girar sus pupilas á uno y otro lado, las fijó en Mariquita, cambiando repentinamente su expresión de espanto en una mirada suave y de infinita melancolía; y así, en aquella inmovilidad, enviando á la que fué su amor su último pensamiento, fueron perdiendo su brillo, cesando de latir su corazón, y subiendo su espíritu, libre de la envoltura de la materia, á la patria celestial, donde tal vez Dios le tenía reservada la corona inmarcesible que promete á los buenos.

El P. Melchor, que observaba atentamente al herido, cayó de rodillas, cuando conoció que había llegado el instante supremo, y todos los circunstantes lo imitaron con lágrimas en los ojos. Entonces el carmelita rezó con voz conmovida una Estación por el eterno descanso de aquella alma que subía para ser juzgada en el alto é inapelable tribunal de los Cielos, y sus acompañantes respondieron fervorosamente, rindiendo el último tributo de piedad al amigo y compañero que tanto había contribuido á endulzar los días de su existencia.

. . . . . .

Cuando los concurrentes abandonaron la modesta barraca donde yacía el cadáver del desgraciado Coscorrones, el sol esparcía sus rayos desde el cenit, como si tratara de coronar la gloria del héroe obscuro, privado por la historia de los laureles de la tierra, en el instante mismo en que allá á lo lejos estremecían los áires sonidos de cornetas y ruido de tambores, como señales que hacía el ejército francés para convocar á sus soldados y desalojar la población.

Tenía Soult necesidad de continuar su marcha sobre Valencia, y Murcia era un punto insostenible sin la base de Cartagena, por lo que, de continuar por algunos dias más en la ciudad del Segura, podía favorecer la retirada de Blake, y hasta atraer sobre sí al ejército español y ser batido sin tener un apoyo ni una retirada. La destrucción de su ejército podía ser para los franceses de tan funestos resultados como la misma batalla de Bailén.

Por eso no quería perder tiempo, como Anníbal en las delicias de Capua, y resolvió continuar su marcha, desenvolviendo los planes que de orden superior se le tenían trazados.

Pero no se retiraba sin provecho.

Medio millón de reales, juntamente con los productos de particulares saqueos, y una cantidad inmensa de provisiones, cuya pérdida en la ciudad había de contribuir á la calamidad del hambre, fueron los frutos de aquella estancia de tres dias, á cambio de más de doscientas bajas en sus filas, causadas la mayor parte de ellas en soldados extraviados que perecieron en sensibles pero justísimas represalias, á manos de los paisanos, quedando sus cadáveres en la vía pública, en los sótanos, en los pozos y hasta en lugares inmundos, para escarmiento de los que comenzaron y siguieron la guerra, cometiendo sin cesar actos de vandalismo.

EPÍLOGO

Cuando llegó Mayo con las galas de sus flores y con los encantos de su sol espléndido, que convierten la murciana huerta en un vergel delicioso, concertóse el casamiento de Mariquita, con Juan, después de grandes preparativos por parte de las dos familias, como si se tratara de la unión de dos potentados, cosa no acostumbrada entre la clase de los contrayentes por desahogada ó pingüe que fuera.

La tía Rosario, que había recogido una abundante cosecha de seda, queriendo contribuir al esplendor de la nueva casa calculó el valor que podría tener en el mercado, luego de hilado aquel producto, y anticipó todo su importe para completar el ajuar lujoso de la novia, mereciendo por ello multitud de alabanzas y un agradecimiento profundo por parte de la hija, que apreciaba en lo que valía aquel acto del cariño maternal.

El contrato matrimonial se verificó en la iglesia del Carmen, en medio de una solemnidad inusitada y con la bendición del P. Melchor.

Creíase éste como obligado á unir con los sagrados vínculos á la hija del tío Roque, dada su antigua y sólida amistad juntamente con las simpatías que le inspiraba toda la familia de la joven, y así lo hizo, muy contento por su parte, y no menos contentos los favorecidos con su paternal intervención.

Prestábase el dia á una fiesta digna del acto y de los nuevos esposos que formaban una pareja envidiable, y aunque los tiempos eran todavía tristes y calamitosos, por culpa de la guerra, y además se tenían noticias de los extragos que el hambre venía haciendo hasta en la misma capital de la nación, no habían de privarse por eso de las expansiones propias de una fecha tan memorable, la más grata acaso de cuantas se recuerdan después en la historia de la familia.

Dada la fastuosidad de la boda, despréndese que el padrino tenía que ser forzosamente el tío Jeromo que disponía de muchas onzas y de alguna vanidad; y como al tío Jeromo habíale entrado Mariquita por el ojo derecho, como suele decirse, y estaba muy ufano de tener una nuera tan hermosa, calcúlese hasta dónde llegaría su esplendidez y su derroche, al ver colmada la medida de sus deseos.

Con efecto: el rumboso padrino, desde la puerta de la iglesia, comenzó á demostrar su desprendimiento y su alegría, arrojando puñados de monedas de cobre, que á prevención llevaba un criado suyo en una talega de lona, al batallón de chiquillos que se reunió en rededor de la comitiva. A los muchachos de la huerta también les regaló dinero y dulces; y para que todo quedara completo y nadie tuviera luego que lamentar olvidos, ordenó que en el ventorrillo del Nene se expendiera gratis, durante aquel día, todo el vino que en tal sitio quisieran beber los parroquianos.

Desde que la numerosa comitiva cruzó el portillo del León, dejando á su espalda la ciudad, pareció como que la huerta se inundaba de alegría con la presencia de los nuevos esposos, y que hasta el ambiente reflejaba los encantos de la incomparable y preciosa Mariquita. Aglomerábase al paso, la gente de aquellos parajes, prorrumpiendo en bendiciones y en frases de entusiasmo que denotaban las simpatías y el cariño que les ins-

piraba aquella pareja, para la que se abría un horizonte saturado de felicidad; y todo hacía presentir una larga luna de miel, una etapa inmensa de regocijo que convertiría en santuario del amor el hogar puro y honrado de la familia que en aquel momento comenzaba á constituirse.

Juan estaba que no cabía en sí de gozo, y el caso no era para menos. Al fin iba á ser suya aquella mujer, por cuya posesión había luchado durante tantos meses: al fin iba á ser dueño de aquel tesoro de hermosura, de aquella flor purísima crecida en los más espléndidos vergeles de la huerta: al fin iba á ser el eterno compañero de aquel ángel que había inflamado su corazón y ofuscado sus sentidos, y que llevaba dentro de su alma la única felicidad posible sobre la tierra.

¿Quién nó había de envidiarle en aquel momento en que todo para él era un cúmulo de emociones y de bienestar?

Mariquita ¿por qué nó? también se encontraba alegre y satisfecha. Verdad que algunas veces, en medio de la satisfacción que experimentaba, surgía el recuerdo de su antíguo amante, del desgraciado Coscorrones, sacrificado á una venganza cruel, y esto le oprimía el corazón, impidiéndole bañarse por completo en las delicias con que le brindaba el amor de su esposo; pero como al mismo tiempo se veía elevada á una envidiable posición y se sentía halagada por un hombre cariñoso, rico y de buenas prendas, bastábanle tales cosas, como mujer casada al fin, para decidirse á llenar con gusto la misión á que la naturaleza la había destinado y que su suerte le había hecho aceptar.

El tiempo, ese gran modificador de la vida, se encargaría de curarla por completo, alejando de su mente todas las sombras de su pasado, como aleja la aurora las brumas de la noche, á medida que los rayos del sol se van esparciendo por la bóveda del espacio. ¿Quién se atreve á contrastar las leyes sapientísimas que Dios ordenó para regir todo cuanto existe en el universo?

En la comida de boda que se verificó bajo el hermoso emparrado de la casa del tío Roque, por no haber una habitación bastante grande que contuviera con comodidad el crecido nú-

mero de convidados que acudieron, reinó la abundancia, y si se quiere, la opulencia, pues allí quedó sobrante más de la mitad de los comestibles, para ser luego unas viandas repartidas entre los vecinos y otras entre los pobres.

Se había adornado el sitio con todas las macetas de la casa y de los contornos, y la vista de aquella profusión de variadas y preciosas flores, juntamente con las oleadas de perfumes que despedían embalsamando el ambiente, eran un aliciente más de alegría, ya de por sí bastante y aun sobrada con el atractivo de una fiesta que había de dejar indelebles recuerdos en toda la extensión de aquel paraje.

Al acto asistieron el P. Melchor y el P. Aniceto. No era posible prescindir de sus paternidades: hubiérase creido que quedaba la boda como huérfana, sin la presencia, autoridad y bendición de tan respetables y cariñosos amigos.

El P. Melchor mezclaba dichos festivos é ingeniosos entre las cucharadas de arroz con pollo que engullía, alegrando á cuantos le escuchaban; y el P. Aniceto, por no perder la costumbre de alabar á Dios en Mariquita, por la perfección de la obra, miraba á la recién casada cada vez que llevaba á su boca la comida, y llamaba picaronazo á Juan por la buena hembra con que iba á aumentar el vecindario de su pueblo.

El tío Roque comía poco, no sólo porque parecía llevar un gusanillo en lo interior de la conciencia que le roía al recordar involuntariamente á Coscorrones, sino porque en breve iba á separarse de aquella hija idolatrada, á la que deseaba una felicidad inmensa. Aquellas dos ideas le atenaceaban el corazón y le privaban por completo del apetito. ¿Pero qué remedio había ya, cuando la suerte ó la desgracia habían traido las cosas de aquella manera, y todo quedaba dentro de la calificación de hechos consumados?

Terminado su primer plato, retiró algunos pasos su silla, y procuró apartar su pensamiento de tales ideas, llevando su imaginación al halagüeño tema de los franceses, recreándose en las noticias que circulaban sobre recientes descalabros de los enemigos, como para compensar la enorme derrota de Blake en Valencia y su caida en poder de las huestes de Soult. Luego

engolfóse en otros importantes rumores que corrían sobre la tirantez de relaciones de Francia con Rusia, como presagio de una guerra de desastres. Y á la vez que en tales cosas se distraía, atacaba de tabaco su negra pipa, y se recreaba en mirar las azuladas espirales de humo que subían hasta los verdes pámpanos de la parra.

La tía Rosario y Ambrosio llenaban su papel como acompañantes de la fiesta.

Este último, por mediación de su cuñado, acababa de obtener una gracia especial que no podía serle negada, dada la solemnidad del día y la importancia de quien había formulado la exigencia. La gracia en cuestión fué la de poder fumar algún cigarro, haciendo sus padres la vista gorda, ya que al fin y al cabo se trataba de un hombre hecho y derecho, de un bravo patriota que había arriesgado su existencia para medirse cara á cara nada menos que con los aguerridos soldados del más temible de los capitanes del siglo.

Después de la comida y luego que se hubo retirado la mesa con los restos del festín y toda la balumba de enseres que la llenaban, se improvisó un báile á la altura de las circunstancias, pues allí había elementos sobrados, y el acto de la boda requería aquella expansión.

Aquel báile fué inaugurado, como era de rigor, por la nueva pareja de esposos, luciendo Mariquita joyas y galas de gran estimación, regaladas por el novio, que excitaban poderosamente la envidia en todas las solteras, como deslumbradas por la seda, el oro y la pedrería que realzaban la espléndida hermosura de la novia.

Cuando los esposos llevaban danzadas unas cuantas coplas, el tío Jeromo, recordando los buenos tiempos de su juventud, quiso meterse á muchacho y excitar bastante la alegría en la broma general. Con efecto, usando de una costumbre que todavía subsiste, quitó del báile á su hijo, con grandes risas de los presentes, echando un par de mudanzas con Mariquita, entre apláusos y frases jaleadoras, que demostraban el buen gusto con que todos habían visto aquella muestra de jovialidad.

Entre estas y otras cosas análogas pasó aquel dia, aquel hermoso dia, soñado y temido á la vez unos cuantos meses antes, y llegado al fin como una corona de flores que daba remate digno á la constancia y decisión de los que habían tenido un marcado interés en que sus propósitos se realizaran.

San Cayetano (Pacheco) y los Alcázares.

Julio, Agosto y Septiembre de 1901.

INDICE

PAGINAS

DEDICATORIA. 5

CAPITULO I—La garbera. 7
» II—Una visita. 17
» III—La trilla. 27
» IV—Moros en la costa. 37
» V—El mercado. 47
» VI—El báile. 57
» VII—Terrores. 67
» VIII—La Bruja. 75
» IX—Paréntesis político. 85
» X—Desperfollo. 97
» XI—Nudo gordiano. 107
» XII—Obscuridades. 117
» XIII—Nubes sombrías. 127
» XIV—Tempestad. 137
» XV—Venganza. 149
» XVI—El dia de Inocentes. 161
» XVII—Los franceses. 173
» XVIII—Noche sangrienta. 183
» XIX—Los héroes. 193
» XX—Consumatum est. 203

EPILOGO. 215

Huertanos y Franceses

NOVELA REGIONAL MURCIANA

Precio: 2 pesetas

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN PROSA

INFORTUNIO.—Novela. Edición agotada.

ESCENAS MURCIANAS.—Segunda edición (casi agotada.)—Precio: 1'50 pesetas.

ESTUDIOS Y PASATIEMPOS.—Precio: 2 pesetas.

EN VERSO

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA.—(Edición agotada.)

NOTAS DISCORDANTES.—Colección de versos.—Precio: una peseta.

En las principales librerias y en el domicilio del autor

Plaza de Santo Domingo, 9.